

MEMORIAS DE UN MÉDICO,

per

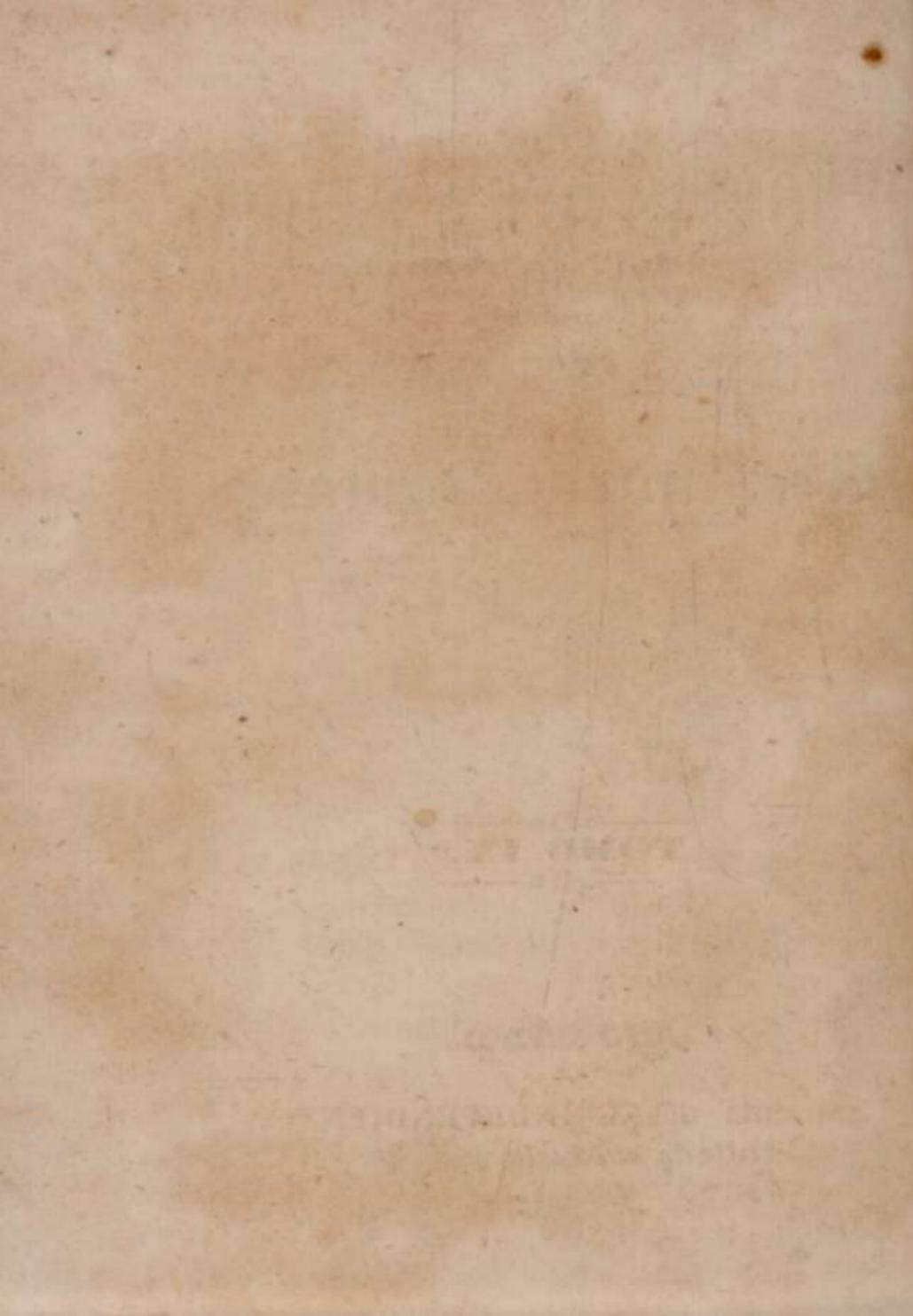
Alejandro Dumas.

—○—
TOMO IX.
—○—

SEVILLA.

—
Imprenta de EL INDEPENDIENTE,
calle de la Muela núm. 36.

1848.





JOSÉ BÁLSAMO.

CAPÍTULO XXXIX.

El alma y el cuerpo.

Todos miraban al paciente con asombro y al médico con admiración.

También hubo algunos que dijeron que ambos estaban locos.

Marat tradujo esta opinión al oído de Bálamo, diciendo:

—Con el terror ha perdido el seso ese pobre diablo, y hé aquí por qué no sufre.

—No creo que sea eso, respondió Bál—

samo, y tan lejos se halla de haberse vuelto loco, que estoy seguro que si le preguntais nos dirá, si es que debe morir, qué dia será esto, y si ha de vivir, el tiempo que durará su convalecencia.

Poco faltó para que Marat participase de la opinion jeneral, es decir, para creer que Bálamo estaba tan loco como el paciente.

Entre tanto el cirujano ligaba presuroso las arterias, de las cuales brotaba la sangre á torrentes.

Bálamo sacó del bolsillo un frasquito, derramó sobre una porcion de hilas algunas gotas del agua que contenia y rogó al cirujano mayor que aplicase aquello á las arterias.

Este obedeció con cierta curiosidad, porque era uno de los practicantes mas célebres de aquella época, un verdadero amante de la ciencia, y no repudiaba ninguno de sus misterios, siendo para él la duda, cuando menos, peor que la casualidad.

Aplicó pues las hilas sobre la arteria la cual se estremeció, empezó á hacer hor-

botones y no dejó que pasara la sangre sino gota á gota.

Entonces pudo ligar la arteria con la mayor facilidad.

Bálsamo alcanzó con aquello un verdadero triunfo, y todos le preguntaron dónde habia estudiado y á qué escuela pertenecía.

Soy un médico alemán de la escuela de Goettingue, dijo, y he hecho el descubrimiento que acabais de ver. Deseo sin embargo, queridos compañeros, que este descubrimiento permanezca oculto todavía, porque tengo miedo á la hoguera, y quizá se decidirá el parlamento de París á actuar una vez siquiera por tener el gusto de sentenciar á un hechicero á ser quemado vivo.

El cirujano mayor se quedó pensativo. Marat reflexionaba también.

Sin embargo, fue el primero que tomó la palabra diciendo:

—No sostuvísteis hace poco que si preguntábais á ese hombre acerca de qué resultado tendrá la operacion que se le ha hecho contestaria de un modo seguro, aun-

que ese resultado está oculto aun en las nieblas del porvenir?

—Y lo sostengo todavía, dijo Bálamo.

—Pues bien, véamoslo.

—Cómo se llama ese desdichado?

—Havard, respondió Marat.

Bálamo se volvió hácia el paciente, cuya boca gorjeaba aun las últimas notas de la melancólica canción.

—Y bien, amigo, le preguntó, qué augurais del estado de ese pobre Havard?

—Qué auguro de su estado? respondió el enfermo; esperad, porque es preciso que vuelva de Bretaña, donde me hallaba, al hospital general, que es donde él se halla.

—Eso es, entrad allí, miradle y decidme la verdad.

—Oh! está muy malo, muy malo; le han cortado una pierna.

—De veras? dijo Bálamo.

—Sí.

—Y ha salido bien la operación?

—A las mil maravillas; pero....

El rostro del enfermo se entristeció.

—Pero qué?.... repuso Bálamo.

—Pero tiene, continuó el enfermo, que pasar por una prueba terrible; la calentura.

—Y cuando le entrará?

—Esta noche á las siete.

Todos los que estaban presentes se miraron.

—Y que resultará de la calentura? preguntó Balsamo.

—Que se pondrá muy malo; pero sin embargo, saldrá adelante por lo pronto.

—Estais seguro de ello?

—Oh! sí.

—Y se salvará pasado el peligro de la calentura?

—Ay! no, dijo el amputado exhalando un suspiro.

—Volverá á declararse la calentura?

—Oh! sí, y mas terrible que nunca. Pobre Havard! continuó, pobre Havard que tiene mujer é hijos!

Y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Va á enviudar su mujer? Van á quedarse huérfanos sus hijos? preguntó Balsamo.

—Esperad! Esperad!

Y juntó las manos diciendo:

—No, no.

En su rostro brilló una fe sublime.

--No, su mujer y sus hijos han rezado tanto que han conseguido que Dios le salve.

—Conque entonces se curará?

—Sí.

—Ya lo oís, señores, dijo Bálamo.

—Preguntadle en cuantos dias, dijo Marat.

—En cuántos dias?

—Sí, puesto que habeis dicho que él mismo indicaria las fases y el término de su convalecencia.

—No deseo otra cosa sino preguntarle sobre este particular.

—Pregutadle, pues.

—Y para cuando creeis que estará curado Havard? preguntó Bálamo.

—Oh! la convalecencia será larga; esperad: un mes, seis semanas, dos meses, hace cinco dias que ha entrado aquí, y saldrá á los dos meses y quince dias de haber entrado.

—Pero saldrá curado?

—Si,

—Pero no podrá trabajar, dijo Marat, ni mantener de consiguiente á su mujer é hijos?

Havard volvió á juntar las manos y dijo:

—Oh! Dios es bueno y mirará por ellos.

—De qué modo? preguntó Marat. Puesto que hoy me ha tocado aprender, quisiera también saber eso.

—Dios ha enviado a su lecho un hombre caritativo que se ha compadecido de él y ha dicho en voz baja: «Quiero que el pobre Havard no carezca de nada»

Todos los circunstantes se miraron y Bálamo se sonrió.

—En verdad que estamos presenciando un espectáculo bien extraño, dijo el cirujano mayor, al mismo tiempo que pulsaba al enfermo, auscultaba su pecho y le palpaba en la frente; este hombre sueña.

—Lo creéis así? dijo Bálamo.

Y lanzando al enfermo una mirada llena de autoridad y energía:

—Despertad, le dijo, despertad.

El jóven abrió los ojos, aunque haciendo un esfuerzo, y miró con profunda sorpresa á todos los circunstantes, inofensivos ya para él, cuando antes le parecían amenazadores.

—No se me ha hecho aun la operacion dijo en tono dolorido; voy á tener que sufrir aun?

Bálsamo se apresuró á tomar la palabra, porque temia la emocion que podia sentir el enfermo.

Sin embargo, no tenia necesidad de apresurarse, pues era demasiado grande la sorpresa de todos, para que ninguno se apresurara á él.

—Amigo mio, le dijo, tranquilizaos; el señor cirujano mayor ha hecho en vuestra pierna una operacion que satisface á todas las exigencias de vuestro estado. Segun parece, pobre mozo, sois algo flaco de ánimo, pues os desmayásteis antes del primer ataque.

—Oh! tanto, mejor dijo el breton en

tono alegre; nada he sentido, y he tenido un sueño dulce y reparador. Qué felicidad que no me corten la pierna!

Pero en aquel momento miró el infeliz la cama, y la vió empapada en sangre, y la pierna mutilada sobre ella.

Entonces lanzó un grito y se desmayó.

—Preguntadle ahora, dijo Bálamo con frialdad á Marat, y vereis si contesta.

En seguida llamando aparte al cirujano mayor, mientras los enfermeros conducian al desventurado mozo á su lecho, le dijo.

—Habeis oido lo que ha dicho ese pobre enfermo?

—Sí señor, que se curará.

—Tambien ha dicho otra cosa; á saber, que Dios se compadeceria de él y le proporcionaria con que poder mantener á su mujer é hijos.

—Y qué?

—Y qué! que ha dicho la verdad en esto como en todo; sed pues vos un intermediario de caridad entre vuestro enfermo y Dios: aquí teneis un diamante que valdrá veinte mil libras poco

mas ó menos; cuando el enfermo esté curado, vended ese diamante y entregadle su importe. Entretanto, como el alma, segun me decia con mucho juicio vuestro discípulo Marat, tiene gran influencia sobre el cuerpo, decid á Havard así que recobre el conocimiento, que está asegurada su suerte futura y la de sus hijos.

—Pero, caballero, dijo el cirujano no sabiendo si tomar la sortija que le presentaba Bálamo, y si no se cura?

—Se curará.

—Entonces os daré un recibo.

—Caballero!...

—Solo con esta cordicion tomaré una joya de tanto valor.

—Como gustéis, caballero.

—Teneis la bondad de decirme cómo os llamais?

—El conde de Fenix.

—El cirujano pasó á la habitacion inmediata, mientras que Marat confundido, anonadado, pero luchando todavía contra la evidencia, se acercaba á Bálamo.

Al cabo de cinco minutos volvió el

cirujano con un papel que entregó á Bálamo.

Era un recibo concebido en estos términos:

«He recibido del Sr. conde de Fenix un diamante, que segun él mismo declara vale veinte mil libras tornesas, y cuyo importe debo entregar á un tal Havard el dia en que salga del hospital jeneral.

«Dado á 15 de Setiembre de 1774.

GUILLOTIN, D. M.»

Bálamo saludó al doctor, | tomó el recibo y salió seguido de Marat.

—Se os ha olvidado la cabeza, dijo Bálamo, para quien la distraccion del jóven practicante de cirujia era un triunfo.

—Ah! es verdad, dijo este.

Y recojió su fúnebre carga.

Una vez en la calle, anduvieron de prisa y sin decirse una palabra, y cuando llegaron á la calle de Cordeliers subieron juntos la pesada escalera que conducia á la buhardilla.

Marat, á quien | no se le habia olvidado la desaparicion del reloj, se paró

delante de la garita de la portera, si es que el agujero donde esta vivia merecia el nombre de garita, y preguntó por la Sra. Grivette.

Un chico de siete á ocho años, flaco, raquítico y descolorido le respondió con voz chillona:

—Mamá ha salido, pero ha dicho que si el señor venia le diésemos esta carta.

—No, amiguito, dijo Marat, le dirás cuando venga que me la suba ella.

—Está bien, señor.

Marat y Bálsamo continuaron su camino.

—Ah! dijo Marat indicando una silla á Bálsamo, y dejándose él caer sobre un banco de madera; ya veó que el maestro posee muy buenos secretos.

—Eso consiste, respondió Bálsamo, en que quizá habré penetrado antes que otro la naturaleza y el poder de Dios.

—Oh! exclamó Marat, cómo prueba la ciencia lo omnipotente que es el hombre, y qué orgulloso debe estar uno porque lo és!

—Debeis añadir que es un orgullo

no solo ser hombre, sino médico.

—Así es que me envanezco al ver un hombre tan sabio, maestro.

—Y eso, replicó Bálamo sonriéndose, que solo soy un pobre médico del alma.

—Oh! no hablemos de eso, caballero, pues la sangre que brotaba de la herida la habeis contenido con remedios materiales.

—Creia que mi mejor cura era haber hecho que el amputado no sufriese; es verdad que me habeis asegurado estaba loco.

—Lo ha estado momentáneamente, no hay duda.

—A qué llamais vos locura? No es una abstraccion del alma?

—O del entendimiento, dijo Marat.

—No discutiremos sobre este particular; el alma me sirve para designar lo que deseo, y en encontrando la cosa poco me importa el nombre.

—Ah! aquí es en lo que variamos de opinion, caballero, pues vos sosteneis que habeis hallado esa cosa sin buscar el

nombre, y yo sostengo que buscáis el nombre y la cosa á la vez.

—Ya nos ocuparemos de eso: conque decíais que la locura es una abstraccion momentánea del entendimiento?

—Seguramente.

—Involuntaria, no es verdad?

—Si... Yo he visto un loco en Bicetre que mordía los barrotes de hierro, gritando: «cocinero, tus faisanes están tiernos, pero mal guisados.»

—Mas al fin admitís que esa locura pasa como una nube por el entendimiento, y que así que pasa la nube, el entendimiento recobra su anterior claridad.

—Eso no sucede casi nunca.

—Sin embargo, ya habeis visto que nuestro amputado recobró perfectamente la razon al salir de su sueño de loco.

—Lo he visto, pero no comprendia lo que veia, ese es un caso escepcional, una de esas extravagancias á que los hebréos llamaban milagros.

—No, señor Marát, dijo Bálsamo; es únicamente la abstraccion del alma, el doble aislamiento de la materia y el espíritu;

de la materia, cosa inerte, polvo que volverá á ser polvo; del alma, centella divina encerrada un instante en esa linterna sorda que se llama cuerpo, y que siendo como es hija del cielo regresará á él cuando el cuerpo caiga.

—Entonces, habeis sacado momentáneamente el alma del cuerpo?

—Si, le mandé que dejára el sitio miserable en que estaba; la estráje del golfo de sufrimiento en que la retenia el dolor para hacer que viajase por rejiones libres y puras. Y qué es lo que quedó entonces al cirujano? Lo que quedaba á vuestro escarpelo cuando quitásteis á la mujer muerta la cabeza que teneis ahí, nada mas que carne inerte, materia, barro.

—Y en nombre de quién habeis dispuesto así de esa alma?

—En nombre del que ha creado todas las almas de un soplo, y no solo las almas de los mundos sino las de los hombres; en nombre de Dios.

—En ese caso, dijo Marát, negais el libre albedrio?

—Yo! dijo Bálsamo; al contrario, qué

es lo que estoy haciendo en este momento? Mostraros por una parte el libre albedrío y por otra la abstraccion. Os presento un moribundo abandonado á todos los sufrimientos, y ese hombre tiene un alma estóica, se anticipa á la operacion, la provoca, la arrostra, pero sufre; esto en cuanto al libre albedrío. Empero si paso cerca de ese moribundo, yo que soy un enviado de Dios, yo que soy el profeta, yo que soy el apóstol, y si compadeciéndome de ese hombre, porque es mi semejante, saco con el poder que el Señor me ha dado el alma de su cuerpo que sufre, ese cuerpo ciego, inerte é insensible se convierte para el alma en un espectáculo que contempla con ojos de piedad y misericordia desde su límpida esfera. No habeis oido que cuando Havard hablaba de sí propio, decía: «el pobre de Havard,» y no «yo?» Pues era que el alma nada tenia que ver con ese cuerpo, porque se hallaba á la mitad del camino del cielo.

—Pero, segun eso, el hombre no es nada, dijo Marát, y ya no puedo decir á los tiranos: «teneis poder sobre mi cuer-

po, pero ninguno sobre mi alma.»

—Ah! de la verdad pasais al sofisma; pero ya os he dicho que ese es un defecto en vos. Dios presta el alma al cuerpo, es verdad; pero tambien no lo es menos que durante el tiempo que el alma posee ese cuerpo hay union entre ellos, influencia del uno sobre el otro, supremacia de la materia sobre la idea, ó de la idea sobre la materia, segun ha permitido Dios por miras que no conocemos, que el cuerpo sea rey ó que el alma sea reina; pero no es menos cierto que el aliento que anima al mendigo es tan puro como el que quita la vida al rey. Hé aqui el dogma que debeis predicar, vos que sois apóstol de la igualdad. Probad que las dos esencias espirituales son iguales entre sí, pues esta igualdad podeis establecerla con la ayuda de cuanto hay sagrado en el mundo; los libros y las tradiciones, la ciencia y la fé. Qué os importa que haya dos materias iguales, si con la igualdad de los cuerpos solo os remontais delante de los hombres, y con la de las almas volais en presencia de Dios? Ese pobre amputado, ese igno-

rante hijo del pueblo os dijo hace poco con respecto á su mal cosas que ningun médico se hubiera atrevido á decir; pero por qué? Porque su alma, libre momentáneamente de las ligaduras del cuerpo, se remontó sobre la tierra, viendo desde la sublime altura un misterio que nos impide ver á nosotros nuestra opacidad.

Marát daba vueltas sobre la mesa á su cabeza de muerto sin saber qué contestar, hasta que al fin murmuró:

—Sí, en esto hay alguna cosa sobrenatural.

—Al contrario, natural; dejad de llamar sobrenatural á cuanto se desprende de las funciones y el destino del alma, porque estas funciones son naturales. Si dijérais que no son conocidas, eso seria diferente.

—No lo son para nosotros, maestro, pero para vos no deben ser un misterio. Los peruanos no conocian el caballo, y sin embargo era familiar á los españoles, que lo habian domado.

—Seria orgullo en mí decir que sé, y soy mas humilde que todo eso, señor Ma-

rát: lo que digo es que creo.

—Y bien, qué creéis?

—Creo que la ley del mundo, la principal, la mas poderosa de todas es la del progreso. Creo que nada ha formado Dios sino con un objeto de bienestar y moralidad; pero como la vida de este mundo no ha sido calculada ni admite cálculo, el progreso es lento. Segun dicen las escrituras, nuestro planeta contaba sesenta siglos cuando la imprenta vino como un vasto faro a reflejar lo pasado y alumbrar el porvenir; con la imprenta se acabó la oscuridad, se acabó el olvido, porque la imprenta es la memoria del mundo. Pues bien, Guttemberg inventó la imprenta, y yo he vuelto á hallar la confianza.

—Ah! dijo Marát irónicamente, quizás llegareis á leer los corazones?

—Por qué no?

—Entonces mandareis abrir en el pecho del hombre esa ventana que tanto deseaban ver los antiguos?

—No hay necesidad de eso; lo que haré será aislar el alma del cuerpo; y el alma, hija pura, hija inmaculada de Dios

me dirá todas las infamias de esa cubierta mortal que está condenada á añimar.

—Revelareis secretos materiales?

—Por qué no? os vuelvo á decir.

—Me direis, por ejemplo, quién me ha robado el reloj?

—Rebajais la ciencia á un nivel muy triste; pero no importa: lo mismo prueba la grandeza de Dios un grano de arena que una montaña; lo mismo el arador que el elefante. Sí, os diré quién os ha robado el reloj.

En aquel momento llamaron á la puerta con timidez, no siendo otra la persona que así llamaba que la portera, quien habia vuelto, y cumpliendo con el mandato del jóven cirujano iba á llevar la carta.

CAPÍTULO XXXX.

La portera de Marat.

La puerta se abrió dando paso á la señora Grivette.

Aquella mujer, cuyo retrato no hemos tenido tiempo de bosquejar, porque su fi-

gura era de aquellas que relega el pintor al último término; esa mujer, decimos, se adelanta ahora en el movable cuadro de esta historia, y pide un puesto en el inmenso panorama que nos hemos propuesto desarrollar á los ojos de nuestros lectores; panorama en que colocaríamos, si nuestro ingenio igualase á nuestra voluntad, desde el mendigo hasta el rey, desde Caliban hasta Ariel, y desde Ariel hasta Dios.

Vamos á intentar pues hacer el dibujo de la señora Grivette, que se desprende de su sombra y avanza hácia nosotros.

Era una criatura larga y seca de treinta y dos á treinta y tres años, de un color amarillento, con unos ojos azules ribeteados de negro, tipo espantoso del deterioro que sufren en Paris, merced á la miseria, á una asfixia incesante, á la degradacion física y moral, esas criaturas á quienes Dios ha hecho bellas, y que hubieran sido magníficamente hermosas á haberse desarrollado enteramente, como lo son en este caso todos los seres que pueblan el aire, el cielo y la tierra, cuando el hombre no ha convertido su vida en un

prolongado suplicio, es decir, cuando no ha cansado sus pies con grillos y su estómago con el hambre, ó con un alimento casi tan fatal como podria serlo la falta de todo alimento.

Así, pues, la portera de Marat hubiera sido una mujer hermosa si desde la edad de quince años no hubiese vivido en un zaquizamí sin ventilacion ni luz, y si el fuego de sus instintos naturales, alimentado por el calor de aquel horno en el verano, y nevera en el invierno, hubiese ardido sin cesar con tiento. Por lo demas tenia unas manos larga y flacas, que el hilo de la costurera habia surcado de cortaduras, que el agua de jabon del lavadero habia llenado de grietas, y que las brasas del fogon habian tostado y curtido; pero á pesar de todo esto conociase en las formas de aquellas manos, es decir, en el rastro indecible del músculo divino, que se habrian llamado manos de reina, si en vez de las ampollas que deja la escoba hubiesen tenido las que imprime el cetro. Tan cierto es que el pòbre cuerpo humano no es sino la insignia de nuestra

profesion!

El espíritu, superior en aquella mujer al cuerpo, y que de consiguiente había resistido mejor que él, velaba como una lámpara, alumbrando, por decirlo así, el cuerpo con un reflejo diáfano, y de vez en cuando se veía brillar en aquellos ojos entorpecidos y empañados un rayo de inteligencia, hermosura, juventud, amor y todo lo mas esquisito en fin que hay en la naturaleza humana.

Bálsamo miró á aquella mujer por largo espacio de tiempo contemplando con avidez aquella naturaleza singular, que desde luego hubiera llamado la atención á cualquier hombre observador.

La portera entró con la carta en la mano, y con voz lánguida, con voz de vieja, porque las mujeres condenadas á vivir en la miseria envejecen á los treinta años:

—Sr. Marat, dijo, aqui teneis la carta que habeis pedido.

—No era la carta la que yo descaba tener, dijo Marat, sino veros.

—Pues bien, señor Marat, aqui me teneis para serviros.

La señora Grivette hizo una reverencia, y continuó.

—Qué es lo que deseais?

—Saber donde está mi reloj, como podeis figuraros.

—Yo no sé qué ha sido de él; ayer lo vi todo el dia colgado de un clavo en la chimenea.

—Estais equivocada, porque todo el dia lo tuve en el bolsillo del pantalon, hasta que al tiempo de salir á las seis de la tarde, temiendo no me lo robáran en medio del jentio en que iba á meterme, lo puse debajo del candelero.

—Pues entonces allí estará todavía.

Y la portera, con una candidez finjida que no sospechaba era su acusadora, fue á levantar justamente de los dos candeleros que adornaban la chimenea, aquel en que Marat habia escondido el reloj.

—Si, lo que es el candelero está ahí; pero y el reloj?

—Es verdad que no está; puede ser que no lo hayais puesto aquí, señor Marat.

—Cuando digo que sí.

—Buscadlo bien.

—Oh! He buscado perfectamente, dijo Marat mirándola con enfado.

—Pues entonces lo habréis perdido.

—No os he dicho que ayer lo puse yo mismo debajo del candelero?

—Pues habrá entrado alguien aquí, dijo la señora Grivette; como recibis á tanta jente desconocida!

—Pretestos y mas pretestos, exclamó Marat enfureciéndose cada vez mas, bien sabeis que nadie entró aquí ayer. No, no, mi reloj ha tomado el mismo camino que el puño de plata del último baston que tuve; la cucharita, tambien de plata, que sabeis y el cuchillo de seis hojas. Me están robando, señora Grivette, me están robando, y si hasta aquí lo he sufrido ya no quiero sufrirlo por mas tiempo; conque cuidado!

—Me acusais por ventura, caballero?

—Vos debeis cuidar de mis cosas.

—Es que yo sola no tengo la llave.

—Pero sois la portera.

—Buena está! Me dais un escudo todos los meses y quereis estar servido como si tuviéseis diez criadas.

—Me importa muy poco estar mal servido; lo que me importa mucho es que no me roben.

—Caballero, yo soy una mujer de bien.

—Una mujer de bien que entregare al comisario de policía si dentro de una hora no parece mi reloj.

—Al comisario de policía?

—Sí.

—Al comisario de policía una mujer de bien como yo?

—Mujer de bien vos? Mujer de bien?

—Sí, y de mí nada hay que decir, lo habeis oido?

—Basta señora Grivette, basta.

—Ah! ya me figuraba yo que sospechábais de mí cuando os fuisteis con este caballero.

—Sospecho desde que desapareció el puño del baston.

—Pues bien, os diré una cosa, señor Marat.

—Y qué es ello,

—Que mientras habeis estado en la calle he consultado....

—Con quién?

—Con mis vecinos.

—Y á qué propósito?

—A propósito de vuestras sospechas?

—Aun no os habia dicho nada de ellas.

—Pero yo lo conocia.

—Y los vecinos que opinan? tengo curiosidad de saber qué dicen.

—Dicen que si sospechais de mí, y teneis la desgracia de dar parte de vuestras sospechas, sea á quien fuere, será preciso que lleveis las cosas al extremo.

—Y qué?

—Que teneis que probar os ha sido robado el reloj.

—Lo ha sido, puesto que estaba ahí y ya no está.

—Sí, pero que yo lo he cojido, estáis? Ah! ante la justicia se necesitan pruebas, porque no os creerán bajo vuestra palabra, señor Marat, que allí no sois mas que yo.

Bálsamo, tranquilo como siempre, miraba aquella escena, conociendo que aunque Marat no habia variado de conviccion bajaba el tono.

—De suerte, continuó la portera, que

si no haceis justicia á mi probidad, si no reparais la injuria que quereis hacer á mi honra, yo soy quien iré á buscar al comisario de policia como me lo aconsejaba hace poco nuestro casero.

Marát se mordió los labios, porque sabia que en aquello habia para él un peligro real y efectivo. El casero era un anciano mercader que habia dejado el comercio y ocupaba el tercer piso, y segun la crónica escandalosa del barrio, diez años antes protejió no poco á la portera, cocinera en otro tiempo de su mujer.

Ahora bien; como Marat frecuentaba el trato de persenas misteriosas; como era un jóven poco arreglado; como se ocultaba un tanto; y en fin, era algo sospechoso para los agentes de policia, no tenia mucha gana de habérselas con el comisario, pues hubieraido á parar á manos de Mr. de Sartines, á quien gustaba mucho leer los papeles de jóvenes como Marat, y enviar los autores de aquellos soberbios escritos á esas casas de meditacion llamadas Vincennes, la Bastilla, Charenton y Bicetre.

Marat bajó pues el tono; pero á medida que él lo bajaba la portera alzaba el suyo, siendo el resultado que aquella mujer nerviosa é histérica se enfureció como una llama que acaba de encontrar una corriente de aire.

Amenazas, juramentos, gritos, lágrimas, todo lo empleó, pudiendo decirse que aquello fué una tempestad.

Entonces creyó Bálamo que ya era tiempo de intervenir; dió un paso hácia aquella mujer que estaba en pié y con aire amenazador en medio de la sala, y mirándola con ojos chispeantes le presentó dos dedos en el pecho pronunciando, no con los labios, sino con la vista, el pensamiento y la voluntad, una palabra que Marat no pudo oír.

Al instante se calló la señora Grivette, se tambaleó, y perdiendo el equilibrio, anduvo hácia atrás, con los ojos espantosamente dilatados, y fué á caer sobre el lecho sin pronunciar ni una palabra siquiera.

A poco se le cerraron los ojos y volvió á abrirlos; pero no se le veía la pupila;

su lengua se movia de un modo convulsivo; el tronco no se movió, y sin embargo temblaban sus manos como sacudidas por el frio de la calentura.

—Oh! dijo Marat, lo mismo que el amputado del hospital.

—Sí.

—Está dormida?

—Silencio! dijo Bálsamo á la portera.

Luego, dirijiéndose á Marat.

—Ya ha llegado el momento, le dijo, de que cese toda vuestra incredulidad; recojed la carta que os traia esa mujer y que ha soltado al tiempo de caer en la cama.

Marat obedeció.

—Y ahora? preguntó.

—Esperad.

Y cojiendo la carta de manos de Marat:

—Sabeis de quién es esta carta? preguntó Bálsamo á la sonámbula.

—No señor, contestó.

Bálsamo acercó la carta cerrada y todo á aquella mujer, y le dijo:

—Leedla, pues el señor Marat quiere saber su contenido.

—No sabe leer dijo Marat.

—Sí, pero vos sabeis no es verdad?

—A no dudarlo.

—Pues bien, leedla y ella irá leyendo tambien á medida que las palabras vayan grabándose en vuestro espíritu.

Marat abrió la carta y se puso á leerla, mientras que la señora Grivette, de pie y estremeciéndose bajo el impulso de la omnipotente voluntad de Bálamo, repetía á medida que Marat las iba leyendo allá para sí, las palabras siguientes:

«Mi querido Hipócrates: Apeles acaba de hacer su primer retrato y lo ha vendido en 50 francos; hoy se comen estos 50 francos en la taberna de la calle de Santiago; concurrirás tú?

«Se entiende que tambien se beberá una parte.

«Tu amigo

L. David.»

Este era el contesto de la carta.

Marat dejó caer el papel y Bálamo le dijo:

—Ya veis cómo la señora Grivette tiene tambien un alma, y que esta alma

vela cuando ella duerme.

—Y por cierto que es un alma bien extraña, dijo Marat, puesto que sabe leer aventajando en esto al cuerpo.

—Porque el alma todo lo sabe y puede reproducir por reflexion. Tratad de que lea esa carta cuando esté despierta, es decir, cuando el cuerpo haya envuelto al alma con su sombra, y ya vereis.

Marat no sabia qué decir; toda su filosofia materialista se rebelaba dentro de sí, pero no acertaba á contestar.

—Ahora, continuó Bálamo, pasemos á lo que os interesa mas, es decir á averiguar el paradero de vuestro reloj.

Y dirijiéndose á la portera, le dijo:

—Señora Grivette, quién ha tomado el reloj del señor Marat?

—No lo sé, contestó.

—Lo sabeis perfectamente, insistió Bálamo, y lo direis.

Luego, con una voluntad mas fuerte aun, exclamó:

—Decid quién ha cojido el reloj del señor Marat.

—La señora Grivette no ha robado e

reloj al señor Marat; por qué cree, pues, este que ella ha sido la que se lo ha robado?

—Pues si no ha sido ella, decid quién?

—Lo ignoro.

—Ya veis, dijo Marat, como la conciencia es un refugio impenetrable.

—Puesto que esa es la única duda que os queda, dijo Bálamo, vais á quedar convencido.

Y volviéndose hácia la portera:

—Os mando que digais quién.

—Vamos, vamos, dijo Marat, no exijais imposibles.

—Señora Grivette, dijo Bálamo, ya he dicho que lo quiero.

Entonces al impulso de aquella voluntad imperiosa, la desventurada mujer empezó á torcerse las manos y los brazos como una loca: un estremecimiento parecido al de la epilepsia se apoderó de todo su cuerpo; su boca tomó una espresion espantosa de terror y debilidad; cayó de espaldas, y se encojieron sus miembros como cuando acomete una convulsion.

—No; no, decia, mejor quiero morir.

—Pues bien, exclamó Bálamo chispeándole los ojos de rabia; morirás, si es preciso, pero hablarás. Tu silencio y obstinacion serian para nosotros indicios suficientes; pero hay aquí un incrédulo que necesita una prueba irrefragable. Quiero pues que hables: quién ha cojido el reloj?

La exasperacion nerviosa llegaba á su colmo; toda la fuerza y poder que tenia la sonámbula resistia á la voluntad de Bálamo; de su boca salieron gritos inarticulados, y una espuma rojiza manchó sus labios.

—Le va á atacar la epilepsia, dijo Marat.

—Nada temais; eso proviene de que el demonio de la mentira no quiere salir de su cuerpo.

Luego, volviéndose hácia la mujer, le echó en el rostro cuanto flúido podia contener su mano, y le dijo:

—Hablad; quién ha cojido el reloj?

—La señora Grivette, respondió la sonámbula con voz casi ininteligible.

—Cuándo?

—Ayer tarde.

—Dónde estaba?

—Debajo del candelero.

—Y qué á hecho de él?

—Lo ha llevado á la calle de San-

tiago.

—Pero á qué sitio?

—Al número 29.

—A qué piso?

—Al quinto.

—A casa de quién?

—De un oficial de zapatero.

—Como se llama?

—Simon.

—Qué es ese hombre?

La sonámbula no contestó.

—Qué es ese hombre?

Tampoco contestó la sonámbula.

—Qué es ese hombre? repitió Bálamo.

El mismo silencio.

Bálamo estendió hácia ella la mano impregnada de flúido, y aniquilada la infeliz con aquel ataque terrible, solo tuvo fuerzas para murmurar:

—Su amante.

Marat lanzó un grito de asombro.

—Silencio, dijo Bálamo, dejad que

hable la conciencia.

En seguida, dirijiéndose á la mujer que temblaba de pies á cabeza y estaba inundada de sudor, le preguntó:

—Y quién aconsejó á la Sra. Gri-vette que hiciera ese robo?

—Nadie; levantó el candelero casualmente, vió el reloj, y le tentó el demonio.

—Lo hacia por necesidad?

—No, pues no ha vendido el reloj.

—Lo ha dado?

—Sí.

—A Simon?

La sonámbula hizo un esfuerzo y contestó:

—A Simon.

En seguida se tapó la cara con las manos y vertió un torrente de lágrimas.

Bálsamo fijó la vista en Marat, quien con la boca abierta, descompuestos los cabellos y dilatados los párpados, contemplaba asombrado aquel espectáculo espantoso.

—Al fin habeis visto, le dijo, la lucha entre el alma y el cuerpo; veis como la conciencia ha sido forzada en

esa especie de reducto que creia era inespugnable? Veis como Dios nada ha olvidado en este mundo, y que está en todo? No negueis, pues, que hay conciencia; no negueis que hay alma; no negueis lo que no conocéis, jóven! Sobre todo, no negueis la fé, que es el poder supremo; y puesto que teneis ambicion, estudiad, Sr. Marat, hablad poco, pensad mucho, y no juzgueis lijeramente á vuestros superiores. Adios, mis palabras han abierto ante vos un campo may vasto, registrad ese campo, porque en su seno se encierran tesoros. Adios; dichoso, dichoso de vos, si llegais á vencer el demonio de la incredulidad que reside en vos, como yo he vencido el de la mentira que se alberga en el cuerpo de esa mujer!

Y diciendo estas palabras, que hicieron abochornar al jóven, salió de la buhardilla.

Marat no pensó si quiera en ir á despedirle, pero así que pasó el primer estupor observó que la Sra. Grivette continuaba dormida.

Aquel sueño le pareció espantoso, y mejor hubiera querido tener en su lecho un cadáver, aunque Mr. de Sartines interpretase aquella muerte allá á su modo.

Al ver aquella atonía, aquellos ojos del reves y aquellas palpitaciones, le dió miedo, miedo que se aumentó mucho mas cuando vió que aquel cadáver vivo se levantaba, y cojiéndole de la mano le decia:

—Venís conmigo, señor Marat?

—A dónde?

—A la calle de Santiago.

—Para qué?

—Venid, venid, pues me manda que os lleve allá.

Marat, que se habia dejado caer sobre una silla, se levantó.

Entonces la señora Grivette, siempre dormida, abrió la puerta y bajó la escalera á guisa de pájaro ó de gata, es decir tocando apenas los escalones.

Marat la siguió, temiendo no cayese y se rompiera la cabeza.

Cuando llegó al último de la escalera, salvó el umbral de la puerta y atravesó la

calle, siempre seguida del joven, á quien condujo de este modo á la casa y piso designados.

Entonces llamó á la puerta, sintiendo Marat que el corazon le latia con tal fuerza que debia oirse.

En aquella especie de granero habia un hombre que salió á abrir, y en quien Marat reconoció á un trabajador de veinte y cinco á treinta años que habia visto algunas veces en la garita de la portera.

Al ver á la señora Grivette y á Marat se hizo atras.

Pero la sonámbula se dirigió en derecha á la cama, y metiendo la mano debajo del esmirriado jergon sacó el reloj que entregó á Marat, mientras que el zapatero Simon pálido de espanto, no se atrevia á articular una palabra, y seguia con estraviados ojos hasta los mas mínimos jestos de aquella mujer, que creia estaba loca.

Apenas tocó la portera la mano de Marat al irle á entregar el reloj, cuando lanzó un profundo suspiro y murmuró:

—Me despierta, me despierta.

Efectivamente, aflojéronse todos sus nervios como un cable que se suelta del monton: sus ojos recobraron la centella de vida, y hallándose como se hallaba en frente de Marat, con su mano en la de este, y teniendo aun el reloj, es decir, la prueba irrecusable del crimen, cayó desmayada sobre las tablas de aquel zaquizami.

—Existirá efectivamente la conciencia? dijo Marat allá para sí al salir del cuarto con la duda en el corazon, y conociéndose en sus ojos que meditaba profundamente.

CAPÍTULO XLI.

El hombre y sus obras.

Mientras que Marat pasaba las horas tan bien y filosofaba acerca de la conciencia y la doble vida, otro filósofo se ocupaba tambien en la calle de Platriere en volver á construir pieza por pieza el edificio que aquella noche habia levantado en sueños, y preguntarse á sí mismo si la vispera habia faltado ó no. Rousseau, con los brazos blandamente apoyados en la

mesa é inclinada la cabeza sobre el hombro izquierdo reflexionaba tambien.

Delante de sí tenia abiertas sus obras de politica y filosofia, el *Emilio* y el *Contrato social*.

De vez en cuando, cuando lo que pensaba lo exigia, se encorvaba para hojear aquellos libros que sabia de memoria.

—Ah! Dios mio, dijo leyendo un párrafo del *Emilio* acerca de la libertad de conciencia; estas sí que son frases incendiarias. Qué filosofia, justo cielo! Se ha lanzado nunca al mundo un botafuego parecido al mio?

Cómo! añadió levantando las manos sobre su cabeza; soy yo el que he proferido semejantes espresiones contra el trono, el altar y la sociedad...

Ya no me admira que algunos hombres de pasiones sombrías y reconcentradas se hayan aprovechado de mis sofismas, estraviándose en los senderos que he cubierto de flóres de retórica. Soy un perturbador de la sociedad.

Y se levantó muy ajitado, dando tres vueltas por la habitacion.

—He sido un loco, un bárbaro en hablar mal de los agentes del poder que ejercen la tiranía contra los escritores. Esos hombres tienen razón.

Qué soy yo sino un hombre peligroso para el estado?... creía que mi palabra ilustraría á las masas, y es una antorcha que va á incendiar al universo entero.

He sembrado discursos sobre la desigualdad de las condiciones, proyectos de universal fraternidad y planes de educación, y recojo por fruto orgullos tan feroces que invierten el sentido de la sociedad, guerras intestinas capaces de dejar despoblado al mundo, y costumbres tan salvajes que atrasarian la civilizacion durante algunos siglos... Oh! soy muy criminal.

Y volvió á leer una página de su *Vicario Savoyano*.

Sí, eso es: *Reunámonos para ocuparnos de nuestra dicha...* Que yo haya escrito esto! *Demos á nuestras virtudes la fuerza que otros dan á sus vicios.* También he escrito esto!

Y Bousseau se ajitó, mas desesperado

que nunca.

—De suerte, dijo, que por mi culpa se han reunido los hermanos con los hermanos, y cuando algun dia sea invadido uno de esos subterráneos por la policia, cojerá á toda la bandada de esos hombres que juran comerse unos á otros en caso de traicion, y no faltará uno mas descarado que los demas que saque del bolsillo mi libro y diga: «De qué os quejais? Nosotros somos adeptos de Mr. Rousseau, y seguimos un curso de filosofia.» Oh! Cómo se reirá de esto Voltaire! No haya miedo que á ese cortesano le atrapen en una madriguera por el estilo.

La idea de que Voltaire se burlaria de él enfureció en extremo al filósofo genovés.

—Yo metido á conspirador! murmuró; vamos, está visto que soy un niño. En verdad que hago muy buen conspirador!

Aquí llegaba cuando entró Teresa, sin que la viese, con el desayuno.

Teresa notó que leía atentamente un trozo de las *Meditaciones de un Solitario*, y dijo poniendo la leche caliente sobre el mismo libro:

—Bueno, el orgulloso se mira en su propio espejo. El señor Rousseau lee sus obras para admirarse á sí mismo.

—Vamos, Teresa, dijo el filósofo; déjame, que no estoy para risas.

—Oh! sí, eso es magnífico, no es verdad? dijo burlándose de él... Étais estasiado! Cómo es que los autores tienen tanta vanidad, á pesar de sus defectos, y nada nos pasan á nosotras las pobres mujeres? En cuanto se me antoja mirarme al espejo ya me está riendo el caballero y llamándome coqueta.

Y la tomó con este tema, apurando la paciencia á Rousseau, como si este no hubiese recibido ricos dones de la naturaleza para poder hacer lo que estaba haciendo.

Por lo demas, se bebió la leche sin mojar pan, y parecía que rumiaba.

—Bueno, dijo Teresa, está reflexionando; vas á componer algun otro libro atestado de picardias?

Rousseau se estremeció.

—Sin duda piensas, le dijo Teresa, en tus mujeres ideales, y así escribes li-

bros que las jóvenes no se atreven á leer, ó alguna profanacion que algun dia será quemada por mano del verdugo.

El mártir volvió á estremecerse, porque el golpe de Teresa habia sido certero.

—No, replicó, nada escribiré ya que dé lugar á que piensen mal... Al contrario, quiero componer un libro que lean con gusto todas las personas honradas.

—Oh! Oh! dijo Teresa quitando la taza; teneis muy llena la imaginacion de ideas obscenas para que hagais eso... El otro dia, sin ir mas lejos, te oí leer un pasaje de no sé qué cosa, y hablabas de mujeres á quienes adorabas... porque eres un sátiro, un mago!

La palabra mago era una de las injurias mas espantosas del vocabulario de Teresa, y siempre que la usaba se estremecia Rousseau.

—Ya verás, amiga, cómo quedas contenta... Voy á escribir un libro para probar que he descubierto un medio de rejenerar al mundo, sin que, por distintos que sean los caminos de esta rejeneracion, sufra un individuo siquiera. Sí, sí, voy á

madurar este proyecto. No mas revoluciones, Dios mio! Teresa, no quiero mas revoluciones!

—Ya lo veremos, dijo Teresa; pero llaman.

Teresa volvió un momento despues con un joven de bella presencia, á quien rogó esperase en la antesala.

En seguida, entrando en el cuarto de Rousseau, quien ya estaba tomando notas con un lápiz, le dijo:

—Date prisa á guardar todas esas infames obras, pues está ahí uno que quiere verte.

—Quién es?

—Un señor de la corte.

—No te ha dicho cómo se llama?

—Sí, como que yo recibo á jente que no conozca.

—Pues entonces dilo.

—Es Mr. de Coigny.

—Mr. de Coigny! exclamó Rousseau; Mr. de Coigny, gentil-hombre de monseñor el delfin?

—Así parece; y por cierto que es un mozo muy guapo y amable.

—Voy allá, Teresa.

Rousseau se dió una ojeada al espejo, se cepilló el polvo, limpió de prisa y corriendo las chinelas, que no eran otras sino unos zapatos viejos gastados de puro uso, y salió al comedor donde le estaba esperando el gentil-hombre.

Este no se habia sentado; lo que habia era mirar con una especie de curiosidad los vejetales secos que Rousseau habia pegado sobre papel y colocado formando orlas sobre madera negra.

Al oír la puerta de cristales se volvió, y saludando con suma cortesía, dijo:

—Tengo el honor de hablar con Mr. Rousseau?

—Si señor, respondió el filósofo con un tono áspero, que no excluía una especie de admiración á la notable hermosura y elegancia sin afectación de su interlocutor.

Efectivamente Mr. de Coigny era uno de los hombres mas hermosos y amables de Francia, pudiendo decirse sin niugun jénero de duda que para él se habia inventado el traje que se gastaba en aquella época. Si, seguramente se ideó para

que brillasen la finura y perfecto contorneado de su pierna para mostrar en toda su anchura sus hombros y su elevado pecho, para dar un aire majestuoso á su cabeza tan bien situada, y la blancura del marfil á sus lindas manos.

Este exámen satisfizo á Rousseau, quien, á fuer de verdadero artista, admiraba lo bello en cualquier parte donde lo encontraba.

—En qué puedo serviros, caballero? le dijo.

—Ya os habrán dicho que soy el conde de Coigny, y á eso añado yo que vengo de parte de la señora desfiná.

Rousseau hizo un saludo, poniéndose como la grana, y Teresa, que se hallaba en un ángulo del comedor, con las manos metidas en los bolsillos de su traje, contemplaba con halagüeños ojos al hermoso mensajero de la princesa mas grande de Francia.

—Y qué quiere de mí S. A. R.? dijo Rousseau... pero tomad asiento si gustais, caballero.

Rousseau se sentó, y Mr. de Coigny

tomó una silla de paja, imitándole.

—El hecho es este; dijo: el otro día, viniendo S. M. en Trianon, manifestó alguna simpatía por vuestra música, que es encantadora. S. M. cantó vuestras mejores melodías, y la señora delfina, que procura agradar en todo á S. M., ha pensado sería para el rey un placer ver representar en Trianon una de vuestras óperas cómicas...

Rousseau hizo un saludo profundo, y el gentil-hombre continuó:

—Vengo, pues, á pedirlos de parte de la señora delfina...

—Oh! interrumpió Rousseau, mi permiso para nada hace al caso. Mis piezas y las arietas que forman parte de ellas, pertenecen al teatro en que se han representado; de consiguiente á quien se debe pedir el permiso es á los cómicos, y estoy seguro de que S. A. R. no hallará obstáculo alguno á sus deseos, porque para los cómicos indicados es una fortuna representar y cantar delante de S. M. y de toda la corte.

—No es eso precisamente lo que estoy

encargado de pedirlos, dijo Mr. de Coigny a S. A. R. la delfina quiere dar al rey una diversion mas completa y mas rara; sabe todas vuestras óperas...

Rousseau hizo otro saludo.

—Y las canta muy bien.

Rousseau se pellizcó los labios y dijo tartamudeando:

—Eso me honra mucho.

—Ahora bien, prosiguió Mr. de Coigny, como hay en la corte varias damas que son escelentes cantantes, y varios juveniles—hombres se ocupan tambien de musica con buen éxito, la ópera que la señora delfina escojese entre las vuestras seria ejecutada por esa sociedad de señoras y caballeros, cuyos principales actores serian SS. AA. RR.

Rousseau dió un brinco sobre su silla y dijo:

—Os aseguro, caballero, que es un honor insigne el que quiere hacerseme, os ruego deis las gracias en mi nombre á la señora delfina.

—Aun hay mas, dijo Mr. de Coigny sonriéndose.

—Ah!

—Es cierto que esa compañía es mas ilustre que la otra, pero menos diestra, y se necesita que el maestro dé sus consejos, porque es preciso que la ejecucion sea digna del augusto espectador que ocupe el palco réjio, y del ilustre autor de la ópera.

Rousseau se levantó para saludar, porque aquel cumplimiento le habia interesado en gran manera; saludó, pues, á Mr. de Coigny con bastante gracia.

—Para ello, dijo el gentil-hombre, os ruega S. A. R. que tengais á bien ir á Trianon para dirijir el ensayo jeneral de la ópera.

—Oh! dijo Rousseau; S. A. R. no lo ha pensado bien... Yo ir á Trianon!

—Por qué no? dijo Mr. de Coigny con el aire mas natural del mundo.

—Caballero, dijo Rousseau, vos sois hombre de gusto y de talento; vos teneis mejor tacto que otros; ahora bien, responded con la mano puesta sobre el corazon: Rousseau el filósofo, Rousseau el proscrito, Rousseau el misántropo en la

corte. No es para hacer morir de risa á cuantos lo vean y lo sepan?

—No sé por qué, replicó Mr. de Coigny con frialdad, han de turbar el sueño las risas y chanzonetas de los necios que le persiguen, de un hombre tan fino como vos y de un escritor que puede pasar por el primero del reino. Si teneis esa debilidad, señor Rousseau, tratad de ocultarla, porque ella sola daría que reir á no pocos. En cuanto á lo que os digan, me confesareis que no debe uno ocuparse de eso cuando se trata de dar gusto á una persona como S. A. R. la señora delfina, heredera presunta de la corona de Francia.

—Seguramente, dijo Rousseau, seguramente.

—Será tal vez, dijo Mr. de Coigny sonriéndose, por un resto de mentida vergüenza? Temeis humanizaros porque habeis tratado con severidad á los reyes? Ah! señor de Rousseau, habeis dado lecciones al jénero humano, y supongo que no le aborrecereis... Por otra parte, no exceptuáis de vuestro odio, caso de que lo ténçais, á una dama que es de la san-

gre imperial?

—Caballero, me instais con mucha gracia, pero reflexionad cuál es mi posición, yo vivo retirado, solo y sufriendo mis achaques.

Teresa hizo un jesto y dijo:

—Sus achaques!... Vaya si es descontentadizo el señor!

—Por mas que haga siempre aparecerá en mi rostro y modales un rastro desagradable á los ojos del rey y las princesas, que solo buscan la alegría y el contento. Qué diria á esto?... Qué haria?

—Cualquiera diria que dudais de vos mismo, pues qué, el que ha escrito la *Nueva Eloisa* y las *Confesiones*, no tiene mas talento para hablar y obrar que nosotros todos?

—Os aseguro, caballero, que me es imposible...

—Esa palabra no la conocen los príncipes.

—Por eso precisamente me quedaré en mi casa.

—Señor Rousseau, creo que al temerario mensajero que se ha encargado de sa-

tisfacer los deseos de la señora delfina me le causareis el disgusto mortal de tener que volverse á Versalles avergonzado y vencido; esto lo sentiria tanto que se deterraria al instante. Vamos querido Rousseau, haced por mí, por un hombre que tiene una simpatia profunda por todas vuestras obras, lo que vuestro gran corazon negaria á reyes que os lo pidiesen.

—Vuestra estremada amabilidad me encanta, caballero; vuestra elocuencia es irresistible, y teneis una voz que me conmueve en extremo.

—Es decir que os ablandais?

—No, no puedo... terminantemente digo que no; mi salud se opone á emprender un viaje.

—Un viaje! Estais engañado señor Rousseau, pues en carruaje se llega en hora y cuarto.

—Para vos, que teneis caballos magníficos, sí.

—Todos los de la corte están á vuestra disposicion, señor Rousseau. Estoy cargado por la señora delfina de decir que en Trianon teneis habitacion pre-

rada, porque no quiere que regreseis tan tarde á Paris. Además, el señor delfin, que sabe de memoria todas vuestras obras, ha dicho delante de su corte que tenia empeño en enseñar en su palacio la habitación que haya ocupado el señor Rousseau.

Teresa lanzó un grito de admiracion, no por Rousseau, sino por aquel príncipe tan bueno.

Rousseau no pudo resistir á aquella muestra de benevolencia, y dijo:

—Preciso será rendirse, porque nunca he sido atacado tal y tan bien.

—Es preciso apresar vuestro corazón, replicó Mr. de Coigny, pues lo que es vuestro entendimiento es inespugnable.

—Iré pues, caballero, á satisfacer los deseos de S. A. R.

—Oh! señor Rousseau, recibid un millón de gracias por lo que hace á mí, y por lo que respecta á la señora delfina, permitidme que no os las dé en su nombre, porque sentiria S. A. R. que yo me hubiese anticipado, cuando quiere dáros-la personalmente. Además, ya sabeis que

al hombre toca manifestar su gratitud á una mujer joven y adorable que le pide un favor.

—Es verdad, caballero, respondió Rousseau sonriéndose; pero los que somos viejos tenemos el privilegio de que nos rueguen las mujeres bonitas.

—Señor Rousseau, tened la bondad de decirme á qué hora quereis os envíe mi carroza, ó mas bien yo vendré por vos para acompañaros.

—Lo que es esto, no, caballero, dijo Rousseau. Iré á Trianon; pero dejadme que vaya á mi gusto y como se me antoje; desde este momento no volvais á ocuparos de mí; decidme la hora y esto basta.

—Cómo! No quereis que sea vuestro introductor? Es verdad que soy indigno de tamaña honra, y que un nombre como el vuestro se anuncia bien por sí solo.

—Caballero, sé que sois en la corte mas que yo en ningun sitio del mundo, y de consiguiente no rehusó vuestra oferta por lo que atañe á vuestra persona, sino porque me gusta obrar á mis anchas;

quiero ir á Trianon como si fuese á paseo, y en fin... tal es mi ultimatum.

—Inclino pues la cabeza, y me guardaria muy bien de disgustaros en nada de este mundo. El ensayo empieza esta tarde á las seis.

—Muy bien, á las seis menos cuarto estaré en Trianon.

—Pero por qué medios?

—Eso es cosa mia; he aquí mis carruajes.

Y enseñó la pierna bien formada todavía, y que calzaba con una especie de pretension.

—Vais á andar cinco leguas? dijo Mr. de Coigny consternado; mirad que os vais á estropear, y á pasar una mala noche.

—En ese caso tambien tengo carruaje y caballos; carruaje fraternal, carroza popular, que lo mismo es del vecino que mia, como el aire, el sol y el agua; carroza que cuesta quince sueldos.

—Ay! Dios mio, el patache! Me estremezo al pensarlo!

—Las banquetas que á vos os parecen tan duras, son para mí un lecho de

sibarita, figurándome que están rellenas de pluma ó de hojas de rosa. Conque hasta la tarde, caballero, hasta la tarde.

Viendo Mr. de Coigny que le despedían, tomó su partido; y despues de repetir las gracias y hacer varias indicaciones mas ó menos precisas para que aceptara sus servicios, bajó la negra escalera, acompañado de Teresa hasta la puerta y de Rousseau hasta la meseta.

Mr. de Coigny entró en su coche, que le esperaba en la calle, y se volvió á Versailles, sonriéndose allá para sí.

Teresa cerró la puerta con un humo de todos los diablos, lo cual hizo presenciar á Rousseau la tormenta que se preparaba.

CAPÍTULO XLII.

El adorno de Rousseau.

Asi que se fué Mr. de Coigny, Rousseau, cuyas ideas habia trastornado aquella visita, se sentó exhalando un gran suspiro en un sillón, y dijo en tono lánguido

—Ah! Qué fastidio! Cómo me cansa la jente con sus persecuciones.

Teresa, que entraba á la sazon, cogió estas palabras al vuelo, y yendo á situarse enfrente de Rousseau, le dijo:

—Vaya con el orgulloso!

—Yo orgulloso! saltó Rousseau sorprendido.

—Si, eres un vanidoso, un hipócrita!

—Yo?

—Tú... estás contento porque vas á la corte, y ocultas tu alegría con una mentida indiferencia.

—Ah! Dios mio, replicó Rousseau encogiéndose de hombros, pero humillado al ver que le conocian tan bien.

—No te figures que me vas á hacer creer que no es para tí una honra insigne que el rey oiga las melodías que tocas aquí como un holgazan en tu manucordio.

Rousseau miró á su mujer con ojos de ira, y le dijo:

—Eres una tonta; á un hombre como yo no le honra el presentarse delante de un rey. A qué debe ese hombre el sentarse en el trono? A un capricho de la naturaleza

que ha hecho nazca de una reina; pero yo soy digno de ser llamado á presencia del rey para recrearle, y esto lo debo á mi trabajo y al talento que he adquirido trabajando.

Teresa no era mujer que se dejara vencer así.

—Quisiera que Mr. de Sartines, te oyesse hablar de ese modo, porque no te faltaria una choza en Bicetre ó un palco en Charenton.

—Porque ese Mr. de Sartines, dijo Rousseau, es un tirano pagado por otro tirano, y el hombre que solo cuenta con su ingenio no tiene defensa contra los tiranos; pero si Mr. de Sartines me persiguiese...

—Qué? dijo Teresa.

—Ah! sí, suspiró Rousseau; sé que mis enemigos se alegrarian, lo sé.

—Y por qué tienes enemigos? dijo Teresa, porque eres malo y porque has atacado á todo el mundo. Ah! Mr. de Voltaire sí que tiene amigos!

—Es verdad, respondió Rousseau con una sonrisa anjelical.

—Pero para eso es caballero Mr. de Voltaire, para eso es amigo del rey de Prusia, y tiene caballos, y es rico, y tiene un palacio en Ferney... Y todo esto lo debe á su mérito... Asi es que cuando va á la corte no se le echa de desdenoso y está como en su casa.

—Y crees tú, dijo Rousseau, que yo no estaré allí como en la mia? Crees que no sé de dónde sale todo el dinero que allí se gasta, y que me dejo engañar por los respetos que allí se tributan al soberano? Eh! buena mujer, que todo lo juzgáis al revés, pensad que si me la echo de desdenoso, es porque miro con desden; que si miro con desden el lujo de los cortesanos, es porque han robado ese lujo.

—Robado! dijo Teresa con una indignacion que no puede esplicarse.

—Sí, robado! á tí, á mí, á todo el mundo. Todo el oro que llevan en sus trajes deberia repartirse entre los desgraciados que no tienen pan; y he aquí por qué yo, que pienso en todo esto, voy con repugnancia á la corte.

—Yo no digo que el pueblo sea di-

choso, dijo Teresa, pero al fin el rey es rey.

—Por eso mismo le obedezco; qué mas quiere, pues?

—Ah! obedeces porque tienes miedo; que no se diga pues que vas á una parte á disgusto y que eres un hombre valiente, porque contestaré que eres un hipócrita y que te gusta eso.

—Yo no tengo miedo á nada, dijo Rousseau con soberbia.

—Bueno! vé á decir al rey la cuarta parte de lo que contaste hace poco.

—Lo haré seguramente si me parece oportuno.

—Tú?

—Sí, yo; me has visto retroceder nunca?

—Bah! Y no te atreves á quitar á un gato un hueso que esté royendo por miedo de que te arañe... Qué será, pues, cuando te veas rodeado de guardias y jente que ciñe espada?... Ya sabes que te conozco como si te hubiera parido... Ahora te afeitarás, te perfumarás y te pondrás hecho un Adonis; te calzarás perfectamente, tra-

rás de mover los ojos de un modo interesante, porque los tienes muy chicos y melondos, y si los abrieras naturalmente se verían, mientras que guiñándolos das á entender que son tan grandes como una puerta cochera; me pedirás las medias de seda, te pondrás la casaca color de chocolate con botones de acero y la peluca nueva; alquilarás un coche, y mi filósofo irá á hacerse adorar de las damas... y mañana, ah! mañana estarás lánguido, estasiado, porque te habrás enamorado, escribirás rengloncitos suspirando, y regarás el café con lágrimas, Oh! Cómo te conozco!

—Te equivocas, querida, dijo Rousseau; ya te he dicho que para mí es una violencia tener que ir á la corte. Iré, porque así como así, temo el escándalo; todo ciudadano honrado debe temerlo. Por otra parte, yo no soy de los que se niegan á reconocer la supremacía que un ciudadano debe tener en una república; pero en cuanto á anticiparme yo, en cuanto á echármela de cortesano, en cuanto á rozar mi vestido nuevo con las lentejue-

las de esos señores mastuerzos, no y lo nunca lo haré, y si me cojes en mentira, búrlate de mí á tus anchas.

—Es decir que no te vistes? preguntó Teresa en tono irónico.

—No.

—No te pones la peluca nueva?

—No.

—No guiñarás tus ojuelos?

—Te digo que iré á la corte como un hombre libre, sin afectación y sin miedo; iré como iría al teatro, y poco me importa que á los cómicos les parezca bien ó mal.

—A lo menos te afeitarás? dijo Teresa; tienes una barba de medio pie de largo.

—Te digo que no me mudo de ropa ni de nada.

Teresa prorumpió en una carcajada que aturdió á Rousseau, teniendo que refugiarse al aposento inmediato.

Aun no habia agotado Teresa sus persecuciones, pues las tenia de todos colores y jéneros.

Así es que sacó del armario el traje de

ceremonia, ropa limpia y los zapatos perfectamente lustrados, estendiéndolo todo sobre la cama y las sillas de Bousseau.

Pero este no prestó atención al parecer á aquella maniobra, viendo lo cual Teresa, le dijo:

—Vamos, ya es tiempo de que te vistas, porque el adornarse para ir á la corte es cosa larga, y si no te das prisa no tendrás el gusto de ir á Versailles á la hora indicada.

—Ya te he dicho, Teresa, replicó Rousseau que estoy bien así. Este es el vestido con que me presento diariamente delante de mis conciudadanos, y un rey no es otra cosa que un ciudadano ni mas ni menos que yo.

—Vamos, vamos, dijo Teresa para tentarle y hacer que accediera á su voluntad; no te enfades, Jacobo; ni hagas una tontería... Aquí tienes el traje, la navaja de afeitar está lista, y por si estás atacado de los nervios he mandado llamar al barbero.

—Gracias, querida, respondió Rousseau, lo único que haré será darme un

brochazo y ponerme los zapatos, porque no se sale con chinelas.

—Si tendrá una vez voluntad propia! dijo Teresa allá para sí.

Y continuó escitándole unas veces por medio de la coquetería, otras procurando persuadirle, y otras violentándole con sus chanzonetas; pero Rousseau la conocía, veía el lazo, y estaba seguro de que así que cediese se burlaría de él despiadadamente Teresa. No quiso pues ceder, y se abstuvo de mirar las bonitas prendas que realzaban lo que él llamaba su buen aspecto natural.

Teresa estaba acechándole, pues aun le quedaba un recurso, cual era la ojeada que nunca dejaba de darse Rousseau al espejo al tiempo de salir, porque el filósofo era aseado hasta rayar en exceso, si puede haber exceso en el aseo.

Empero Rousseau continuó manteniéndose en guardia, y como sorprendiese la ansiosa mirada de Teresa, volvió la espalda al espejo. Cuando llegó la hora, ya había rumiado el filósofo en su cabeza todo lo desagradablemente sentencioso au-

se podia decir á un rey.

Mientras se ponía las hebillas de los zapatos recitó algunos trozos allá para sí, y en seguida se metió el sombrero debajo del brazo, cojió el baston, y aprovechándose de un momento en que Teresa no podia verle estiró la chupa y la casaca con ambas manos para quitarles los pliegues.

Teresa volvió á entrar y le presentó un pañuelo que él metió en su ancha faltriquera, acompañándole despues hasta la meseta. donde le dijo:

—Vamos, Jacobo, ten juicio; así estás atroz, te pareces á un monedero falso.

—Adios, dijo Rousseau.

—Cuidado, caballero, dijo Teresa, que os pueden tomar por un ratero.

—Ten tú cuidado con la lumbre, replicó Rousseau, y no toques á mis papeles.

—Os aseguro, dijo Teresa desesperada, que pareceis un policiaco.

Rousseau nada volvió á replicar; lo que hizo fué bajar la escalera canturreando, y aprovechándose de lo oscura que

estaba, cepilló el sombrero con la manga, sacudió la pechera de la camisa con la mano izquierda, y se adornó improvisadamente, pero con inteligencia.

Cuando llegó abajo, arrojó el barro de la calle de Platriere, pero sobre la punta de los pies, y se dirigió á los Campos Elíseos, donde estaban situados estos honrados carruajes á que llamaremos pataches por purismo, y que llevaban, ó mas bien molian, aun hace diez años, de Paris á Versalles á los viajeros que tenían precision de ser económicos.

CAPÍTULO XLIII.

Entre bastidores.

Las circunstancias del viaje son indiferentes; Rousseau debió por necesidad andar el camino en compañía de un suizo, un recaudador de contribuciones, un aldeano y un cura.

A las cinco y media de la tarde llegó á Trianon, donde ya estaba reunida la corte, y se ocupaba en preludios mientras no

llegaba el rey, pues por lo que hace al autor nadie se cuidaba de él.

Ciertas personas sabian que Mr. Rousseau, natural de Jénova, iria á dirigir el ensayo; pero lo mismo les interesaba ver á Rousseau que á Mr. Rameau, ó á Mr. de Marmontel, ó cualquiera otro de esos animales curiosos que los cortesanos daban dinero por ver, sea en sus salones, sea en las casuchas que ocupaban aquellos.

Rousseau fué recibido por el oficial que estaba de servicio, á quien Mr. de Coigny habia encargado le avisara así que llegase el jenovés.

El cortesano acudió con su acostumbrada urbanidad, y recibió á Rousseau con muestras de aprecio; pero apenas fijó en él la vista se quedó admirado y no pudo menos que volverle á examinar.

Rousseau estaba cubierto de polvo, ajado, pálido, y con aquella palidez resaltaba mas y mas su barba de ermitaño, pudiendo asegurarse que ningun maestro de ceremonias habia visto nunca reflejar en los espejos de Versalles una figura por el estilo.

A Rousseau no le gustó mucho que Mr. de Coigny le mirase de aquel modo; pero se aumentó su disgusto cuando, al acercarse á la sala en que debia darse la funcion, vió unos trajes tan magníficos y aquellas telas bordadas de seda, diamantes y cordones azules, que causaban sobre el dorado de los salones, el efecto que forma un ramillete de flores en un gran canasto.

Tampoco se encontró Rousseau muy á sus anchas cuando respiró aquella atmósfera impregnada de ámbar, olor penetrante y que embriagaba los sentidos de un plebeyo.

Sin embargo, era preciso avanzar y tener audacia, porque muchos fijaban la vista en el que deslustraba el brillo de aquella reunion.

Mr. de Coigny le acompañó hasta la orquesta, donde le estaban ya esperando los músicos.

Allí respiró un tanto, y mientras se ejecutaba su opereta, pensó seriamente que estaba en lo mas fuerte del peligro, que ya no habia remedio, y que todos los

raciocinios del mundo no podían evitarlo.

La señora delfina estaba ya en el escenario con su traje de Colasa, esperando á su Colás.

Mr. de Coigny se hallaba en su cuarto mudándose de traje.

De pronto se vió entrar al rey en medio de un círculo de cabezas profundamente inclinadas.

Luis XV se sonreía y al parecer iba de muy buen humor.

El delfin se sentó á su derecha y el conde de Provenza fué á sentarse á la izquierda.

Las cincuenta personas de que se componía la reunion, reunion íntima si las hay, se sentaron á un jesto que hizo el rey.

—Y bien, no se da principio? dijo Luis XV.

—Señor, contestó la delfina, no están vestidos todavía los pastores y pastoras y estamos esperándolos.

—Lo mismo da que sea con el traje comun, dijo el rey.

—No señor, replicó la delfina, porque

queremos ensayar con los trajes que hemos de sacar en la ópera para ver el efecto que causan con las luces.

—Es muy justo, señora, dijo el rey; pasémonos entonces.

Y Luis XV se levantó para dar una vuelta por el corredor y el escenario, pero bastante inquieto al ver que no llegaba la Dubarry.

Cuando el rey dejó su palco, Rousseau consideró melancólicamente y palpitándole el corazón con violencia aquella sala vacía y su propio aislamiento.

Efectivamente, formaba un contraste bien singular con la acogida que había temido le dispensasen.

Se había figurado que al verle se abrirían todos los grupos para dejarle pasar, que la curiosidad de los cortesanos sería más molesta y significativa que la de los parisienses, que le harían mil preguntas, que tendría que presentarse á esta y la otra persona, y en vez de suceder así, nadie fijaba en él la atención.

Pensó, pues, que su larga barba debía serlo aun más, que aunque hubiera

ido vestido de harapos no hubieran hecho menos caso de él; y se alegró de no haber cometido la ridiculez de querer mostrarse elegante.

Pero en el fondo de todo esto se sentía bastante humillado al ver que allí solo era un director de orquesta.

De pronto se acercó á él un oficial y le preguntó si no era Mr. Rousseau.

—Si señor, contestó.

—La señora delfina desca hablaros, le dijo el oficial.

Rousseau se levantó muy conmovido.

La delfina le estaba esperando con la *Arieta de Colasa* en la mano, arieta que principia:

Perdí mi dicha toda.

Así que vió á Rousseau, corrió á él, y el filósofo le saludó con mucha humildad, diciendo allá para sí que saludaba á una mujer y no á una princesa.

La princesa por su parte saludó con amabilidad al silvestre filósofo como podia hacer con el caballero mas cumplido de Europa.

En seguida le pidió consejo acerca de

la influencia que debia dar al tercer verso.

Colás me olvida ya...

Rousseau desenvolvió una teoría de declamacion y melópea, que fué interrumpida á pesar de toda su sabiduría por la repentina llegada del rey y algunos cortesanos.

El rey entró en el vestuario, donde el filósofo estaba dando leccion de aquel modo.

El primer impulso, el primer sentimiento de Luis XV al ver la negligencia en el vestir de aquel personaje, fué exactamente el mismo que el de Mr. de Coigny; no habia mas diferencia sino que Coigny conocia á Rousseau y Luis XV no.

Miró pues por largo espacio de tiempo á nuestro hombre libre, al mismo tiempo que recibia los cumplimientos de la delfina.

Aquella mirada llena de réjia autoridad, aquella mirada que no estaba acostumbrada á bajarse ante ninguna otra, causó en Rousseau un efecto indecible, en Rousseau, cuyos ojos eran vivos, pero indecisos y tímidos.

La delfina aguardó á que el rey hubiese concluido su exámen, y entonces se puso al lado de Rousseau, diciendo:

—Me permite V. M. que le presente nuestro autor?

—Vuestro autor? dijo el rey haciendo como que recordaba.

Durante este diálogo Rousseau estaba en brasas, pues el rey recorrió con la vista y quemó como el sol debajo del lente aquella barba larga, aquella pechera no muy limpia, aquel polvo y aquella peluca mal peinada del escritor mas grande de su reino.

La delfina se compadeció de este último, y dijo:

—Señor, J. J. Rousseau, autor de la linda ópera que vamos á degollar delante de V. M.

El rey alzó entonces la cabeza, y dijo con frialdad:

—Ah! saludo al señor Rousseau.

Y siguió mirándole como para probarle lo mal vestido que iba.

Rousseau se preguntó á sí mismo cómo se saludaba al rey de Francia sin ser un

cortesano, pero tambien sin pasar por impolítico, puesto que al fin estaba en casa de aquel príncipe.

Empero mientras que raciocinaba de este modo, el rey le hablaba con esa facilidad propia de los principes que todo lo han dicho cuando dicen una cosa agradable ó desagradable para su interlocutor.

Rousseau se quedó petrificado, sin pronunciar una palabra, y todas las frases que se habia propuesto dirigir al tirano se le olvidaron.

-- Señor Rousseau, le dijo el rey, sin dejar de mirar el traje y la peluca; habeis compuesto una música encantadora, y que me hace pasar ratos muy agradables.

Y el rey se puso á cantar con la voz mas antipática á todo diapason y melodia que se ha visto.

Si á otros apuestos galanes
hubiera escuchado yo,
qué fácil hubiese sido
robar otro corazon!

—Esto es muy bonito, dijo el rey así que acabó.

Rousseau hizo un saludo.

—No sé si cantaré bien, dijo la delfina.

Rousseau se volvió hácia la princesa para darle un consejo acerca de esto; pero el rey se lanzó de nuevo á cantar, entonando la romanza de Colás:

En mi cabaña oscura
siempre sufriendo penas,
nieves, vientos y frios
desapiadados penetran.

S. M. cantaba atrocemente para un músico, y Rousseau, medio lisonjeado con la memoria del monarca, y medio ofendido de su detestable ejecucion, hacia los jestos que hace un mono cuando está royendo una cebolla, es decir, que por un lado llora y por otro se rie.

La delfina se mantenía séria, con esa imperturbable sangre fria que solo se encuentra en la corte.

El rey, sin apurarse por nada, continuó:

Colasa, mi pastora,
ven á vivir en ella,
y tu pastor Colás
no dará al aire quejas.

Rousseau sintió arder su cara, cuando el rey le dijo:

—Es cierto, señor Rousseau, que os vestís algunas veces de armenio?

Al filósofo se le trabó la lengua de tal modo, que ni por un reino hubiera podido hablar en aquel momento.

El rey se puso á cantar de nuevo sin esperar á que le contestase:

El ciego amor no sabe,
aunque haya quien le alabe,
á do sus flechas tira.

—Segun parece, vivís en la calle de Platriere, no es verdad, señor Rousseau? dijo el rey.

Rousseau hizo con la cabeza una señal afirmativa; pero aquella era la *última thule* de sus fuerzas, no habiendo necesitado nunca llamar otras tantas en su auxilio.

El rey talareó:

Es un niño....

Es un niño....

—Se dice que estais muy mal con Voltaire, señor Rousseau.

Rousseau perdió al oír esto el poco seso que le quedaba y toda su serenidad; pero

sin compadecerse de él el rey prosiguió en su feroz melomanía, cantando al mismo tiempo que se alejaba:

Bailemos bajo los olmos;

A bailar, lindas muchachas,

con acompañamientos de orquesta capaces de matar á Apolo, como este mató á Marsyas.

Rousseau se quedó solo en medio del vestuario, pues la delfina le dejó para ir á dar la última mano á su tocado.

Dando traspies Rousseau, y tentando acá y allá llegó al corredor; pero á lo mejor se encontró con una pareja cubierta de diamantes, flores y encajes que llenaba el corredor, aunque el joven estrechaba con mucha ternura el brazo de su compañera.

Esta, con su magnífico traje, su gigantesco prendido, su abanico y sus perfumes, estaba tan radiante como un astro, y Rousseau fué á tropezar con ella.

El joven, delgado, de una naturaleza delicada, y llevando un cordon azul sobre su finísima pechera inglesa, se reia á carcajadas con extrema franqueza, y cesaba de pronto para hablar al oido de la dama,

quien se reía á su vez, demostrando que entre los dos reinaba la mas cordial inteligencia.

Rousseau conoció que aquella dama era la Dubarry, joven encantadora, y así que la vió, siguiendo la costumbre que tenia de absorberse en una sola contemplacion, no miró al que la iba acompañando.

El joven del cordon azul no era otro que el conde de Artois, quien jugueteaba sumamente contento con la querida de su padre.

Al ver la Dubarry la negra figura que presentaba Rousseau se puso á gritar:

—Ay! Dios mio!

—Qué es eso? preguntó el conde de Artois mirando á su vez al filósofo.

Y ya estendia la mano para hacer paso á su compañera, cuando la Dubarry exclamó:

—Mr. Rousseau!

—Rousseau el jenovés? dijo el conde de Artois con el tono de un estudiante á quien se ha dado vacaciones.

—Sí, monseñor, replicó la condesa.

—Ah! buenas noches, señor Rousseau, dijo el despierto mozo al ver que Rousseau acababa de tomar una resolución desesperada como para forzar el paso; buenas noches... vamos á oír vuestra música.

—Monseñor, tartamudeó Rousseau viendo el cordon azul.

—Ah! es una música muy bonita, dijo la condesa, y muy adecuada al talento de su autor.

Rousseau levantó la cabeza y su mirada fué á abrazarse en los chispeantes ojos de la condesa.

—Señora! dijo con tono de mal humor.

—Yo haré el papel de Colás, exclamó el conde de Artois, y vos el de Colaça.

—Con mucho gusto, monseñor; pero como no soy artista, nunca me atreveré á profanar la música del maestro.

De buena gana hubiera dado Rousseau su vida por atreverse á volver á mirar; pero la voz, el tono, la lisonja, la hermosura, fueron para su corazón otros tantos anzuelos.

Quiso huir pues, pero el príncipe le impidió el paso diciéndole:

—Señor Rousseau, quisièra que me enseñáseis el papel de Colás.

—Lo que es yo no me atrevería á pedir al señor que me diese consejos acerca del de Colasa, dijo la condesa fingiendo timidez, de suerte que acabó de anonadar al filósofo.

Los ojos de este, sin embargo, preguntaron por qué.

—El señor me aborrece, dijo la condesa al principe con su encantadora voz.

—Cómo es eso? exclamó el conde de Artois; aborreceros á vos, señora?

—Ya lo veis, dijo.

—Mr. Rousseau es demasiado galante y hace cosas muy lindas para que vaya á huir de una mujer tan hermosa, dijo el conde de Artois.

Rousseau lanzó un suspiro, como si estuviese para exhalar el alma, y se escabulló por la estrecha abertura que el conde de Artois dejó con harta imprudencia entre él y la pared.

Pero estaba escrito que Rousseau no habia de tener aquella noche ni un minuto de dicha, pues no habia dado cua-

tro pasos cuando fué á tropezar con otro grupo.

Componíase de dos hombres, uno viejo y otro joven. El uno de ellos, esto es, el joven, llevaba el cordon azul, y el otro, que podia tener cincuenta y cinco años, estaba vestido de encarnado, siendo pálido á fuerza de querer mostrarse austero.

Aquellos dos hombres oyeron reir al conde de Artois, quien gritaba con tono alegre:

—Ah! señor Rousseau, señor Rousseau, voy á decir que la señora condesa os ha hecho huir, y en verdad que nadie lo querrá creer.

—Rousseau! murmuraron los dos hombres.

—Detente, hermano, dijo el príncipe sin dejar de reir; detenedle, señor de la Vauguyon.

Entonces comprendió Rousseau el escollo en que le habia hecho dar su mala estrella, y dijo:

—El conde de Provenza y el ayo de los príncipes.

El conde impidió el paso á Rousseau

diciéndole con pedantesco tono:

—Buenas noches, amigo.

Rousseau medio loco se inclinó murmurando:

—Lo que es de esta no salgo.

—Ah! me alegro mucho de encontraros, amigo, dijo el príncipe como un maestro que buscara á un discípulo que hubiese cometido una falta y lo hallase al fin.

—Tambien este se viene con absurdos cumplimientos, pensó Rousseau. Qué pesados son estos grandes!

—Amigo, he leído vuestra traduccion de Tácito.

—Ah! es verdad, dijo Rousseau para sí; este es un erudito, un pedante.

—Sabeis que es muy difícil traducir á Tácito?

—Eso mismo, monseñor, lo he dicho en un prefacio.

—Sí, ya lo sé; y tambien decís que sabeis el latin medianamente.

—Y es cierto, monseñor.

—Y entonces, señor Rousseau, por qué traducís á Tácito?

—Monseñor, por ejercitarme en el estudio.

—Ah! señor Rousseau, habeis hecho mal en traducir *imperatoria brevitate* por un discurso breve y conciso.

Rousseau, inquieto, hizo por acortarse.

—Sí, dijo el joven príncipe con el aplomo de un viejo que corrije una falta; así es como habeis traducido. Eso está en el párrafo en que cuenta Tácito que Pison arengó á sus soldados.

—Y qué, monseñor?

—Y qué, señor Rousseau? que *imperatoria brevitate* significa con la concision propia de un jeneral, ó de un hombre acostumbrado á mandar. La concision del que manda... esta es la espresion; no es verdad, señor de Vauguyon?

—Sí, monseñor, respondió el ayo.

Rousseau no contestó, y el príncipe añadió:

—Eso es un contrasentido, señor Rousseau... Oh! ya os cojeré en otro...

Rousseau se puso pálido.

—Sí, señor Rousseau, en el párrafo

relativo á Cecina. Empieza así: *At in superiore Germaniá...* ya os acordareis, y hacer el retrato de Cecina; y Tácito dice *cito sermone*.

—Me acuerdo perfectamente, monseñor.

—Esto lo habeis traducido por *hablando bien*.

—Es verdad, monseñor, y yo creía...

—*Cito sermone* quiere decir que *habla pronto*, es decir, con facilidad.

—Y yo he dicho *hablando bien*?

—Para eso debió poner Tácito *deceus ú ornato ó eleganti sermone*, porque *cito* es un epíteto pintoresco, señor Rousseau. Lo mismo que en la pintura del cambio de conducta de Oton. Tácito dice:

Delatie voluptate, dissimulata luxuriantia cuneta que ad imperii decorem componuntur.

—Que yo he traducido; *dejando por otros tiempos el lujo y la molicie, sorprendiendo á todo el mundo dedicándose á restablecer la gloria del imperio.*

—Pues habeis hecho mal, señor Rousseau, muy mal; porque en primer lugar habeis formado solo una frase de tres,

cual os ha obligado á no traducir bien *disimulata luxuria*; en segundo lugar habeis cometido un contrasentido en el último miembro de la frase, pues Tácito no quiere decir que el emperador Oton se dedicase á restablecer la gloria del imperio, sino que no satisfaciendo sus pasiones, y disimulando sus hábitos de lujo, Oton lo acomodaba todo, todo lo aplicaba, hacia que todo redundase... todo, lo oís, señor Rousseau? es decir, sus pasiones y hasta sus vicios en gloria del imperio. Este es el sentido complejo, en vez de que el vuestro es demasiado limitado, no es verdad, señor de la Vauguyon?

—Sí, monseñor.

Rousseau sudaba y soplabá con aquella desapiadada presión.

El príncipe le dejó respirar un momento y despues le dijo:

—En la filosofía sois mucho mas superior.

Rousseau se inclinó.

—Solo que vuestro *Emilio* es un leon peligroso.

—Peligroso, monseñor?

—Sí, por las muchas ideas falsas en que imbuirá á los hijos de la clase media.

—Monseñor, desde el momento en que un hombre llega á ser padre entra en las condiciones de mi libro, sea el mas alto ó el último del reino, porque el ser padre es...

—Decidme, señor Rousseau, preguntó de pronto el mal intencionado príncipe? no es verdad que es un libro muy divertido ese de las *Confesiones*?... Pero vamos, cuántos hijos teneis?

Rousseau se puso pálido, y levantó la vista para mirar á su joven verdugo con ojos de cólera y asombro, lo cual aumentó el maligno humor del conde de Provenza.

Sin embargo, no pasó mas allá, y sin esperar la respuesta, se alejó el príncipe asido al brazo de su maestro, y prosiguiendo sus comentarios acerca de las obras del hombre á quien acababa de atormentar con tanta ferocidad.

Rousseau, que se habia quedado solo, salió poco á poco de su aturdimiento al oír los primeros compases de su obertura, que empezaba á tocar la orquesta.

Entonces se dirigió hácia aquel lado tambaleándose, y cuando llegó á su silla, se dijo:

—Loco, estúpido, cobarde de mí, que hasta ahora no he dado con lo que debí contestar á ese cruel pedantuelo. «Monseñor, debí decirle, es muy poco caritativo en un joven el atormentar á un pobre viejo.»

Aquí llegaba, sumamente contento con su frase, cuando la señora del fina y Mr. de Coigny empezaron su *duo*, teniendo Rousseau que abandonar sus pesares como filósofo para sentir como músico, porque ya habia sufrido el corazon, y ahora le tocaba al oido.

CAPÍTULO XLIV.

El ensayo.

Una vez empezado el ensayo, como todos fijaban la atencion en el espectáculo, Rousseau dejó de ser notado.

De consiguiente, él fué quien lo observó todo, oyendo á señores vestidos de al-

deanos dar notas en falso, y viendo á damas que coqueteaban con trajes de corte como si fuesen pastoras.

La delfina cantaba bien; pero era muy mala actriz, y ademas tenia tan poca voz que apenas se la oía. El rey para no intimidar á nadie se refugió á un palco oscuro, poniéndose á conversar con las damas.

El delfin apuntaba las palabras de la ópera, la cual marchaba realmente mal.

Rousseau tomó el partido de no escuchar, pero le fué difícil no oír; sin embargo, le quedaba un consuelo, porque acababa de ver una figura deliciosa entre los ilustres comparsas, y la aldeana á quien el cielo habia dotado de una figura tan bella cantaba con una voz que eclipsaba á todas las de la réjia compañía.

Rousseau se concentró pues, se absorbió por cima de su pupitre mirando aquella encantadora figura, y abrió tanto oído, á fin de aspirar toda la melodía de su voz.

La delfina que vió lo atento que estaba el autor, se persuadió fácilmente, gracias á su sonrisa y á sus moribundos ojos,

que le parecia satisfactoria la ejecucion de los mejores trozos, y para que la felicitase, porque al fin era mujer, se inclinó hacia el pupitre diciendo:

—Está mal así, señor Rousseau?

Rousseau con la boca abierta y absorto no contestó.

—Vamos, nos hemos engañado, dijo la delфина, y el señor Rousseau no se atreve á decirlo. Yo os lo suplico, señor Rousseau.

Las miradas de Rousseau no dejaban á la linda aldeana, quien no habia advertido la atencion de que era objeto.

—Ah! dijo la delфина siguiendo la direccion de las miradas de nuestro filósofo, la señorita de Taverney es la que ha dado una nota en falso.

Andrea se ruborizó, y todos fijaron en ella la vista.

—No, no! exclamó Rousseau, no es la señorita; pues al contrario, canta como un querubin.

La Dubarry disparó al filósofo una ojeada mas aguda que un venablo.

En cambio el baron de Taverney sintió

inundado de alegría su corazón, y dirigió á Rousseau una encantadora sonrisa.

—Creeis que esa joven canta bien? preguntó la Dubarry al rey, á quien las palabras de Rousseau habian causado una impresion visible para todos.

—No lo entiendo, dijo Luis XV... para eso se necesita ser músico.

Entre tanto Rousseau se agitaba en su orquesta para hacer que cantasen el coro:

Colás vuelve á su cabaña;

Celebremos tal fortuna.

Al volverse despues de un ensayo, vió á Mr. de Jussieu que le saludaba con amabilidad, siendo un gran placer para el je-novés que le viera rejentando la corte un cortesano que habia ajado no poco su amor propio con su superioridad.

Le devolvió, pues, ceremoniosamente su saludo y se puso á mirar á Andrea, á quien el elogio habia embellecido mas y mas.

El ensayo continuó y la Dubarry se puso de un humor atroz al ver que el rey Luis XV se distrajo dos veces con la funcion y no oyó lo que le decia.

La función debía ser necesariamente para la condesa Andrea, pero esto no impidió que la delfina recojiese buena cosecha de enhorabuenas y se mostrase muy contenta.

El duque de Richelieu jiraba como una mariposa en derredor de ella con la lijereza propia de un joven, y habia logrado formar en el fondo del teatro un círculo de personas alegres, cuyo centro era la delfina, y que inquietaba furiosamente al partido de los Dubarry.

—Parece, dijo en voz alta, que la señorita de Taverney tiene una bonita voz.

—Lindísima, dijo la delfina; y á no ser por mi egoismo, ella haría el papel de Colasa; pero como he escogido este papel con el deseo de divertirme, no se lo dejo á nadie.

—Ah! dijo Richelieu, la señorita de Taverney no lo cantaría mejor que V. A. R. y.....

—Esa señorita es un excelente cantante, dijo Rousseau con entusiasmo.

—Sí, excelente, dijo la delfina; y si he de confesar la verdad, ella es la que me en-

seña mi papel; y luego baila á las mil maravillas, al paso que yo bailo muy mal.

Figúrense nuestros lectores qué efecto no causarían estas conversaciones en el rey, la Dubarry, y sobre todo aquel pueblo de curiosos, noveleros, intrigantes y envidiosos, cada uno de los cuales recibía un placer si hacía una herida, ó recibía el golpe con tanto bochorno como dolor. Allí no había indiferentes, á escepcion quizá de Andrea.

La delfina, aguijoneada por Richelieu, hizo que Andrea cantase la romanza:

Perdí mi servidor;
Colás me olvida ya.

El rey siguió la cadencia con la cabeza, con tal placer en cada movimiento que hacía, que todo el colorete de la Dubarry se caía en pequeñas escamas, como la pintura con la humedad.

Richelieu, que era mas malo que una mujer, saboreó su venganza al lado del baron de Taverney, á quien se había acercado, formando aquellos dos ancianos un grupo de estátuas que podían llamarse la hipocresía y la corrupcion tramando un

proyecto de maridaje.

Su alegría fue tanto mas viva cuanto que la Dubarry iba arrugando el entrecejo poco á poco, hasta que colmó la medida levantándose con una especie de rabia, en lo cual faltaba á todas las reglas, pues aun estaba sentado el rey.

Los cortesanos sintieron la tormenta como las hormigas, y se apresuraron á buscar un abrigo al lado de los mas fuertes; de suerte que se vió á la delfina mas rodeada que antes de sus amigos, y á la Dubarry mas halagada por los suyos.

Poco á poco se fué desviando de su línea natural el interés del ensayo, y se fijó en otras ideas. Ya no se trataba de Colasa ni de Colás, y muchos espectadores pensaban que quizá tendria que cantar la Dubarry dentro de poco:

Perdí mi servidor;

Colás me olvida ya.

—Ves, dijo Richelieu en voz baja á Taverney; ves el triunfo que ha alcanzado tu hija?

Y se lo llevó al corredor empujando una puerta de cristales, con cuyo movi-

miento dejó caer á un curioso que se habia colgado de la balaustrada para ver la sala.

—Maldito sea el tunante, refunfuñó Mr. de Richelieu cepillándose la manga que se ensució con la resistencia que hizo la puerta, y sobre todo al ver que el curioso estaba vestido como los trabajadores de palacio.

Efectivamente, era uno de ellos, que con un canasto de flores debajo del brazo habia conseguido izarse detras de la vidriera y fijar la vista en la saia, presenciando desde allí toda la funcion.

Rechazado hácia el corredor, faltó poco para que cayese de espaldas; pero si no cayó derribó el canasto.

—Ah! ya conozco á ese pícaro, dijo Taverney mirándole enfadado.

—Quién es? preguntó el duque.

—Qué haces aquí, tunante? dijo Taverney.

Jilberto, pues ya habrá conocido el lector que era él, dijo orgullosamente:

—Ya lo veis, mirar.

—En vez de ocuparte en tu faena, dijo Richelieu.

—Ya la he acabado, dijo Jilberto al duque en tono humilde, sin dignarse siquiera mirar á Taverney.

—Es mucho que en todas partes he de encontrar á este holgazan, dijo el baron.

—Poco á poco, caballero, interrumpió una voz dulcemente; mi Jilberto es un buen trabajador y un botánico muy aplicado.

Taverney se volvió y vió á Mr. de Jusseu que tomaba la cara á Jilberto, lo cual le puso furioso, diciendo al tiempo de alejarse:

—Los criados aquí!

—Silencio! le dijo Richelieu, que tambien está ahí Nicolasa; mira hácia el rincón de aquella puerta..... Desde allí no pierda la pícara ni una ojeada.

Efectivamente; Nicolasa estaba detras de otras veinte criadas de Trianon, levantando por cima de ellas su linda cabeza, y parecia que sus ojos, dilatados por la sorpresa y la admiracion, todo lo querian devorar.

Jilberto la divisó y echó por otro lado.

—Ven, ven, dijo el duque á Taverney,

se me figura que el rey quiere hablarte.

Y los dos amigos se alejaron en direccion al palco regio.

La Dubarry de pie miraba á Mr. de Aiguillon, que tambien estaba de pie, y este no perdía de vista ningun movimiento de su tio.

Rousseau, que se habia quedado solo, admiraba á Andrea, estando ocupado, si se nos permite que usemos de esta espression, en enamorarse de ella.

Los ilustres actores iban á desnudarse en sus cuartos, donde Jilberto habia renovado las flores.

Taverney permanecia en el pasillo, pues Mr. de Richelieu habia ido en busca del rey, y unas veces sentia helársele y otras abrasársele el corazon, hasta que al fin volvió el duque y se llevó un dedo á los labios.

Taverney se puso pálido de gozo y salió á recibir á su amigo, quien le condujo al palco del rey.

Allí oyeron lo que pocas personas podian oir.

La Dubarry dijo al rey:

—Espero esta noche á V. M. á la hora de cenar?

Y el rey respondió:

Dispensadme, condesa, pero estoy cansado.

En aquel mismo instante llegó el delfín; y siguiendo las mismas huellas que la condesa sin verla al parecer dijo:

—Señor, nos dispensará V. M. la honra de cenar en Trianon?

—No, hijo mio; ahora mismo estaba diciendo á la señora que me siento cansado vosotros con vuestra juventud me aturdiriais, y quiero cenar solo.

El delfín se inclinó y se fué; la Dubarry hizo un profundo saludo y se retiró temblando de rabia.

El rey hizo entonces una seña á Richelieu, y le dijo:

—Duque, tengo que hablaros de cierto asunto que os concierne.

—Señor.....

—No estoy contento... y quiero que me espliqueis... Mirad, puesto que ceno solo, me hareis compañía.

Y á todo esto miraba el monarca á Ta-

verney.

—Duque, creo que conocéis á ese caballero?

—Al señor de Taverney? si, le conozco, señor.

—Ah! es el padre de la linda cantante.

—Si, señor.

—Escuchad, duque.

El rey se bajó para hablar al oído á Richelieu.

Taverney se clavó las uñas en la piel para no dar á conocer su emocion.

Al cabo de un momento, Richelieu pasó por delante de él, y le dijo:

—Sígueme sin que lo noten.

—A dónde? dijo Taverney con igual disimulo.

—Ven y lo verás.

El duque se fué, y Taverney le siguió á distancia de veinte pasos hasta los aposentos del rey.

El duque entró en la cámara, y Taverney se quedó en la sala contigua.

CAPÍTULO XLV.

El cofrecillo.

El baron no tuvo que esperar mucho tiempo, pues Richelieu preguntó al ayuda de cámara de S. M. donde estaba lo que el rey habia dejado en su tocador, y salió en seguida con un objeto que Taverney no pudo distinguir al pronto, cubierto como estaba con un paño de seda.

Empero el mariscal sacó á su amigo de inquietud, llevándoselo hácia la galería.

—Baron, dijo, así que se vió solo con él; creo que algunas veces has dudado de la amistad que te profeso?

—Pero no desde que nos reconciamos, replicó el baron.

—Es decir que has dudado que tú y tus hijos haríais fortuna?

—Oh! lo que es eso sí.

—Pues bien, hacías mal, porque tu fortuna y la de tus hijos crece con una rapidez que debería deslumbrarte.

—Bah! dijo Taverney, quien colum-

braba ya parte de la verdad, pero que no se hubiese entregado á Dios, y de consiguiente se guardaba muy bien de entregarse al diáblo. Y en qué se conoce que mis hijos adelantan en fortuna?

—A Felipe ya lo tenemos de capitán al frente de una compañía pagada por el rey.

—Oh! es verdad, y á tí te lo debo.

—De ningún modo. En seguida vamos á ver á la señorita de Taverney siendo marquesa quizá...

—Vamos, y cómo mi hija...

—Escucha, Taverney; el rey tiene buen gusto, y la belleza, la gracia y la virtud, cuando van acompañadas de talento, encantan á S. M.... Ahora bien, la señorita de Taverney reúne todas estas ventajas en grado eminente... y por lo mismo S. M. está encantado de ella.

—Duque, replicó el baron tomando un aire de dignidad mas que grotesco para el mariscal; qué entiendes tú por *encantado*?

Richelieu no era amigo de pretensiones, y así contestó con sequedad:

—Baron, yo no soy muy fuerte en materias de lenguaje, y hasta sé muy poca ortografía; pero la palabra *encantado* siempre ha significado para mí contento en extremo y nada mas... Si tú sientes que el rey esté contento con la hermosura, talento y mérito de tus hijos, no tienes mas que hablar... Me vuelvo al lado de S. M.

Richelieu jiró sobre sus talones con una facilidad propia enteramente de un joven.

—No me has entendido, duque, exclamó el baron deteniéndole. Voto al diablo y qué vivo eres!

—Por qué me dices que no estás contento?

—Eh! yo no he dicho eso.

—Sí, pero me pides que haga comentarios sobre el gusto del rey... Vaya una tontería!

—Te vuelvo á decir que ni siquiera he abierto la boca para eso. Estoy contento, sí, muy contento.

—Ah! tú... y entonces quién es el que está descontento? tu hija?

—Eh! Eh!

—Querido, á tu hija la has criado á lo salvaje, que es lo que tu eres.

—Querido, la señorita mi hija se ha educado por sí, pues bien comprenderás que no era cosa de ir á estenuarme..... Bastante tenia con vivir en mi agujero de Taverney; de suerte que la virtud ha despuntado en ella no sé por qué.

—Y luego dicen que la gente del campo sabe arrancar la mala yerba. En una palabra, tu hija es una gazmoña.

—Te engañas, es una paloma.

Richelieu hizo una mueca.

—Pues trabajo le mando si ha de encontrar un marido, porque con ese defecto no se le presentarán muy buenas ocasiones de hacer fortuna.

Taverney miró al duque con inquietud, y este continuó:

—Afortunadamente para ella el rey está tan perdidamente enamorado de la Dubarry que nunca fijará la atención seriamente en otras.

La inquietud de Taverney se convirtió en angustia.

—Así pues, prosiguió diciendo Richelieu, podeis tranquilizaros tú y tu hija; voy á hacer á S. M. las objeciones necesarias, y el rey no volverá á ocuparse de vosotros para nada.

—Y para qué se ha de ocupar, buen Bois! exclamó Taverney poniéndose pálido y sacudiendo el brazo de su amigo.

—Para hacer un regalo á la señorita Andrea, mi querido baron.

—Un regalo!... y qué es? dijo Taverney lleno de codicia y esperanza.

—Oh! una bagatela, dijo Richelieu con indolencia; esto, miralo...

Y sacó un cofrecito de debajo del paño de seda.

—Un cofre!

—Una miseria... un collar que valdrá algunos miles de libras, y que S. M. contento de haberla oído cantar su canción favorita, quisiera aceptara la cantante. Esto está muy en el orden; mas supuesto que tu hija se asusta, no hablemos mas de ello.

—Pero no ves, duque, que eso sería ofender al rey?

—Es claro que sería ofenderle, pero no es propio acaso de la virtud ofender siempre alguna cosa ó persona?

—En fin, duque, piénsalo bien, dijo Taverney, pues la chica no es tan irracional como todo eso.

—Es decir que eres tú y no la chica quien habla?

—Oh! pero yo sé muy bien lo que hará y dirá.

—Qué felices son los chinos! dijo Richelieu.

—Por qué? preguntó Taverney estupefacto.

—Porque en su pais hay muchos canales y rios.

—Duque, veo que mudas de conversacion; no hagas que me desespere y háblame.

—Yá te hablo, baron, y en manera alguna mudo de conversacion.

—Entonces por qué me hablas de los chinos, ni qué relacion tienen sus rios con mi hija?

—Una muy grande... Te decia que los chinos tienen la dicha de poder aho-

car sin que nadie les diga nada, á las hijas que son demasiado virtuosas.

—Vamos, duque, dijo Taverney, es preciso ser justos. Supon que tú tuvieses una hija.

—Pues no la tengo, voto al diablol... Y por cierto que si alguien viene á decirme que es demasiado virtuosa, ese alguien será un pícaro.

—Es decir, que querrias mejor que fuese tu hija otra cosa?

—Oh! yo no me cuido de mis hijos asi que cumplen ocho años.

—Pues óyeme á lo menos. Si el rey me encargase que fuese á ofrecer un collar á tu hija, y si tu hija se quejase á tí, qué harías?

—Oh! amigo mio, el caso no admite comparacion, porque yo he vivido siem- en la corte, y tú como un huron, y no es lo mismo. Lo que para tí es virtud, para mí es necesidad; y nada tan pobre; es preciso que lo sepas para tu gobierno, como decir á la gente: qué haríais en esta ó en estotra circunstancia? Y luego te engañas en tus comparaciones, querido, por-

que aquí no se trata de que yo vaya á ofrecer un collar á tu hija.

—Tú me lo has dicho...

—Yo no he dicho una palabra sobre tal cosa. Lo que he dicho ha sido anunciar que el rey me habia mandado tomar de su aposento un cofrecito para la señorita de Taverney, cuya voz le ha gustado; pero no he dicho ni una vez siquiera que S. M. me hubiese encargado lo ofreciese yo á esa joven.

—Entonces, dijo el baron desesperado, no sé qué pensar, ni entiendo una palabra de tus enigmas. A qué dar ese collar si no es para darlo? A qué te encargas de ello, si tú no lo has de entregar?

Richelieu lanzó un grito como si hubiese visto una araña.

—Ah! dijo, fuera el buron... Fuera el animalucho!...

—De quién hablas?

—De tí, mi buen amigo; de tí, habitante de la luna; de dónde has salido, pobre baron?

—No lo sé.

—Ya se vé que no lo sabes. Mira,

querido, cuando un rey hace un regalo á una mujer, y encarga esta comision á Richelieu, el regalo es noble y la comision está bien dada, ténlo presente... Yo no entrego cofres, querido, pues eso es del cargo de Mr. Lebel. Has conocido á Mr. Lebel?

—Y entonces á quién das el ~~encargo~~ encargo?

—Amigo, dijo Richelieu dando una palmadita en el hombro á Taverney y acompañando aquella demostracion amistosa con una sonrisa diabólica; cuando tengo que habérmelas con una virtud tan admirable como la de la señorita Andrea, soy moral como nadie, cuando me acerco á una paloma, como tú dices, nada hay en mí que huela á gavilan; cuando se me envia cerca de una señorita, hablo con su padre... Háblote pues, Taverney, y te entrego el cofre para que lo des á tu hija... Quieres...

Y alargó el cofrecito.

—O no quieres?

Y retiró la mano.

—¡Oh! exclamó el baron, dilo de una vez; di que á mí es á quien encarga S. M.

entregue ese regalo: entonces es una cosa enteramente paternal, y tiene otro viso.

—Para eso era preciso que sospechas de las intenciones de S. M., dijo Richelieu en tono serio; y creo que no te atreverias á ello, no es verdad?

—Dios me libre! pero el mundo.... es decir, mi hija...

Richelieu se encojió de hombros.

—Lo tomas ó no? dijo.

Taverney se apresuró á alargar la mano.

—Es verdad que esto es moral? dijo el duque con una sonrisa, prima hermana de la que Richelieu acababa de dirigirle.

—No te parece, baron, dijo el mariscal, que es de una moralidad muy pura hacer que el padre medie, el padre que todo lo purifica, entre el encanto del monarca y los hechizos de la hija?... Que el genovés Mr. de Rosseau, que andaba rondando hace poco por ahí nos juzgue; y te dirá que San José era impuro comparado conmigo.

Richelieu pronunció estas pocas pala-

bras con una flemma, una nobleza, y una afectacion, que impusieron silencio á las observaciones de Taverney, y le hicieron creer que debia estar convencido.

Cojió, pues, la mano de su ilustre amigo, y estrechándosela, le dijo:

—Gracias á tu delicadeza mi hija va á poder recibir este regalo.

—Origen de esa fortuna de que te hablé al principio de nuestra fastidiosa discusion sobre la virtud.

—Gracias, querido duque, te doy las gracias con todo mi corazon.

—Oye una palabra; que este favor no llegue á oídos de los amigos de la Dubarry, porque seria capaz de dejar al rey y huir.

—Y el rey no nos lo perdonaria!

—No lo sé, pero lo que es la condesa lo tendria en cuenta, y yo me perderia... Guarda, pues, sijilo.

—Nada temas; pero dá un millon de gracias al rey en mi nombre.

—Y de tu hija; no dejaré de hacerlo... Pero aun estas de favor... tú eres quien darás las gracias al rey esta noche, querido, porque S. M. te convida á cenar.

—A mí?

—A tí, Taverney; estamos como de casa S. M., tú y yo; y con eso hablaremos de la virtud de tu hija. Adios, baron, veo á la Duvarry con mi sobrino Aiguillon, y no hay necesidad de que nos encuentre juntos.

Dijo, y tan lijero como un paje desapareció por el otro extremo de la galeria, dejando á Taverney con su cofre, como un niño sajón que despierta con los juguetes que su madre le ha puesto en la mano mientras dormía.

CAPÍTULO XLVI.

La cena de Luis XV.

El mariscal halló al rey en la salida adonde le habian seguido los cortesanos, los cuales querian mejor no cenar que dejar se fijase en otros la mirada distraida de su soberano.

Empero Luis XV tenia otra cosa que hacer aquella noche para que fuera á

mirar á aquellos señores; de suerte que despidió á todo el mundo anunciando que no cenaria, ó que si cenaba seria estando solo. Entonces, viendo todos aquellos huéspedes que se les despedía, y temiendo disgustar al delfin si no concurrían á la función que daba despues del ensayo, huyeron como una bandada de pichones parasitos y dirijieron su vuelo hácia el que podían ver, dispuestos á afirmar que desertaban por él del salon de S. M.

Luis XV, á quien dejaban con tanta rapidez, estaba muy distante de pensar en ellos, y en cualquiera otra circunstancia se hubiera reido de la pequeñez de toda aquella turba de cortesanos; pero entonces no despertó sentimiento alguno en el monarca, tan burlon, que no perdonaba ninguna enfermedad, ya fuese de espíritu, ya fuese de cuerpo en su mejor amigo, suponiendo que Luis XV hubiese tenido amigos.

No, lo que es en el momento Luis XV fijaba toda su atención en una carroza que estaba parada delante de la puerta

de los departamentos en que se hospedaba la servidumbre, y cuyo cochero aguardaba al parecer para dar de latigazos á sus caballos á que se hiciese sentir en la caja dorada el peso del amo.

Aquella carroza era de la Dubarry, y alumbrábanla con antorchas, viéndose a Zamora que estaba sentado al lado del cochero mover hácia adelante y hácia atras sus piernas como si estuviera en un columpio.

La Dubarry, que sin duda, se habia detenido en los corredores, con la esperanza de recibir allí algun mensaje del rey, apareció al fin asida al brazo de Mr. de Aiguillon, cenociéndose su rabia ó su fastidio en la rapidez con que andaba, porque para no perder la cabeza finjia tener demasiada resolucion.

Juan, con lúgubre rostro y el sombrero aplastado por pura distraccion debajo del brazo, seguia á su hermana, pues aunque no habia concurrido á aquel espectáculo, porque al fin se le olvidó convidarle, entró á guisa de lacayo en la antesala, tan pensativo por lo menos co-

mo Hipólito, dejando que su pechera flotase sobre una chupa bordada de plata, y sin mirar siquiera que llevaba rotos los puños de la camisola, lo cual probaba lo triste de sus pensamientos.

Juan vió que su hermana estaba pálida y asustada, y de esto dedujo que el peligro era grande, porque Juan era valiente en diplomacia contra los cuerpos, pero nunca contra las fantasmas.

El rey vió desde su ventana y escondido detras de la cortina desfilarse aque-
lla lúgubre procesion, que fué á sepul-
tarse en el carruaje de la condesa como
figuras de baraja: en seguida cerróse la
portezuela, el lacayo volvió á subir á la
trasera del coche, el cochero sacudió
las riendas, y los caballos salieron á gaó-
lope.

—Oh! Oh! dijo el rey, y sin tratar de verme, sin procurar hablarme; la condesa está furiosa!

Y repitió en voz alta:

—Sí, la condesa está furiosa!

Richelieu, que acababa de deslizarse en la cámara como un hombre á quien

esperan, cojió estas últimas palabras, y dijo:

—Furiosa, señor, y por qué? Porque V. M. se divierte un momento? Oh! la condesa hace mal en eso.

—El caso es, duque, respondió Luis XV, que no me divierto; al contrario, estoy cansado y procuro sosegarme, porque la música me enerva. Si hubiese dado oídos á la condesa, hubiera tenido que ir á cenar á Luciennes, es decir, á comer y beber, y los vinos de la condesa son malos; yo no sé con qué uva están hechos, pero lo cierto es que destrozan el gaznate, y lo que es para eso, mejor quiero regalarme aquí.

--V. M. tiene mil veces razon, dijo el duque.

—Ademas, la condesa se distraerá; soy yo acaso tan buen compañero? Por mas que diga, no lo creo.

—Ah! lo que es esta vez no tiene razon V. M.. dijo Richelieu.

—Si la tengo, duque, sí; cuento mis dias y reflexiono.

—Señor, la condesa conoce que de

cualquier modo no encontraría mejor sociedad, y por eso se pone furiosa.

—En verdad, duque, que no se como os las componeis para manejar á las mujeres como cuando teniais veinte años. A esa edad, el hombre es quien escoje; pero á la mia, duque....

—Qué, señor?

—Qué? Que la mujer es quien calcula.

El mariscal se echó á reir.

—Esa es una razon mas, señor, dijo, y si V. M. cree que la condesa se distrae, consolémonos.

—No digo que se distrae, duque; lo que digo es que acabará por buscar distracciones.

—Ah! no me atreveré á decir á V. M. que se han visto cosas de esas.

El rey se levantó muy agitado, y preguntó:

—Qué jente tengo ahí?

—Todos los que están de servicio, señor.

El rey reflexionó un instante, y luego dijo:

—Y vos, traeis á algien?

—A Rafté.

—Bueno.

—Qué debe hacer, señor?

—Duque, es preciso que averigüe si la condesa ha regresado efectivamente á Luciennes.

—Me parece que se ha marchado.

—Ostensiblemente, sí.

—Pero á dónde quiere V. M. que vaya?

—Quién sabe? los celos la vuelven loca, duque.

—Señor, no seria mas bien V. M.?...

—Qué?

—El celoso.

—Duque!

—En verdad que seria una cosa humillante para todos nosotros, señor.

—Yo celoso! exclamó Luis XV riéndose; pero de un modo forzado; de veras, duque; hablais seriamente?

En efecto, Richelieu no lo creia, y aun es preciso confesar que se acercaba no poco á la verdad pensando, por el contrario, que el rey solo deseaba saber si

la condesa se habia marchado real y verdaderamente á Luciennes para estar seguro de que no volveria á Trianon.

—Conque envio á Rafté de explorador? dijo el duque.

—Sí, enviadlo.

—Y ahora, qué piensa hacer V. M. antes de ponerse á cenar?

—Nada, porque vamos á cenar en seguida. Está prevenida la persona en cuestion?

—Sí, y se halla en la antecámara de V. M.

—Qué ha dicho?

—Que daba un millon de gracias.

—Y la hija?

—Aun no se la ha hablado.

—Duque, la condesa está celosa y puede volver.

—Ah! Señor, eso seria de muy mal gusto, y creo que la condesa es incapaz de cometer semejante disparate.

—Duque, cuando está así es capaz de todo, especialmente cuando el odio se junta á los celos. No sé si estais enterado de que os aborrece?

Richelieu hizo una inclinacion.

—Sé que me dispensa esa honra, señor.

—Tambien aborrece á Taverney.

—Si V. M. tuviese la bondad de contar bien, estoy seguro de que habria otra persona á quien aborrece mucho mas que á mí y al baron.

—Quién es?

—La señorita Andrea.

—Ah! dijo el rey, y lo encuentro muy natural.

—Si; pero esto no quita, duque, que cuidemos que la condesa no dé un escándalo esta noche.

—Todo lo contrario, y eso prueba lo necesario que es tomar una medida.

—Silencio, que viene el mayordomo mayor; dad las órdenes oportunas á Raf-té, y venid á reuniros conmigo en el comedor con la persona consabida.

Luis XV se levantó y pasó al comedor, mientras que Richelieu salia por la puerta opuesta.

Al cabo de cinco minutos fué á reunirse con el rey en compañía del baron.

El monarca dió á Taverney las buenas noches con amabilidad.

El baron era hombre de talento, de suerte que respondió de ese modo peculiar á ciertas jentes que hace que los reyes y príncipes los reconozcan por suyos tratándolos al momento con llaneza.

Sentáronse los tres á la mesa y se pusieron á cenar.

Luis XV era mal rey, pero un hombre encantador, y su compañía cuando se le antojaba, estaba llena de atractivo para los bebedores amigos á hablar y aficionados á la molicie.

En fin, el rey habia estudiado no poco la vida bajo el aspecto agradable.

Comió con buen apetito, mandó que se hechase de beber á sus convidados, y entabló la conversacion sobre la música.

Richelieu se aprovechó de la ocasion, diciendo:

—Señor, si la música pone á los hombres de acuerdo como dice nuestro bastonero, y piensa, segun parece, V. M., se puede decir otro tanto de las mujeres?

—Oh! duque, no hablemos de muje-

res, dijo el rey. Desde la guerra de Troya hasta nuestros dias siempre han producido las mujeres un efecto contrario á la música. Vos mas que nadie teneis que arreglar grandes cuentas con ellas para ir á suscitar semejante conversacion; yo conozco á una, y por cierto que no es la menos peligrosa, que está á matar con vos.

—La condesa, señor! Y tengo yo la culpa?

—Sin duda.

—Supongo que V. M. me explicará...

—En dos palabras y con sumo gusto, dijo el rey en tono chancero.

—Os escucho, pues, señor

—Porque os ha ofrecido la cartera de no sé que ministerio, y vos no habeis querido admitirla, porque, segun decis, la condesa no puede ser mas impopular.

—Yo? saltó Richelieu, bastante cortado al ver el giro que tomaba la conversacion.

—A lo menos, dijo el rey con esa finjida candidez que le era enteramen-

te particular, esa es la voz que corre. No sé quién me lo ha dicho...: sin duda lo habré leído en la gaceta.

—Pues bien, señor, dijo Richelieu aprovechándose de la libertad que daba á sus convidados el tono alegre y poco natural en su augusto huesped, confieso que lo que es esta vez la voz pública y aun las gacetas han referido cosas no tan absurdas como por lo regular sucede.

—Cómo! exclamó Luis XV, conque real y verdaderamente no habeis querido admitir una cartera, querido duque?

Delicada como conocerán nuestros lectores, era la posicion en que se encontraba Richelieu, pues el rey sabia mejor que nadie que no habia tal negativa á admitir la cartera; pero Taverney debia seguir creyendo lo que el mariscal le habia dicho: tratábase, pues, por parte de este, de responder con bastante habilidad para libertarse de la burla del rey sin esponerse á que el baron le llamara embustero, como lo indicaba su sonrisa y el movimiento de sus labios.

—Señor, dijo Richelieu, no busquemos los efectos, sino la causa. Que me haya ó no me haya negado á admitir la cartera, ese es un secreto de estado que V. M. no puede divulgar entre los vasos sino la causa por qué hubiera rehusado la cartera si me la hubiesen ofrecido: esto es lo esencial.

—Oh! Oh! duque, dijo el rey riéndose; y esa causa no es un secreto de estado á lo que parece.

—No señor, y sobre todo para V. M., para mí y para mi amigo el baron de Taverney; en este momento, aunque perdone la divinidad, el anfitrión mas mortal y amable que se puede dar. No tengo, pues, secretos para mi rey, y le abro mi alma de par en par, porque no quiero se diga que el rey de Francia tiene un servidor que no le dice la verdad.

—Veamos, dijo el rey, mientras que Taverney, bastante inquieto por que temia no dijese Richelieu demasiado, se mordía los labios y modelaba su rostro por el del rey.

—Señor, en vuestro estado hay dos

poderes á que debe obedecer un ministro: el primero es vuestra voluntad, y el segundo la de los amigos íntimos que V. M. se digna escoger: el primer poder es irresistible y nadie debe pensar en sustraerse á él; el segundo es mucho mas sagrado, porque impone deberes de corazon á cualquiera que os sirve. Ese poder es vuestra confianza, y un ministro debe amar si ha de obedecerle al favorito o favorita de su rey.

El rey se echó á reir y dijo:

—Duque, esa es una máxima muy buena, y me alegro mucho que salga de vuestra boca; pero á que no vais á pregonarla con dos trompetas en el Puente Nuevo?

—Oh! ya sé, dijo Richelieu, que los filósofos tomarían al instante las armas; pero creo que ni á V. M. ni á mí nos importan mucho sus gritos; lo principal es que las dos voluntades preponderantes del reino queden satisfechas. Pues bien, señor, la voluntad de cierta persona, lo digo con valor á V. M. y lo diria aunque debiera cuasar mi desgracia, esto es,

mi muerte, la voluntad de la condesa de Dubarry, en fin es tal que no suscribiria á ella.

Luis XV nada contestó.

—Me ha ocurrido una idea, prosiguió Richelieu, el otro dia miraba en torno mio en la corte de V. M., y de veras digo que al ver tantas jóvenes bonitas y nobles, tantas señoras radiantes de belleza, si hubiera sido rey casi me habria sido imposible escojer.

Luis XV se volvió hácia Taverney, quien viendo que poco á poco se entra-
ba en materia, palpitaba de temor y de esperanza, al mismo tiempo que anima-
ba con la vista y el aliento la elocuen-
cia del mariscal, como si eupujase há-
cia el puerto el buque en que fuera su
fortuna.

—Veamos vuestro modo de pensar, baron, dijo el rey.

—Señor, respondió Taverney, con el corazon inflado de orgullo; me parece que el duque está diciendo á V. M. escelen-
tes cosas.

—Es decir, que pensais como él acer-

ca de las jóvenes bonitas?

—Creo, señor que efectivamente las hay muy bellas en la corte de Francia.

—Conque sois de su mismo dictámen, baron?

—Si, señor.

—Y me exortais como él á que escoja entre las damas de la corte?

—Me atreveria á confesar que pienso lo mismo que el duque, si creyese, señor, que ese es el parecer de V. M.

Al llegar aquí hubo un momento de silencio, durante el cual miró el monarca á Taverney complacido en extremo.

—Señores, dijo en seguida, si tuviera treinta años, seguiria á no dudar lo vuestro dictámen, porque entonces seria fácil de comprender en mí cualquiera inclinacion; pero ya soy algo viejo para ser crédulo.

—Crédulo! señor; suplico á V. M. que explique el sentido de esa palabra.

—Ser crédulo mi querido duque, significa creer, y nadie hará que crea ciertas cosas.

—Cuales?

—Que se pueda inspirar amor á mi edad.

—Ah! señor, exclamó Richelieu, hasta ahora habia pensado que V. M. era el caballero mas cortés de su reino; pero veo con profundo sentimiento que me habia engañado.

—Y por qué? preguntó el rey riéndose.

—Porque yo soy tan viejo como Matusalen, yo nací en el año 94... No lo olvidéis, señor, tengo diez y seis años mas que V. M.

No podia ser mas astuto aquel modo de adular al monarca, pues Luis XV no cesaba de admirar lo viejo que era el duque, á cuyo servicio habian muerto infinidad de jóvenes. Nada tenia de particular que esperase el rey vivir tanto como él.

—Corriente, dijo Luis XV; pero supongo, duque, que no tendreis la pretension de que hay quien os ame por vuestro mérito personal.

—Si yo creyese eso, señor, me indispondria al instante con dos mujeres que

esta mañana me dijeron lo contrario.

—Pues bien, duque, dijo el rey, ya veremos; ya veremos Taverney; los jóvenes rejuvenecen á los viejos, es verdad?...

—Si, si, y la sangre noble es una infusion saludable, sin contar que en el cambio, un talento tan rico como el de V. M. siempre gana y nunca pierde.

—Sin embargo, observó Luis XV, me acuerdo que cuando mi abuelo llegó á ser viejo; no cortejó á las mujeres con la misma osadia que antes.

—Vamos, vamos señor, dijo Richelieu, ya sabe V. M. el respeto que profeso al difunto rey que me mandó dos veces á la Bastilla, pero esto no quita que diga que entre la edad madura de Luis XIV y la de Luis XV no caben comparaciones. Qué diablo! V. M. C. por mucha estima en que tenga el título de hijo primogénito de la iglesia, no lleva el ascetismo hasta olvidar su humanidad.

—A fé mia! dijo Luis XV, lo confieso, puesto que no tengo aqui ni médico ni confesor.

—Pues bien, señor, el rey vuestro abuelo admiraba muchas veces con su celo relijioso y exagerado, y sus mortificaciones que no tenian número, á Mad. Maintenon de mas edad sin embargo que él. Lo repito, señor, cabe comparacion entre esas dos MM?

El rey aquella noche estaba de número y las palabras de Richelieu eran otras tantas gotas de agua desprendidas de la fuente de Juvencio.

Richelieu pensó que ya habia llegado el momento oportuno, y tocó con la rodilla á Taverney.

—Señor, dijo este, me permite V. M. que le dé las mas espresivas gracias por el magnífico regalo que ha hecho á mi hija?

—La cosa no lo merece, baron, dijo el rey; la señorita de Taverney me gusta, porque en su rostro están grabados el pudor y la gracia. Quisiera que mis hijas tuviesen que tomar aun alguna dama á su servicio, porque de seguro la señorita Andea..... asi se llama, no es verdad?

—En efecto, señor, dijo Taverney enagenado de gozo al ver que el rey sabía el nombre de pila de su hija.

—Bonito nombre. Decía que de seguro sería la señorita Andrea la primera que se hallase en lista; pero todos los puestos están ocupados en mi cámara. Entre tanto sabed, baron, que esa jóven puede contar con mi proteccion; segun creo no tiene muy buena dote?

—Ah! no señor.

—Pues bien, yo me ocuparé de buscarle un buen novio.

Taverney hizo un cortísimo saludo.

—Solo V. M. podrá encontrarlo, porque confieso que en nuestra pobreza, que casi raya en miseria...

—Si, si, descuidad sobre eso, dijo Luis XV; pero me parece muy jóven, y eso no urje tanto aun.

—Urje tanto menos, señor, cuanto que V. M. tiene horror á los matrimonios.

—Lo veis? dijo Luis XV frotándose las manos y mirando á Richelieu. Pues bien, en todo caso, si os veis apurado,

señor de Taverney escojedme á mí por novio.

Dicho esto se levantó Luis XV, y dirigiéndose al duque le dijo:

—Mariscal.

El duque se acercó al rey.

—Ha quedado contenta la chica?

—Con qué, señor?

—Con el cofre.

—Pedóneme V. M. si le hablo bajo; pero el padre está escuchando, y no conviene que oiga lo que voy á decir.

—Bah!

—No.

—Pues bien, decid.

—Señor, la chica odia el casamiento, es verdad, pero estoy seguro de una cosa y es que V. M. no le causa horror.

Y esto diciendo con una familiaridad que gustó al rey por el exceso mismo de la franqueza, el mariscal corrió á donde estaba Taverney, quien por respeto se habia retirado al umbral de la galeria.

Los dos se dirigieron á los jardines.

La noche era magnífica; dos lacayos iban delante de ellos, llevando antorchas



en una mano y separando con la otra las floridas ramas de los arbustos; y aun se veían las ventanas de Trianon iluminadas por dentro y empañadas con el aliento inflamado de las cincuenta personas que había convidado la delфина.

La música de S. M. animaba el minuét, porque despues de la cena se había bailado y todavía se bailaba.

En un frondoso bosquecillo de lilas y abedules, Jilberto arrodillado en el suelo miraba el movimiento de las sombras detras de las diáfanas tapicerías.

Aunque el cielo se hubiese venido abajo no hubiese sacado de su contemplacion á aquel jóven, embriagado con la hermosura á quien perseguía en los giros de la danza.

Sin embargo, cuando Richelieu y Taverney pasaron rozando por el bosquecillo en que estaba escondido aquel pájaro nocturno, el sonido de su voz y sobre todo cierta palabra hicieron levantar la cabeza á Jilberto.

Es verdad que aquella palabra era muy importante y significativa para él.

El mariscal, apoyado en el brazo de su amigo y hablándole al oído, decía:

—Mirándolo bien, baron, es duro tener que confesarlo, pero es preciso enviar á tu hija á un convento, y pronto.

—Por qué? preguntó el baron.

—Porque apuesto á que el rey, respondió el mariscal, está perdidamente enamorado de la señorita tu hija.

Al oír Jilberto estas palabras se puso mas pálido que las blancas flores que caian á manera de copos de nieve sobre su frente y hombros.

CAPÍTULO XLVII.

Presentimientos.

Al día siguiente acababan de dar las doce en el reloj de Trianon cuando Nicolasa se puso á gritar á Andrea, que aun no habia dejado su aposento:

—Señorita, señorita, aquí está el señorito Felipe.

Nicolasa gritaba así al pie de la escalera.

Andrea, sorprendida, pero alegre al mismo tiempo, se cerró su peinador de muselina y salió á recibir al jóven, que efectivamente acababa de apearse del caballo en el patio de Trianon y preguntaba á algunos criados á qué hora podría ver á su hermana.

Andrea, pues, abrió la puerta y se encontró enfrente de Felipe, á quien la oficiosa Nicolasa habia ido á buscar al patio é iba acompañándole por la escalera.

La jóven se arrojó al cuello de su hermano, y los dos entraron en el cuarto de Andrea seguidos de Nicolasa.

Hasta entonces no notó Andrea que Felipe estaba mas serio que de costumbre; que hasta su sonrisa no estaba esenta de tristeza; que llevaba su elegante uniforme con la mas escrupulosa exactitud, y que llevaba en el brazo izquierdo una capa de viaje.

—Que hay, Felipe? preguntó con ese instinto propio de las almas tiernas, pa-

ra quienes una mirada es una revelacion.

—Hermana, dijo Felipe, esta mañana he recibido la orden en que se me ordena vaya á reunirme con mi regimiento.

—Y te marchas?

—Me marchó.

—Oh! dijo Andrea exhalando en aquel grito doloroso todo su valor y parte de sus fuerzas.

Y aunque aquella marcha era una cosa muy natural y debia esperarla, se sintió tan decaida al saberla que tuvo que sostenerse al brazo de su hermano.

—Dios mio, preguntó Felipe admirado, por qué te aflige tanto mi marcha, Andrea? Ya sabes que esto es muy comun en la vida de un militar.

—Sí, sí, no hay duda, murmuró la jóven. Y á dónde vas, hermano?

—Mi regimiento está de guarnicion en Reims; de suerte que, como ves, no tengo que emprender un viaje muy largo. Es verdad que, segun todas las probabilidades, iremos desde allí á Strasburgo.

—Ay! dijo Andrea, y cuando te vas?

—Se me ha mandado que me ponga en camino inmediatamente.

—Y vienes á despedirte?

—Sí, hermana.

—A despedirte!

—Tienes alguna cosa particular que decirme, Andrea? preguntó Felipe inquieto con aquella tristeza exagerada y que no podia provenir únicamente de su marcha.

Andrea comprendió que estas palabras iban dirigidas á Nicolasa, quien miraba aquella escena con una sorpresa que motivaba el dolor estremado de Andrea.

Efectivamente, la marcha de Felipe, es decir, de un oficial para su regimiento, no era una catástrofe tan grande que debiera causar tantas lágrimas.

Andrea comprendió, pues, al mismo tiempo que el sentimiento de Felipe la sorpresa de Nicolasa: cojió una mantelita, se la echó en los hombros, y dirigiendo á su hermano hácia la escalera, le dijo:

—Ven hasta la verja del parque, Felipe, y te llevaré á la calle cubierta, porque tengo muchas cosas que decirte, hermano.

Conociendo Nicolasa que esto era mandarle que se fuese se escabulló á lo largo de la pared y entró en el cuarto de su ama, mientras esta bajaba la escalera con, Felipe.

Andrea bajó la gradería que se estiende á lo largo de la capilla y salió por el pasillo, que aun en el dia va á parar al jardin; pero aunque Felipe le interrogaba á cada momento con su inquieta mirada, ella se mantuvo largo tiempo colgada de su brazo, apoyando la cabeza en el hombro sin pronunciar una palabra.

Luego su corazon estalló de pronto, sus facciones se cubrieron de una palidez mortal, un prolongado sollozo subió hasta los lábios, y un torrente de lágrimas inundó sus ojos.

—Querida hermana, mi buena Andrea, exclamó Felipe, dime por Dios qué es lo que tienes.

—Amigo mio, mi único amigo, di-

jo Andrea, te marchas, me dajas sola en un mundo en que he entrado ayer, y me preguntas por qué lloro. Ah! piensa Felipe que perdí á mi madre al nacer, y que, por muy espantoso que sea el decirlo, nunca he tenido padre. Todos los pesares de poca monta que ha sufrido mi corazon; todos los secretos que contenia mi pecho los he confiado á tí y á nadie mas; y quién es el que me ha sonreido? Quién me ha acariciado? Quién me mecia cuando era niña? Tú. Y despues que he ido creciendo, quién me ha protegido sino tú? Quién me ha hecho creer que Dios ha enviado las criaturas á este mundo para que sufran? Tú, Felipe, y nadie mas que tú, porque al fin desde que vine al mundo á nadie sino á tí he querido, y nadie sino tú me ha querido á mí. Oh! Felipe, Felipe! continuó Andrea en tono melancólico, veo que apartas la cabeza, y sé lo que está pensando. Sin duda te dices á tí mismo que soy jóven, que soy bonita, y que hago mal en no contar con el porvenir y el amor; pero ay! bien sabes tú Felipe, que no basta

ser jóven y bonita, puesto que nadie se cuida de mí.

Me dirás, amigo, que la señora del-fina es buena, y yo te contestaré que sin duda alguna; á lo menos yo la tengo por perfecta, y la miro como á una divinidad; pero por lo mismo que la coloco en una esfera sobre natural, le tengo respeto y no cariño. Ahora bien, Felipe, el cariño es un sentimiento tan necesario para mi corazon, que cuando este no lo encuentra, se desgarrá. Mi padre..... mi padre.... Dios mio.. ya sabes, Felipe, que nada nuevo te cuento... no solo no es para mi un protector ó un amigo, sino que nunca me mira sin causarme miedo. Sí, sí, Felipe le tengo miedo, y sobre todo desde que veo te marchas... Pero miedo de qué! No lo sé, Dios mio! los pájaros que huyen azorados, el ganado que muje, no tienen tambien miedo á la tempestad cuando esta se aproxima!

Me dirás que las guia el instinto; pero por qué has de negar á nuestra alma que es inmortal el instinto de la desgracia? De algun tiempo á esta parte to-

do sale bien á nuestra familia, ya lo sé; tú ya eres capitán; yo estoy colocada en casa de la delfina, y casi tengo intimidad con ella; padre cenó según parece mano á mano con el rey. Pues bien; Felipe, lo repito aunque me tengas por insensata, todo esto me asusta más que nuestra dulce miseria y la oscuridad en que vivíamos en Taverney.

—Y sin embargo, allí, querida hermana, dijo Felipe con voz triste, también estabas sola; tampoco me hallaba yo á tu lado para consolarte.

—Sí, pero á lo menos estaba sola, sola con mis recuerdos infantiles; me parecía que aquella casa en que había vivido, en que había respirado, en que había muerto mi madre, me debía dispensar la protección natal, si así puede decirse; allí todo era dulce para mí, amigo mío, viéndote partir con calma y regresar con alegría. Empero, ya partieses, ya regresaras, mi corazón no era enteramente tuyo, pues se interesaba en aquella casa querida, en mis jardines, en mis flores, y tú formabas únicamente una

parte del todo; en vez de que hoy lo eres todo, Felipe, y cuando me dejas me quedo sin nada.

—Y sin embargo Andrea, dijo Felipe, hoy cuentas con una proteccion mucha mas poderosa que la mia.

—Es verdad.

—Y tienes un porvenir muy bonito...

—Quién sabe?...

—Por qué dudas, pues?

—Lo ignoro.

—Eso es ser ingrata para con Dios, hermana,

—Oh! no, gracias al cielo, no soy ingrata para el Señor, y por la mañana y tarde le doy un millon de gracias; pero me parece que en vez de recibirlas, cada vez que me hinco de rodillas oigo una voz que me dice: «Ten cuidado, jóven, ten cuidado!»

—Pero dí de qué! Convengo contigo en que te amenaza una desgracia; pero tienes algun presentimiento de cual sea? Sabes lo que se ha de hacer para contrarrestarla ó evitarla?

—Nada sé, Felipe, sino que, ya lo

ves, me parece que mi vida depende de un hilo, y que para mí no va á lucir un momento de descanso desde que te marches. Se me figura, en una palabra que estando durmiendo me han empujado hácia la pendiente de un precipicio demasiado rápido para que me detenga en él al despertar; que despierto; que veo el abismo; que me arrastran á él; y que estando tú ausente, no hallándote aquí para detenerme, voy á desaparecer en él y á estrellarme.

—Querida hermana, mi buena Andrea, dijo Felipe conmovido á pesar suyo con aquel acento lleno de un terror tan verdadero; exajeras una ternura que te agradezco con todo mi corazon. Si, pierdes un amigo pero momentáneamente; no estaré tan lejos que no puedas llamarme en caso necesario; ademas, piensa que, á escepcion de tus quimeras, ninguna cosa te amenaza.

Andrea se paró delante de su hermano, y dijo.

—Pues entonces, Felipe, tú que eres hombre, tú que tienes mas fuerzas que

yo, por qué estás tan triste como yo en este mismo momento? Vamos hermano, cómo esplicas esto?

—Muy fácilmente, querida hermana, dijo Felipe deteniendo á Andrea que volvía á andar de nuevo. Nosotros no somos únicamente hermanos de alma y sangre, sino tambien en los sentimientos; de suerte que entre nosotros reinaba una intelijencia que, para mí sobre todo se ha convertido desde nuestra llegada á Paris en un hábito muy dulce. Ahora rompo estos lazos: querida amiga, ó mas bien, los rompen, y el golpe se hace sentir hasta mi corazon. Estoy, pues, triste momentáneamente, y yo, Andrea, yo me anticipo á nuestra separacion, y no creo en una desgracia, sino en que no nos veremos durante algunos meses, durante un año quizá; pero me resigno y no te digo adios, sino hasta la vista,

A pesar de estas consoladoras palabras Andrea no respondió sino con sollozos y lágrimas.

—Querida hermana, exclamó Felipe al ver la espresion de aquella tristeza

que le parecia incomprendible, tú no me lo has dicho todo, y me ocultas algo, habla, en nombre del cielo, habla.

Y la cogio en sus brazos, acercándola á sí y estrechándola contra su corazón para leer en sus ojos.

—Yo? dijo Andrea: no, no, Felipe, te lo juro; todo lo sabes, porque te he abierto de par en par mi corazón.

—Pues entonces, te pido por favor que tengas ánimo y que no me aflijas de ese modo.

—Tienes razón, y veo que soy una loca. Escucha: nunca he tenido mucha fortaleza de ánimo; mejor lo sabes tú que nadie, Felipe; siempre he temido, siempre he soñado, siempre he estado suspirando; pero no tengo derecho para asociar á mis dolorosas quimeras á un hermano á quien profeso tanta ternura, sobre todo cuando me tranquiliza y me prueba que hago mal en alarmarme.—Tienes razón, Felipe, es cierto, muy cierto, aquí nada me falta. Perdóname, pues, Felipe; ya ves que me enjugo las lágrimas, y que en vez de llorar me son-

rio. Hasta la vista, pues, Felipe, y no adios.

Y la jóven abrazó tiernamente á su hermano, ocultándole una lágrima que aun velaba su párpado, y que rodó como una perla sobre la charretera de oro del apuesto oficial.

Felipe la miró con esa ternura infinita propia á un mismo tiempo de un padre y de un hermano.

—Andrea, dijo, asi es como te quiero. Me marchó, pero todas las semanas te traerá el correo una carta; haz tambien, yo te lo ruego, llegue á mi poder una tuya.

—Si, Felipe, dijo Andrea, sí; y esa será mi única dicha. Pero has avisado á padre?

—El qué?

—Que te vas.

—Querida hermana; el baron, al contrario, ha sido el que me ha entregado esta mañana la órden del ministro. El señor de Taverney no es como tú, Andrea, y á lo que parece se pasará fácilmente sin mí: cualquiera diria que se

alegra de que me marche, y efectivamente tiene razon, pues aquí no adelantaré, mientras que en el rejimiento puede presentarse alguna buena ocasion.

—Padre se alegra de que te marches? murmuró Andrea; no estás equivocado, Felipe?

—Teniendo á él, dijo Felipe por eludir la pregunta, es un consuelo, hermana.

—Lo crees así, Felipe? Pues si nunca me ve!

—Me ha encargado te diga que hoy mismo, despues que yo me vaya, vendrá á Trianon. Te quiere, créelo; solo que ama allá á su modo.

—Qué tienes, Felipe? estas como cortado.

—Querida Andrea, acaba de dar el reloj; qué hora es?

—La una menos cuarto.

—Pues bien, querida hermana, estoy turbado porque ya hace una hora que debia estar de camino, y veo mi caballo junto á la verja. Así pues....

Andrea se revistió de calma, y apoderándose de la mano de Felipe, le dijo

con un acento demasiado firme para que no hubiese afectacion en su voz.

—Adios, hermano.

—Hasta la vista! dijo el mancebo, acuérdate de tu promesa!

—Cuál?

—De que me escribirás todas las semanas.

—Oh! Y me lo pides!

Para pronunciar estas palabras hizo un esfuerzo supremo, pues ya no tenia voz la pobre niña.

Felipe volvió á saludarla con un gesto y se alejó.

Andrea le siguió con la vista, deteniendo el aliento para no suspirar.

Felipe montó á caballo, tornó á decirle adios del otro lado de la verja, y partió.

Luego, así que desapareció, Andrea se volvió y corrió como una corza herida hasta los árboles, divisó un banco, y solo tuvo fuerzas para llegar á el y caer encima sin pulso, lánguida y sin ver nada.

En seguida, lanzando de lo mas pro-

fundo del pecho un gemido prolongado y desgarrador, exclamó:

—Oh! Dios mio, Dios mio, por qué me dejais sola en el mundo?

Y sepultó el rostro entre las manos, dejando escapar por entre sus blancos dedos las lágrimas que no podía contener.

En aquel momento oyóse un leve rumor detras de los hojaranzos, y Andrea creyó haber oido un suspiro: se volvió asustada, y vió delante de sí un hombre con el semblante triste.

Aquel hombre era Jilberto.

CAPÍTULO XLVIII.

La novela de Jilberto.

Hemos dicho que era Jilberto tan pálido como Andrea, tan desolado, tan abatido como ella.

Al ver Andrea un hombre, un extraño, porque con el velo que las lágrimas estendian delante de sus ojos no

distinguió al principio, se apresuró á enjugarse el llanto, como si á la orgullosa jóven le causara rubor llorar. Al contrario, se revistió de cierta entereza, y sus marmóreas mejillas recobraron la inmovilidad, cuando poco antes le temblaban de desesperacion.

Mas tiempo costó á Jilberto recobrar su calma, y sus facciones conservaron la dolorosa espresion que la señorita de Taverney al momento que alzó los ojos y le conoció pudo notar en su actitud y miradas.

—Ah! el señor Jilberto habia de ser, dijo Andrea con ese tono lijero que tomaba siempre que lo que ella creía una casualidad le acercaba al jóven.

Jilberto nada respondió, pues aun estaba demasiado conmovido para ello.

El dolor, que habia hecho estremecer el cuerpo de Andrea; sacudió violentamente el suyo.

Andrea fue, pues, quien continuó, porque queria saber á qué se debia aquella aparicion.

—Qué teneis, señor Jilberto? pregun-

tó; qué teneis que me mirais con ese aire dolorido? Algo os entristece, y deseo saberlo si no hay dificultad.

—Deseais saberlo? preguntó en tono melancólico Jilberto, conociendo que bajo aquella apariencia de interes se ocultaba la ironia.

—Si.

—Pues bien; lo que me entristece es veros sufrir, señorita, replicó Jilberto.

—Y quién os ha dicho que sufro?

—Yo que lo veo.

—Os engañais, yo no sufro, dijo Andrea volviendo á pasarse el pañuelo por la cara.

Jilberto conoció que amagaba tormenta, y resolvió alejarla con su humildad.

—Perdonadme, señorita, dijo, pero os he oido quejar.

—Ah! con que estábais escuchando? eso es todavia mejor.

—Señorita, dijo Jilberto tartamudeando, porque sentia tener que mentir, se debe á la casualidad.

—A la casualidad! mucho siento señor Jilberto, que la casualidad os haya

traído á mi lado; pero por qué os entristecen mis quejas.

—Porque no puedo ver llorar á una mujer, dijo Jilberto con un tono que disgustó soberanamente á Andrea.

—Y qué, soy yo acaso una mujer para el señor Jilberto? replicó la altanera jóven. Yo no mendigo el interes de nadie, y mucho menos el del señor Jilberto.

—Señorita, dijo Jilberto moviendo la cabeza, haceis mal en tratarme con tanta rudeza; os he visto triste, y me he aflijido; os he oido decir que marchándose el señorito Felipe quedábais sola en el mundo, y yo os digo que no, señorita, porque aquí estoy yo, y nunca encontrareis un cariño como el mio. Lo repito, la señorita de Taverney jamas estará sola en el mundo mientras mi cabeza pueda pensar, mientras lata mi corazon y pueda estenderse mi brazo.

Aunque al pronunciar estas palabras lo hizo Jilberto con toda la sencillez que exijia un respeto verdadero, el vigor, la nobleza y el cariño embellecieron su rostro.

Empero estaba escrito que todo cuanto hiciese y dijera el pobre mozo habia de disgustar á Andrea, ofenderla y enfadarla hasta el extremo de responder ágricamente, como si cada una de sus respetuosas espresiones fuera un insulto y cada una de sus súplicas una provocacion. Al principio quiso levantarse para ver de hallar un gesto mas duro ó una palabra mas fuerte; pero un estremecimiento nervioso la detuvo en su banco. Además, pensó que si se ponía en pie la verian de mas lejos hablando con Jilberto; de suerte que permaneció en su banco, resuelta á aplastar de una vez al insecto que ya iba importunándole.

Respondió, pues:

—Creo que os he dicho, señor Jilberto, que me desagradais soberanamente, que vuestra voz me irrita, y vuestros modales filosóficos me repugnan. Por qué, pues, os obstinais en hablarme?

—Señorita, dijo Jilberto pálido, pero conteniéndose; no se irrita á una mujer de bien con manifestarle simpatia. Un hombre honrado es lo mismo que cual-

quiera otra criatura humana, y yo, á quien maltratais con tanto encarnizamiento; merezco tal vez mas que alguno la simpatia que siento no tengais por mí.

Al oír Andrea por dos veces la palabra simpatia, abrió tanto ojo, y fijó la vista en Jiberto de un modo impertinente.

—Simpatía! dijo, yo simpatía al señor Jilberto! En verdad que me equivocaba, pues os tenia por un insolente, y ahora veo que sois menos que eso; estais loco.

—Ni soy insolente, ni estoy loco, dijo Jilberto con una calma aparente que debia costar no poco á un hombre cuyo orgullo ya conocemos. No, señorita, porque la naturaleza me ha hecho igual á vos, y la casualiaad ha querido que debais estarme obligada.

—Otra vez casualidad? dijo Andrea irónicamente.

—Quizá he debido decir la Providencia. Por lo demas, nunca os hubiera hablado de esto si vuestras injurias no me hiciesen tener memoria.

—Yo estaros obligada! Obligada yo!

Cómo os atreveis á decir tal cosa, señor Jilberto?

—Yo mismo me abochornaria si os creyese ingrata: y Dios que os ha hecho tan bella, os ha dado, para compensar vuestra belleza, bastantes otros defectos para que tengais tambien ese.

Andrea se levantó al oír esto, y Jilberto dijo:

—Perdonadme, pero tambien vos me irritais algunas veces, entónces olvido todo el interes que me inspirais.

Andrea se echó á reír á carcajadas, para que la rabia de Jilberto llegase á su parosismo, pero, con no poca admiracion suya, Jilberto no se enfureció, Cruzó los brazos sobre el pecho, conservó la espresion obstinada y hostil de su mirada de fuego, y esperó con paciencia á que se acabara aquella risa ultrajante.

—Señorita, dijo entonces á Andrea con frialdad, dignaos contestarme á una sola pregunta; respetais á vuestro padre?

—Preguntas á mí, señor Jilberto? exclamó la jóven con suprema altanería

—Sí, respetais á vuestro padre con—

tinuó Jilberto, y no á causa de sus cualidades ni de sus virtudes, no, sino simplemente porque os ha dado la vida. Por desgracia un padre, y vos lo debéis saber señorita, solo es respetable bajo un título, pero al fin un título. Hay mas: por solo el beneficio de la vida (y Jilberto se animó á su vez de una piedad que tenia algo de desden), por solo este beneficio, continuó, estais obligada á amar á vuestro bienhechor. Pues bien, señorita, sentado esto como principio, por qué me ultrajais? Por qué me rechazais? Por qué me aborreceis, cuando os he dado la vida, ó por mejor decir os la he salvado?

—Vos? exclamó Andrea; vos me habeis salvado la vida?

—Ah! ni siquiera habeis pensado en ello, dijo Jilberto, ó mas bien se os ha olvidado, cosa muy natural, porque ya hace un año que sucedió. Pues bien, señorita, preciso es deciroslo ó recordároslo. Sí, os he salvado la vida sacrificando la mia.

—A lo menos, señor Jilberto, dijo Andrea muy pálida, decidme dónde y cuándo.

—El dia, señorita, en que aplastándose cien mil personas unas á otras, huyendo de los fogosos caballos y de los sables que segaban las cabezas de la multitud dejaron en la plaza de Luis XV un reguero de cadáveres y heridos.

—Ah! el 31 de mayo.

—Efectivamente, señorita.

Andrea se repuso y volvió á reirse irónicamente.

—Y decis que ese dia sacrificásteis vuestra vida por salvarme á mí la mia? señor Jilberto?

—Ya he tenido la honra de decíroslo.

—Conque sois el baron de Bálsamo, dispensadme, pero no lo sabia.

—No, no soy el baron de Bálsamo, dijo Jilberto con los ojos inflamados y temblándole los labios, soy un pobre hijo del pueblo; Jilberto, que tiene la locura, la necedad y la desgracia de amaros; que porque os ama como un insensato, como un loco, como un condenado, os siguió en medio de la multitud; Jilberto fué quien separado de vos por un instante, os conoció por el grito terrible

que lanzásteis cuando perdisteis pie; Jilberto, quien cayó á vuestro lado y os rodeó con sus brazos, hasta que otros veinte mil, gravitando sobre él, aniquilaron sus fuerzas; Jilberto, quien se arrojó sobre el pilar de piedra en que ibais à haceros pedazos, para ofreceros el apoyo mas blando de su cuerpo; Jilberto, que al ver entre la multitud à ese hombre extraño que al parecer mandaba à los demas, y cuyo nombre acabais de pronunciar, reunió todas sus fuerzas, toda su sangre, toda su alma, y os levantó en sus moribundos brazos à fin de que aquel hombre os divisase, os cogiese y os salvara: Jilberto, en fin, que al cederos à un libertador mas afortunado que él, solo conservó un pedazo de vuestro vestido que llevó à sus labios. Y ya era tiempo, porque la sangre se le agolpó al corazon, à las sienas, al cerebro; la masa de verdugos y victimas lo cubrió como una ola y lo sepultó, mientras que à manera del ángel de la resurreccion vos dejábais aquel abismo por un cielo.

Jilberto acababa de mostrarse tal como

era, es decir, salvaje, sencillo y sublime, así en su resolución como en su amor; por manera que Andrea apesar de su desprecio no pudo mirarlo sin asombro, y él creyó por un instante que su relato era tan irresistible como la verdad y el amor; pero el pobre Jilberto no contaba con la incredulidad, que viene á ser mala fe en el que odia. Efectivamente, Andrea que aborrecia á Jilberto, no se dejó llevar de ninguno de los convincentes argumentos de aquel amante desdeñado.

Al principio nada contestó; lo que hizo fué mirar á Jilberto, y allá en su ánimo pasaba algo parecido á un combate.

Así no contento con aquel silencio tan frio, el jóven se vió obligado á añadir á modo de peroracion.

—Ahora, señorita, no me aborreciais tanto como lo haceis, puesto que seria no solamente injusto, sino ingrato, como os lo decia ahora poco y os lo repito.

Pero Andrea levantó su altanera cabeza al oír esto, y con el tono mas cruel á fuerza de ser indiferente, dijo:

—Señor Jilberto, cuánto tiempo habeis estado de aprendiz en casa de Rosseau?

—Señorita, contestó Jilberto sencillamente, creo que tres meses sin contar el tiempo que estuve enfermo de resultas de la sofocacion del 31 de mayo.

—Os engañais, dijo Andrea, pues no os pido que me digais si habeis estado ó no enfermo... de sofocacion... Esto corona quizá vuestro relato; pero me importa poco. Lo único que queria decir, que no habiendo estado mas que tres meses en casa del ilustre escritor los habeis aprovechado muy bien y que el discípulo hace el primer golpe de novelas casi tan dignas como las que publica el maestro.

Jilberto, que habia escuchado con tranquilidad, creyendo que Andrea iba a responder á las cosas apasionadas que él habia dicho con otras serias, cayó de todo lo alto su candidez al ver aquella cruenta ironia.

—Una novela? murmuró indignado y creéis que es cosa de novela lo que acabo de decir?

—Sí, dijo Andrea, novela, lo repito, solo que no me habeis obligado á que la lea, y os lo agradezco; pero desgraciadamente tengo el sentimiento de no poder pagarla con arreglo á su valor; pues por mas que hiciese, vuestra novela no tiene precio.

—Es eso lo que me contestais? tartamudeó Jilberto con el corazon oprimido y los ojos apagados.

—Ni siquiera os contesto, dijo Andrea rechazándole para pasar por delante de él.

Efectivamente, Nicolasa llamaba á su ama desde el otro extremo de la calle de árboles, para no interrumpir demasiado bruscamente la conferencia que tenia no sabia con quién, pues no conoció á Jilberto entre la espesura.

Pero al acercarse vió al jóven y se quedó estupefacta, arrepintiéndose entonces de no haber dado un rodeo, á fin de oír lo que Jilberto pudiera decir á la señorita de Taverney.

Esta, dirijiéndose á Nicolasa con voz dulce, para que Jilberto comprendiera me-

jor la altanería con que le había hablado, le preguntó:

—Qué hay, hija mía?

—El señor barón y el señor duque de Richelieu acaban de preguntar por vos, señorita, dijo Nicolasa.

—Y dónde están?

—En vuestro aposento, señorita.

—Ven pues.

Andrea se alejó y Nicolasa la siguió, pero no sin lanzar á Jilberto al tiempo de irse una mirada irónica; á Jilberto, que no pálido sino lívido, no ajitado sino loco, no furioso, en fin, sino ciego, tendió el brazo hácia la calle de árboles por donde se alejaba su enemiga, y murmuró rechinando los dientes:

—Oh! Criatura sin corazón, cuerpo sin alma! Te he salvado la vida, he concentrado en tí mi amor, he hecho callar en mí cualquier sentimiento que pudiera ofender lo que llamaré tu candor, porque para mí eras en mi delirio una virgen tan sagrada como la que está en el cielo.... Ahora te he visto de cerca y no eres sino una mujer y yo un hom-

bre.... Oh! Ya llegará un dia en que me venga, Andrea de Taverney; dos veces te he tenido entre mis manos y ambas te he respetado: pero guay de la tercera, Andrea de Taverney!.... Hasta la vista, Andrea!

Y se alejó saltando por entre los arbustos como un lobezno herido que se vuelve enseñando sus agudos dientes y sus ensangrentados ojos.

CAPÍTULO XLIX.

El padre y la hija.

Al fin de la calle Andrea divisó efectivamente al mariscal y á su padre que se paseaban por delante del vestíbulo esperándola.

Segun parecia los dos amigos estaban muy contentos, y yendo como iban del brazo, de seguro no se habia visto en la corte tan bien representados á Pilades y Orestes.

Al ver á Andrea los dos ancianos se

alegraron todavía mas, y llamáronse la atención uno á otro acerca de aquella radiante hermosura aumentada con la cólera y la rapidez con que habia andado aquel trecho.

El mariscal saludó á Andrea como si se tratase de una madame Pompadour declarada, cosa que no se escapó á Taverney, quien quedó encantado con aquello; pero que sorprendió á Andrea por semejante mezcla de respeto y libre galantería, pues el hábil cortesano sabia dar á sus saludos tantos pormenores, como frases francesas daba Covrelle á una palabra turca.

Andrea contestó con una reverencia tan ceremoniosa para su padre como para el mariscal, y en seguida les invitó con suma gracia á que subiesen á su aposento.

El mariscal admiró aquel aseo elegante, único lujo del mueblaje y la arquitectura de aquel albergue, pues con flores y un poco de muselina blanca Andrea habia convertido su triste morada, no en un palacio, sino en un templo.

El duque se sentó en un sillón de persiana verde de grandes flores, debajo de un gran jarro de china de donde caían racimos perfumados de acacia y arce, mezclados con lirios cárdenos y rosas de Bengala.

Taverney ocupó otro sillón igual y Andrea se sentó en una silla de tijera, apoyando el codo en un clave adornado igualmente de flores colocadas en un ancho vaso de Sajonia.

—Señorita, dijo el mariscal, vengo á felicitaros en nombre de S. M. por vuestra encantadora voz y vuestro talento de cantante consumada, que ayer celebraron cuantos asistieron al ensayo. S. M. temió causar envidia si os elogiaba en voz alta, y ha tenido á bien encargarme os espese el placer que le habeis causado.

Andrea, ruborosa, estaba tan bella, que el mariscal continuó como si hablase por su cuenta:

—El rey me ha afirmado que hasta ahora no habia visto en su corte nadie que reuniese como vos, señorita, los do-

nes del entendimiento y los de la hermosura.

—Te se ha olvidado decir, y los del corazon, dijo Taverney muy ancho, pues Andrea es muy buena hija.

El mariscal creyó por un momento que su amigo iba á llorar, y lleno de admiracion al ver aquel esfuerzo paternal de sensibilidad exclamó:

—El corazon! ay! querido, tú solo puedes juzgar de la ternura que encierra el corazon de esta señorita. Si tuviera veinte años ponía á sus pies mi vida y mi fortuna.

Andrea no sabia aun acojer lijera-
te el homenaje de un cortesano, de suerte que Richelieu solo obtuvo de ella un murmullo sin significacion.

—Señorita, dijo, el rey os suplica le permitais daros una prueba de su satisfaccion, y ha encargado al señor baron, vuestro padre, desempeñe esta comision. Qué respondo á S. M. de parte vuestra?

—Caballero, dijo Andrea, que no vió en el paso que iba á dar sino el res.

peto que todo súbdito debe á su rey; tened la bondad de decir á S. M. que no puede ser mas profunda mi gratitud. Decid tambien á S. M. que me honra demasiado con ocuparse de mí, y que soy indigna de que un monarca tan poderoso fije en mí la atencion.

A Richelieu entusiasmó al parecer esta respuesta, que la jóven pronunció con voz firme y sin ninguna indecision.

—Le cojió la mano, que besó respetuosamente; y devorándola con la vista dijo:

—Mano de reina, pie de bada... talento, voluntad, candor... Ah! baron, qué tesoro!.. No tienes una hija, sino una reina.

Y dicho esto se despidió, dejando á Taverney con Andrea, á Taverney, que se habia inflado insensiblemente de orgullo y de esperanza.

Cualquiera que hubiese visto á aquel antiguo filósofo en teoría, á aquel esceptico, á aquel desdeñoso, aspirar con gusto al aire de favor nada menos que en una sentina, habria dicho que Dios ha-

bia amansado con él mismo el entendimiento y el corazón de Taverney.

Empero este podía responder á propósito de semejante cambio, que no era él el que lo había variado sino el tiempo.

Quedó, pues, con Andrea, sentado en su sillón, y algo cortado, porque la joven, con su inagotable serenidad, le atravesaba con sus miradas tan profundas, como el mar en su más hondo abismo.

—Mr. de Richelieu ha dicho que S. M. os ha encargado me deis una prueba de su satisfacción. Quereis decirme cual es?

—Ah! dijo Taverney, es interesada? Nunca lo hubiera creído. Tanto mejor, Satanás, tanto mejor.

Sacó lentamente de la faltriquera el cofrecito que el mariscal le dió la víspera, y se parecía á esos papás que sacan un cucurucho de bombones ó un juguete que los ojos del niño arrancan del bolsillo antes que las manos hayan obrado.

—Ahí tienes, dijo.

—Ah! son joyas!.. saltó Andrea.

—Te gustan?

Era un collar de perlas de gran precio, con doce gruesos diamantes entre ellas; ascendiendo su valor, así como el de una espiga de brillantes, unos pendientes y una ilera de diamantes para la cabeza, á treinta mil escudo cuando menos.

—Dios mio! exclamó Andrea.

—Y bien, qué?

—Que es demasiado bello y el rey se ha equivocado. Me abochornaria de llevar eso... Tengo yo trajes que poder ponerme y que correspondan á la riqueza de esos diamantes?

—No faltaba mas sino que te quejaras, dijo Taverney irónicamente.

—Veo que no me entendeis; siento no poder llevar esas joyas porque son sobrado hermosas.

—El rey, que ha dado el cofrecito, es un señor muy grande para dar tambien vestidos.

—Pero esa bondad de parte del rey...

—Creeis que no la merezco por mis servicios? dijo Taverney.

—Ah! perdonadme, señor; es verdad, replicó Andrea bajando la cabeza; pero, sin estar convencida.

Despues de reflexionar un momento cerró el cofre y dijo.

—Yo no me pongo esos diamantes.

—Por qué? preguntó Taverney inquieto.

—Porque tanto vos como mi hermano careceis de todo lo necesario, y ese lujo supérfluo deslumbra mi vista desde que pienso en vuestros apuros.

Taverney le apretó la mano sonriéndose.

—Oh! no te ocupes de eso, hija mia, porque el rey ha hecho mas por mí que por tí. Estamos en favor, querida, y no seria propio de unos súbditos respetuosos ni de una mujer agradecida que te presentaras delante de S. M. sin el adorno que ha tenido á bien regalarte.

—En ese caso obedeceré, señor.

—Si, pero es preciso que obedezcas con gusto.... No te agrada esta joya?

—No entiendo de diamantes, señor.

—Pues bien, solo las perlas valen cincuenta mil libras.

Andrea juntó las manos.

—Señor, dijo es extraño que S. M. me haga á mí semejante regalo, reflexionadlo bien.

—No sé lo que quieres decir con eso, dijo Taverney con sequedad.

—Os aseguro que si me pongo esas piedras preciosas la gente se admirará.

—Y por qué? dijo Taverney con el mismo tono y una mirada imperiosa y fria que hizo á su hija bajar la vista.

—Es un escrúpulo que tengo.

—Señorita, mas extraño es que vos tengais escrúpulos, cuando yo no los tengo. Bien hayan las cándidas juvenes que saben lo que es malo y lo conocen, por muy oculto que esté, cuando nadie habia caido en ello! Bien haya la doncella sencilla y casta que hace se ruborice un granadero como yo!

Andrea ocultó su confusion con sus nacaradas manos, y murmuró en voz baja:

—Oh hermano mio, si no estuvieras tan lejos!

Oyó Taverney estas palabras, ó las adivinó con esa maravillosa perspicacia que conocemos en él. Imposible es saberlo; pero lo cierto es que varió de tono al instante, y cogiendo las dos manos de Andrea, dijo:

—Vamos, niña, no es amigo tuyo tu padre?

Una dulce sonrisa rompió las nubes amontonadas en la hermosa frente de Andrea.

—No estoy yo aqui para quererte y darte consejos! No es un orgullo para tí contribuir á labrar la fortuna de tu hermano y la mia?

—Oh! sí, dijo Andrea.

El baron concentró en su hija una mirada impregnada de caricias, y prosiguió:

—Pues bien, tu serás, como dijo hace poco Richelieu, la reina de Taverney.... El rey te ha distinguido.... La delfina tambien, dijo vivamente, y con la intimidad de esas augustas persona-

levantarás el edificio de nuestro porvenir, haciéndolos dichosos ... Qué gloria no te resultará de ser amiga de la delfina... y del rey!.... Tienes un talento superior y una hermosura sin rival; un entendimiento sano, libre de avaricia y ambición.... Oh! Qué papel tan brillante puedes hacer, hija mia!—Te acuerdas de la jóven que endulzó los últimos momentos de Carlos VI?.... pues su nombre fué bendecido en Francia.—Te acuerdas de Inés Sorel, que restituyó el honor á la corona de Francia?... pues todos los franceses veneraron su memoria... Andrea, tu serás el bácnlo de la vejez de nuestro glorioso monarca.... Te querrá como si fueses hija suya, y reinarás en Francia por el derecho de la hermosura, el valor y la fidelidad....

Andrea abria sus ojos con asombro, y el baron prosiguió sin darle tiempo á que reflexionase:

—Con una mirada arrojarás á esas mujeres perdidas que deshonoran el trono; tu presencia purificará á la corte, y á tu jeneroso influjo deberá la noble-

za del reino la vuelta de las buenas costumbres, la política y la pura galantería. Hija mía, tu puedes y debes ser un astro rejenerador para este país, y una corona de gloria para nuestro nombre.

—Pero qué debo hacer para eso? dijo Andrea aturdida.

El baron meditó algunos instantes, y luego dijo:

—Andrea, muchas veces te he dicho que en este mundo es preciso forzar á la jente á que sea virtuosa haciendo que amen la virtud. La virtud que pone mal jesto, la virtud triste, la que á cada momento encaja una sentencia, hace huir á los mismos que con mas ardor desean acercarse á ella. Dá á la tuya todo el cebo de la coqueteria y aun del vicio, lo cual es fácil á una jóven de tanto talento y fortaleza como tu. Hazte tan hermosa que la corte solo hable de tí; hazte tan agradable á los ojos del rey que no pueda pasarse sin tí; hazte tan secreta, tan reservada para todos, excepto para S. M.; que te atribuyan bien

pronto todo el poder que no puedes menos de llegar á obtener.

—No entiendo bien este último consejo, dijo Andrea,

—Deja que sea tu guia, y ejecutará sin comprender, lo cual vale mas para una criatura tan sabia y jenerosa como tú. A propósito, para ejecutar el primer punto, hija mia, debo surtir tu bolsillo; toma estos cien luises y vistete de un modo digno del rango á que estas llamada desde que el rey nos ha hecho la honra de distinguirnos.

Taverney dió cien luises á su hija, le besó la mano y salió.

Gracias á la rapidez con que anduvo la calle de árboles por donde habia ido, no descubrió á Nicolasa en el fondo del bosquecillo de los Amores, en gran conversacion con un señor que le hablaba al oido.

CAPÍTULO L.

Lo que necesitaba Althotas para completar el elixir de la vida.

Al día siguiente de haber tenido esta conversación, á eso de las cuatro de la tarde, Bálsamo estaba ocupado en su gabinete de la calle de San Claudio en leer una carta que acababa de entregarle Fritz.

Aquella carta no iba firmada, y todo se le volvía darle vueltas entre las manos.

—Yo conozco esta letra, decía: larga, irregular, algo tembiona y con muchas faltas de ortografía....

Y se puso á leer.

«Señor conde: Una persona que os consultó hace algún tiempo, esto es, antes de la caída del último ministerio, y que ya os había consultado mucho antes, se presentará hoy en vuestra casa para haceros otra consulta. Os permitirán vuestras muchas ocupaciones consa-

grar á esa persona media hora entre cuatro y cinco de la tarde?»

Concluida esta lectura por segunda ó tercera vez, Bálsamo tornaba á querer adivinar de quién era la carta.

—No vale la pena de que consulte á Lorenza por tan poca cosa; además, no sé yo acertar también? La letra es larga, y esto es señal de aristocracia; irregular y temblona, prueba de que la ha hecho un viejo; llenas de faltas de ortografía, sin duda es de un cortesano... Ah! Qué tonto soy! Pues si es del duque de Richelieu! Seguramente que os consagrará media hora, señor duque; y una también y hasta un día. Mi tiempo es vuestro y podeis disponer de él: no sois vos, sin saberlo, uno de mis agentes misteriosos, uno de mis demonios familiares? No proseguimos una misma obra? No conmovemos la monarquía con igual esfuerzo, vos siendo el alma de ella y yo su enemigo?... Venid pues, señor duque, venid.

Y Bálsamo sacó el reloj para ver cuanto tiempo tenía que esperar todavía al duque.

En aquel momento resonó una campanilla en la corniza del cielo raso.

—Qué habrá? dijo Bálamo estremeciéndose; Lorenza me llama, Lorenza quiere verme. Le habrá sucedido algo? ó bien será uno de esos cambios de carácter de que tantas veces he sido testigo y aun víctima algunas? Ayer estaba muy pensativa, resignada y tranquila; pobre niña! así es como quiero verla. Vamos allá.

Entonces abrochó su camisa bordada, dobló sobre el pecho su pechera de encaje, se dió una mirada al espejo para asegurarse que no estaba del todo mal peinado, y se encaminó hácia la escalera, despues de responder con otro campanillazo al de Lorenza.

Empero, segun lo tenia de costumbre, Balsamó se paró en la habitacion contigua á la de la jóven, y volviéndose con los brazos cruzados al lado donde suponía debia estar le mandó que se durmiese, con esa fuerza de voluntad que no conoce obstáculos.

En seguida miró por una rendija ca-

si imperceptible del entarimado de madera, como si dudase de sí mismo, ó creyese necesario redoblar las precauciones.

Lorenza estaba adormecida sobre un canapé, á donde sin duda fué á apoyarse bajo el poder del que así la dominaba, y ni un pintor hubiera podido darle una actitud mas poética. Atormentada y jadeando bajo el peso del rápido fluido que Bálsamo le habia enviado, Lorenza se parecia á una de esas bellas Adrianas de Vanloo, cuyo pecho se levanta, cuyo cuerpo se estremece suavemente, y cuya cabeza revela desesperacion ó cansancio.

Bálsamo entró, pues, por donde solia y se paró delante de ella para contemplarla; pero al instante la despertó, porque estaba demasiado peligrosa de aquel modo.

Apenas abrió los ojos, se desprendió de ellos una mirada penetrante, y luego, como para fijar sus ideas que fluctuaban aun, se alisó el pelo con la palma de la mano, se enjugó los labios hú-

medos de amor, y registrando profundamente en su memoria, reunió sus recuerdos que andaban diseminados.

Bálsamo la miraba con una especie de ansiedad, porque hacia mucho tiempo que estaba acostumbrado á verla pasar repentinamente de la dulzura y el amor á un arrebató de cólera y odio, y la reflexion de aquel dia, reflexion que no habia visto en ella otras veces, y la sangre fria con que le recibia Lorenza, en lugar de esos arrebatos de furor le anunciaban algo mas sério quizá que cuanto hasta entonces habia visto.

Lorenza se incorporó, movió la cabeza, y fijando su dulce mirada en Bálsamo, le dijo:

—Os ruego que os sentéis á mi lado.

—Bálsamo se estremeció al oír aquella voz llena de una dulzura á que no estaba habituado.

—Que me siente? dijo; bien sabes, Lorenza mia, que no tengo mas que un deseo, deseo que está reducido á pasar mi vida prosternado á tus plantas.

—Caballero, prosigió Lorenza en el

mismo tono, os ruego que os sentéis, aunque no tengo que hacer un discurso muy largo; pero en fin, me parece que os hablaré mejor estando vos sentado.

—Ahora y siempre, mi gusto es el tuyo, querida Lorenza.

Y se sentó en un sillón junto á la jóven, quien continuó sentada en el mismo sofá.

—Caballero, dijo fijando en Bálamo sus ojos con una espresion angelical; os he llamado para pedir os un favor.

—Oh! Lorenza mia, exclamó Bálamo cada vez mas encantado, todo lo que quieras; di, pues, qué es lo que deseas?

—Solo una cosa, pero os provengo que la deseo ardientemente.

—Habla, Lorenza, habla, aunque me debiera costar mi fortuna, aunque tuviera que dar la mitad de mi vida.

—Nada os costará, caballero, ó por mejor decir, solo la pérdida de un minuto, respondió la jóven.

Sumamente contento Bálamo al ver el jiro pacífico que tomaba la conversa-

cion, empezó á formar en su activa imaginacion un programa de los deseos que podia tener Lorenza y sobre todo los que él podia satisfacer.

—Seguramente, dijo allá para sí, va á pedirme alguna criada ó compañera, pues bien; aunque este es un sacrificio inmenso, puesto que compromete mi secreto y á mis amigos, lo haré porque la pobre niña se consume en su aislamiento.

Y añadió en voz alta con una sonrisa llena de amor.

—Habla pronto, Lorenza mia.

—Caballero, dijo esta, ya sabeis que me muero de tristeza y fastidio.

Bálsamo inclinó la cabeza exhalando un suspiro en señal de asentimiento.

—Mi juventud, continuó Lorenza, se va consumiendo; mis dias son un prolongado gemido, y mis noches un terror perpétuo, envejeciendo en la soledad y angustia.

—Esa vida tú te la has buscado, Lorenza, dijo Bálsamo, y de mí no ha dependido el que en vez de ser tan triste

como lo es, sea tan feliz como la de una reina.

—Corriente; y por eso yo soy como veis, la que me acerco á vos.

—Gracias, Lorenza,

—Algunas veces me habeis dicho que sois buen cristiano aunque...

—Crees que mi alma está perdida; no es eso Lorenza?

—No os detengais; caballero en lo que vaya á decir, ni hagais suposiciones, os lo suplico.

—Continúa pues.

—Pues bien, en vez de dejarme aqui abismada en la rabia y la desesperacion, concededme, puesto que para nada os soy útil...

Al llegar aqui se detuvo para mirar á Bálamo; pero ya habia recobrado este el imperio que tenia sobre sí propio; y Lorenza solo encontró una mirada fria y un entrecejo arrugado.

Al ver aquellos ojos amenazadores se animó y continuó de este modo:

—Concededme, no la libertad, porque sé que Dios ó por mejor decir vuestra vo-

luntad que creo omnipotente, me condena á vivir siempre cautiva; pero que vea rostros humanos, que oiga el sonido de otra voz que no sea la vuestra, que ande, en fin, que salga, que dé pruebas de que existo.

—Habia previsto ese deseo, Lorenza, dijo Bálamo cojiéndole la mano, y ya sabes que ese es tambien mi deseo hace mucho tiempo.

—Entonces!.. exclamó Lorenza.

—Pero, prosigió diciendo Bálamo, tú misma te has anticipado, porque como un loco, y todo hombre que ama lo está, he dejado que penetres mis secretos acerca de ciencias y de política. Tu sabes que Althotas ha encontrado la piedra filosofal y busca el elixir de la vida, en cuanto á la ciencia; sabes que mis amigos y yo conspiramos contra las monarquías, por lo que hace á la política; y si con lo primero puedes hacer que me quemem por brujo, con lo segundo puedes lograr que me condenen al suplicio de la rueda por delito de alta traicion. Ahora bien; me has amenazado, Loren-

za; me has dicho que no perdonarias medio alguno para ver de recobrar tu libertad, y que si llegabas á conseguirla el primer uso que harías de ella seria denunciarme á Mr. de Sartines. No has dicho eso?

—Qué quereis! de vez en cuando me enfurezco, y entonces.... me vuelvo loca.

—Estás tranquila? Tienes ahora prudencia y podemos hablar?

—Así lo espero.

—Y si te devuelvo esa libertad que me pides, tendré en ti una mujer adicta y sumisa, un alma constante y dulce? Ya sabes, Lorenza, que este es mi deseo mas vehemente.

La jóven cayó.

—Me amarás, por último? añadió Bál-samo exhalando un suspiro.

—Yo solo prometo lo que puedo cumplir, dijo Lorenza, y ni el amor ni el odio dependen de nosotros. Espero en Dios que en cambio de esos favores de vuestra parte se disipará en mí el odio y nacerá el amor.

—Desgraciadamente no basta semejante promesa para que me fie de ti, Lorenza, y necesito un juramento terminante, sagrado, cuya infraccion sea un sacrilejio; un juramento que te ligue en este mundo y en el otro, que te acarree la muerte en este, y una condenacion en el otro.

Lorenza nada contestó.

—Quieres prestar ese juramento?

Lorenza dejó caer la cabeza entre sus manos, y su pecho se elevó bajo la presion de sentimientos opuestos entre sí.

—Presta ese juramento, Lorenza, como yo te lo dicte y con la solemnidad que requiere, y serás libre.

—Qué debo jurar, caballero?

—Jura que nunca, y bajo ningun pretesto, saldrá de tu boca lo que has sorprendido acerca del saber de Althotas.

—Sí, lo juraré.

—Jura que nada de cuanto has sorprendido acerca de nuestras reuniones políticas será divulgado por tí jamas.

—Tambien lo juraré.

—Con el juramento y la forma que yo indique?

—Sí; está todo reducido á eso?

—No, falta lo principal, Lorenza, pues de esos juramentos pende solo mi vida, y del que voy á decirte mi felidad. Jura que nunca te separarás de mí, sea á instigacion de una voluntad estraña, sea á instigacion de la tuya propia. Júralo y eres libre.

La jóven se estremeció como si hubiese sentido en el corazon la fria hoja de un puñal.

—Y en qué forma debe hecerse ese juramento?

—Iremos juntos á una iglesia y comulgaremos con una misma hostia. Antes de que esta sea partida, jurarás sobre ella no revelar á nadie lo concierne á Althotas, no divulgar lo relativo á mis compañeros, ni separarte nunca de mí. Entonces dividiremos la hostia en dos mitades, y cada uno de nosotros tomará la mitad, jurando por Nuestro Señor Jesucristo, tú que nunca me harás

triacion, y yo que trabajaré, porque seas siempre dichosa.

—No, dijo Lorenza, semejante juramento es un sacrilejio.

—Un juramento no es un sacrilejio, Lorenza, repuso Bálamo con voz triste, sino cuando se presta con intencion de no cumplirlo.

—Yo no hago ese juramento, dijo Lorenza, porque temeria perder mi alma.

—Repito, dijo Bálamo, que no se condena uno por jurar, sino por faltar al juramento.

—Pues no juro.

—Entonces tened paciencia, dijo Bálamo sin encolerizarse, pero con profunda tristeza.

La frente de Lorenza se oscureció como se oscurece un prado cubierto de flores cuando pasa una nube entre él y el cielo.

—Es decir que no accedeis á mi deseo? preguntó.

—No, Lorenza, si vos no accedeis al mio.

Un movimiento nervioso indicó cuan-

ta impaciencia necesitó comprimir la joven al oír aquellas palabras.

—Escuchad, Lorenza, dijo Bálamo, he aquí lo que puedo hacer por vos, y es mucho.

—Decid, respondió la joven con amarga sonrisa; veamos hasta donde se estiende esa jenerosidad que tanto haceis valer.

—Dios, la casualidad ó la fatalidad, como querais, Lorenza, nos ha ligado el uno al otro con lazos indisolubles; no tratemos de romperlos en esta vida, pues solo puede desatarlos la muerte.

—Ya lo sé, dijo Lorenza impaciente.

—Pues bien, dentro de ocho dias, cueste lo que me costare, y por mucho que arriesgue, os daré una compañera.

—Y á donde?

—Aquí.

—Aquí! detras de estos barrotes, detras de estas puertas inexorables, detras de estas paredes de bronce una compañera de prision! Oh! No lo habeis pensado bien, caballero, y no es eso lo que yo pido.

—Sin embargo, es lo único que puedo concederos, Lorenza.

La jóven hizo un jesto de impaciencia mas pronunciado.

—Amiga mia, prosiguió Bálamo con dulzura, reflexionadlo bien, y conoceréis que entre las dos podreis soportar mejor el peso de una desgracia que es necesaria.

—Os engañais, caballero, hasta ahora solo he sufrido por mí y no por otro, pero esta es la única prueba que me falta, y nada tiene de particular que querais la sufra. Si, traereis á mi lado una víctima como lo soy yo, á quien veré enflaquecer, ponerse pálida y espirar de dolor como yo; á quien oiré llamar á esa pared, como hago yo, interrogándola mil veces al dia para saber á donde va á parar cuando penetrais por esa puerta odiosa; y cuando mi compañera, esto es, la víctima haya gastado las uñas en la madera y én el mármol, procurando derribarla ó abrirla; cuando se le hayan marchitado los párpados de llorar como yo; cuando esté muerta como yo lo estoy,

y tengais dos cadáveres en vez de uno, entonces direis en vuestra bondad infernal!: «esas dos jóvenes se divierten, se acompañan la una á la otra y son dichosas.» Oh, no, y mil veces no!

Y esto diciendo dió una fuerte patada en el suelo.

Bálsamo procuró calmarla diciéndole:

—Vamos, Lorenza, sosiégate y hablemos en razon, yo te lo ruego.

—Pues no me pide que me sosiegue! es lo mismo que si el verdugo pidiera á la víctima á quien atormenta que tenga calma, y al inocente á quien está martirizando que se tranquilice.

—Sí, te pido que te sosiegues y que tengas calma, porque con la rabia, Lorenza, no cambias nuestro destino, sino que lo empeoras. Acepta lo que te ofrezco, Lorenza, y te daré una compañera, una compañera, que ame la esclavitud, porque ella deberá ser amiga tuya. No verás un semblante triste y lagrimoso como temes, sino al contrario una sonrisa y una alegría que desarrugarán tu frente. Vamos, mi buena Lo-

renza acepta lo que te ofrezco, porque te juro que nada mas puedo ofrecer.

—Es decir que traereis á mi lado una mujer mercenaria á quien direis que hay aquí una loca, una pobre enferma y condenada á morir, añadiéndole: «enciérrate con esa loca, haz ese sacrificio, y te pagaré caundo la loca haya muerto.»

—Oh! Lorenza, Lorenza, marmuró Bálamo.

—No, estoy equivocada, no es esto, prosiguió Lorenza irónicamente; he adivinado mal, pero qué quereis? Soy tan ignorante! Conozco tan mal el mundo y el corazon de las jentes! Vamos, vamos, lo que direis á esa mujer es, «cuidado con esa loca, que es peligrosa; dime todo lo que haga, todo lo que piense; espia su vida, espia su sueño. Y le dareis todo el oro que quiera, porque nada os cuesta adquirirlo, porque lo haceis.

—Lorenza, no seas así; por Dios, juzga mejor mi corazon. Dándote una compañera, amiga mia, comprometo intereses tan grandes, que te estremecerias si no me aborrecieras... Darte una com-

pañera, ya te lo he dicho, es arriesgar mi seguridad, mi libertad, mi vida; pero sin embargo, todo esto lo arriesgo por evitarte un fastidio.

—Fastidio! exclamó Lorenza riéndose con esa risa salvaje y espantosa que hacia estremecer á Bálamo. Pues no llama á esto fastidio!

—Pues bien, le llamaré dolor; si tienes razon, Lorenza, es un dolor muy agudo; pero te repito que tengas paciencia, que ya llegará un dia en que ese dolor tendrá fin; ya llegará un dia en que seas libre y dichosa.

—Vamos, dijo la jóven, quereis concederme que me retire á un convento y profesaré.

—A un convento?

—Allí rogaré á Dios primero por vos y despues por mí. Es verdad que estaré encerrada tambien, pero tendré un jardin, aire, espacio, y un cementerio para pasearme entre los sepuleros buscando de antemano el sitio en que se ha de colocar el mio. Ademas tendré compañeras que serán desgraciadas por su

propio infortunio y no por el mio. Dejadme que me retire á un convento, y os haré todos los juramentos que querais. Un convento, Bálsamo, un convento, os lo pido con las manos cruzadas.

—Lorenza, Lorenza, no podemos separarnos; no habeis oido que estamos ligados en este mundo? Todo lo que sea salir de los límites de esta casa no me lo pidais.

Y Bálsamo pronunció estas palabras con tal claridad y absolutismo en el tono de voz, que Lorenza no insistió si quiera.

—Conque no quereis? dijo abatida.

—No puedo.

—Vuestra resolucion es irrevocable?

—Sí, Lorenza.

—Pues bien á otra cosa, dijo sonriéndose.

—Oh! mi buena Lorenza, sonriete siempre asi, y lograrás que haga cuanto quieras.

—Sí, no es verdad que hareis cuanto yo quiera, con tal que yo haga cuanto se os antoje?... Pues bien, corriente;

haré lo posible por tener calma.

—Habla, Lorenza, habla.

—Hace poco que me dijisteis que llegará un día en que no sufra y sea libre y dichosa.

—Oh! lo he dicho, y juro por el cielo que aguardo ese día con la misma impaciencia que tú.

—Pues bien, ese día puede llegar al instante, Bálsamo, dijo la jóven con una espresion de cariño que su marido nunca habia visto en ella sino estando dormida. Ya veis que estoy cansada, muy cansada; y esto se comprende bien, porque soy tan jóven y he sufrido tanto! Mirad, amigo mio, pues habeis dicho que lo sois, haced que ese día llegue ahora mismo.... Pero escuchadme.

—Ya te escucho, dijo Bálsamo con una turbacion inesplicable.

—Voy á acabar mi discurso pidiéndoos lo que debí pedir os al principio, Acharat.

La jóven se estremeció.

—Habla, amiga mia.

—Muchas veces he notado; cuando

hacíais experimentos en pobres animales, y me decíais que estos experimentos eran necesarios para la humanidad, que poseéis el secreto de dar la muerte, ya con una gota de veneno, ya abriendo una vena, y que esta muerte era dulce, tan rápida como el rayo, y que esas desgraciadas é inocentes criaturas, condenadas como yo á vivir cautivas, se libraban de pronto con la muerte, primer beneficio que disfrutaban desde que nacieron. Pues bien....

Y se detuvo poniéndose pálida.

—Prosigue, Lorenza, repitió Bálamo.

—Pues bien, lo que haceis de vez en cuando en beneficio de la ciencia con esos pobres animales, hacedlo conmigo obedeciendo á las leyes de la humanidad; hacedlo con una amiga que os bendecía con toda su alma, con una amiga que os besará las manos con profunda gratitud si le otorgais lo que os pide. Hacedlo, Bálamo, conmigo que me prosterno á vuestras plantas; conmigo que os prometo consagraros, hasta exhalar el último suspiro, mas amor y alegría que el que poseis

recibir de mí durante toda mi vida: conmigo que os ofrezco una sonrisa franca y radiante al tiempo de dejar la tierra. Balsamo, por el alma de vuestra madre, por la sangre de Nuestro Señor, por todo lo más dulce, solemne y sagrado que hay en el mundo de los vivos y en el de los muertos, os suplico que me mateis! Sí, matadme!

—Lorenza, exclamó Bálamo cogiendo en sus brazos á la jóven, que al decir estas palabras se habia levantado; Lorenza, tu estás delirando! Matarte yo! A tí, que eres mi amor; á tí, que eres mi vida?

Lorenza se desprendió de los brazos de Bálamo por medio de un esfuerzo violento, y se hincó de rodillas diciendo:

—No me levanto hasta que me concedas lo que te pido. Mátame sin sacudimiento, sin dolor, sin agonía; concédeme esta gracia, ya que dices que me amas; adorméceme como me has adormecido muchas veces, pero de modo que no vuelva á despertar.

—Lorenza, amiga mia! dijo Bálamo,

no ves, Dios mio, que estás traspasando mi corazon? Qué, hasta tal punto eres desgraciada? Vamos, Lorenza, cálmate y no te entregues á la desesperacion. Tanto me aborreces, ay de mí!

—Lo que aborrezco es la esclavitud, las molestias, la soledad; y puesto que vos sois quien me haceis esclava, infeliz y solitaria, os aborrezco, sí os aborrezco!

—Pero yo te amo demasiado, Lorenza, para que quiera verte morir, y no morirás; voy á hacer la cura mas difícil de cuantas hasta aquí he hecho, Lorenza mia, voy á hacer que ames la vida.

—No, no, es imposible; lo que sí habeis hecho es que ame la muerte.

—Lorenza mia, por piedad; yo te prometo que dentro de poco....

—La muerte ó la vida, exclamó la jóven embriagándose gradualmente de rabia. Ya ha llegado el dia supremo; quereis darme la vida; es decir, la libertad ó la muerte, esto es, el descanso?

—La vida, Lorenza mia, la vida.

—Pues entonces dadme la libertad.

Bálsamo guardó silencio.

—No? pues entonces la muerte, una muerte dulce, por medio de un filtro, un lancetazo, y estando dormida; quiero descansar, sí, quiero descansar!

—Y yo que vivas y tengas paciencia, Lorenza.

Esta lanzó una carcajada terrible, y dando un salto hácia atrás sacó del pecho un cuchillo de hoja fina y aguda que brilló en su mano como un relámpago.

Bálsamo exhaló un grito, pero demasiado tarde; pues cuando se arrojó sobre ella y le cojió la mano, la hoja habia desgarrado la carne y caido sobre el pecho de Lorenza. Bálsamo se quedó deslumbrado al ver brillar el cuchillo, pero perdió la vista al ver correr la sangre.

Entonces lanzó á su vez un grito terrible, cojió á Lorenza con un brazo, y apoderándose del arma que la jóven esgrimia de nuevo, le apretó la mano con toda su fuerza.

Lorenza hizo un violento esfuerzo para sacarle el cuchillo, y la cortante ho-

ja se deslizó por entre los dedos de Bál-samo.

La sangre salió á borbotones de su mano mutilada.

Entonces, en vez de seguir luchando, Bál-samo estendió hácia la jóven su mano ensangrentada, y dijo con voz irresistible:

—Duerme, Lorenza, duerme, yo te lo mando.

Empero tan grande era la irritacion, que la doncella no obedeció con la misma prontitud que siempre.

—No, no, murmuró Lorenza tambaleándose y procurando volver á herirse; no, no dormiré.

—Te digo que duermas, exclamó Bál-samo dando un paso hácia ella; lo mando yo y dormirás.

Aquella vez, tan poderosa fué la voluntad en Bál-samo, que venció toda reaccion: Lorenza lanzó pues un suspiro, soltó el cuchillo, se tambaleó, y fué á caer sobre unos cojines.

Los ojos le quedaron abiertos; pero el fuego que despedían fué amortiguán-

dose por grados hasta que se cerraron. El cuello, que estaba crispado, se aflojó; la cabeza se inclinó sobre el hombro, como la de un pájaro herido, y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo; signos todos que probaban que Lorenza estaba dormida.

Entonces le desabrochó el vestido Bál-samo y sondeó su herida, que le pareció leve; pero sin embargo la sangre brotaba de ella en abundancia.

Bálsamo empujó el ojo del leon, jiró el resorte y la plancha se abrió; en seguida, quitando el contrapeso que hacia bajar la trampa de Althotas, se colocó sobre dicha trampa y subió al laboratorio del viejo.

—Ah! eres tú, Acharat? dijo este siempre en su sillón, y sabes que dentro de ocho dias cumplo cien años, y que de aquí allá necesito la sangre de un niño ó de una virgen.

Però su discípulo no le escuchaba; corrió al armario en que se hallaban los bálsamos májicos, cojió una de las redomas, cuya eficacia habia probado tan-

tas veces, se volvió á colocar en la trampa, dió una patada y bajó de nuevo.

Althotas rodó su sillón hasta el orificio de la trampa, con intencion de cojerle el vestido, y le dijo:

—No lo oyes, desventurado? Si de aquí á ocho dias no tengo un niño ó una mujer que esté vírjen para acabar mi elixir, me muero.

Bálsamo se volvió, reparando en los ojos del anciano, los cuales chispeaban en medio de su rostro con los músculos inmóviles, pudiéndose decir que aquellos ojos eran los únicos que vivian.

—Sí, sí, respondió Balsamo, no tengas cuidado, que se te dará lo que pides.

Luego, soltando el resorte, hizo que subiese la plancha, la cual fué á igualarse con el techo.

Hecho esto corrió al aposento de Lorenza, y apenas habia entrado en él cuando resonó la campanilla de Fritz.

—Mr. de Richelieu, murmuró Bálsamo; oh! aunque sea duque y par tendrá que esperar á fé mia.

CAPÍTULO LI.

Las dos gotas de agua de Mr. de Richelieu.

El duque de Richelieu salió á las cuatro y media de la casa de la calle de San Claudio.

Lo que fué á hacer en casa de Balsamo se esplica fácilmente en lo que vá á leerse.

Taverney comió con su hija, pues la delfina dejó libre por todo aquel dia á Andrea, para que pudiese recibir en su aposento á su padre.

Estando en los postres entró Mr. de Richelieu, y como siempre era portador de buenas noticias, dijo iba á anunciar á su amigo que el rey habia manifestado aquella mañana que ya no se proponia dar á Felipe una compañía, sino un regimiento.

Taverney espresó su alegría de un modo estrepitoso, y Andrea dió las gracias al mariscal con efusion.

La conversacion se redujo á lo que debia reducirse despues de lo sucedido; Richelieu habló siempre del rey, Andrea siempre de su hermano, y Taverney nada mas que de Andrea.

Esta manifestó que estaba libre de todo servicio cerca de la delfina, pues S. A. R. recibia dos princesas alemanas parientas suyas, y para pasar algunas horas de libertad que le recordáran la corte de Viena, Maria Antonieta no habia querido conservar á su lado á ninguno de la servidumbre, ni siquiera á su camarera mayor, lo que habia estremecido de tal suerte á Mad. de Noailles, que habia ido á echarse á los pies del rey.

Taverney dijo que estaba encantado al ver que podia hablar libremente con Andrea de tantas cosas como interesaban á su fortuna y fama, y al oir Richelieu esta observacion, manifestó su deseo de retirarse para dejar al padre y la hija en mayor intimidad; pero la señorita de Taverney no convino en ello y Richelieu se quedó.

El duque lo tomó con la moralidad,

y pintó con mucha elocuencia la desgracia en que habia caído la nobleza de Francia obligada á sufrir el ignominioso yugo de esas favoritas de la casualidad, de esas reinas de contrabando, en vez de tener que incensar á las favoritas de otro tiempo, casi tan nobles como sus augustos amantes, á esas mujeres que reinaban en el ánimo del príncipe por su hermosura y su amor, y sobre los súbditos por su nacimiento, su espíritu y su patriotismo leal y puro.

Andrea se quedó sorprendida al ver tanta analogía entre las palabras de Richelieu y las que hacia algunos dias pronunciaba el baron de Taverney.

Richelieu se lanzó en seguida en una teoria de la virtud, teoria tan chispeante, tan pagana, tan francesa, que la señorita de Taverney se vió obligada á convenir en que ella no era en manera alguna virtuosa con arreglo á las teorías de Mr. de Richelieu, y que la verdadera virtud, entendiéndola como la entendia el mariscal, era la de Mad. de Chateauroux, la señorita de Lava-

liere y la señorita de Fosseuse.

De deduccion en deduccion, de prueba en prueba, Richelieu pasó á ser tan claro, que Andrea no entendió una palabra.

La conversacion jiró sobre este tema hasta las siete de la noche poco mas ó menos.

A esta hora se levantó el mariscal, diciendo que tenia que ir á Versailles á hacer la corte al rey.

Al ir y venir por el aposento para cojer el sombrero se encontró con Nicolasa, quien siempre tenia que hacer alguna cosa donde se hallaba Mr. de Richelieu.

—Chica, le dijo este tocándole el hombro, acompáñame, porque quiero que me lleses un ramillete que Mad. de Noailles ha mandado cojer en los jardines para enviarlo á la señora condesa de Egmont.

Nicolasa se inclinó como las aldeanas de las óperas cómicas de Rosseau.

En seguida el mariscal se despidió del padre y la hija, dirijió á Taverney una mirada significativa que este le de-

volvió, é hizo á Andrea una reverencia propia de un joven y salió.

Si el lector nos lo permite, dejaremos que el baron y Andrea hablen del nuevo favor concedido á Felipe, y seguiremos al mariscal, pues este será el medio de que sepamos lo que fué á hacer en la calle de San Claudio, á donde llegó, como tambien recordará el lector en un momento tan terrible.

Por otra parte, la moral del baron dejaba muy atras la de su amigo el mariscal, y podria suceder asustase á oídos que por no ser tan puros como los de Andrea entendiesen algo mas que esta cándida joven.

Richelieu bajó la escalera apoyado en el hombro de Nicolasa, y así que llegó con ella al patio dijo parándose y mirándola de hito en hito:

—Ah! picaruela, conque tenemos novio?

—Yo, señor mariscal? exclamó Nicolasa ruborizándose y dando un paso hácia atras.

—A no ser que tú no te llames Ni-

colasa Legay... dijo el mariscal.

—Si tal, señor duque.

—Pues bien, Nicolasa Legay tiene un novio.

—Vaya una aprension.

—Si á fé mia, cierto tunante no mal parecido á quien recibia en la calle de Coq-Heron y que ha venido siguiéndola hasta las cercanias de Versailles.

—Señor duque, os juro...

—Una cosa asi como exento que se llama... Quiéres que te diga el nombre del novio de Nicolasa Legay?

A Nicolasa no le quedaba mas esperanza sino que el duque ignorase el nombre de aquel afortunado mortal, de suerte que contestó:

—Decidlo, señor mariscal, ya que estais tan bien enterado.

—Se llama Beausire, repitió el mariscal, y por cierto que no desmiente el apellido que lleva. (1)

(1) Advertimos á aquellos de nuestros lectores que no sepan el francés que *Beau-sire* es una palabra compuesta que significa *señor hermoso ó bonito*.
(N. del T.)

Nicolasa juntó las manos afectando una gazmoñería de que el mariscal no hizo maldito caso.

—Segun parece le damos citas en Trianon, y esto es muy grave tratándose de un sitio real: algunos han sido espulsados por andarse en estos malos pasos, hija mia, y Mr. de Sartines envia à la Salpetriere à todas las chicas espulsadas de los sitios reales.

Nicolasa empezó à alarmarse.

—Monseñor, dijo, os juro que si Mr. de Beausire se jacta de ser mi novio, es un tonto y un pícaro, porque de veras os digo que soy inocente.

—No digo que no, contestó Riche-lieu; pero has dado citas, si ó no?

—Señor duque, una cita nada prueba.

—Has dado citas, si ó no? Responde.

—Monseñor...

—Las has dado, muy bien; no te critico por eso, hija mia; ademas, me gustan las chicas que son guapas y hacen brillar su hermosura, y siempre he ayudado lo mejor que he podido à que circulen; pero como amigo y protector

tuyo que soy, te lo advierto por caridad.

—Pero me han visto? preguntó Nicolasa.

—Asi parece, puesto que yo lo sé.

—Monseñor, dijo Nicolasa con tono resuelto, es imposible que nadie me haya visto.

—No lo sé, pero corre esa voz, y por cierto que no honra mucho á tu ama; asi es que tu comprenderas muy bien que siendo como soy amigo de la familia de Taverney y de la de Legay; debo decir dos palabras al baron acerca de lo que está pasando.

—Ah! monseñor, exclamó Nicolasa asustada al ver el jiro que tomaba la conversacion; me perdía si tal hicieseis, pues inocente ó no me despedirian.

—Pues bien, pobre niña, te despedirán, porque á estas horas no sé que maligno espíritu ha hecho que te critiquen esas citas á pesar de toda su inocencia, y que hayan llegado á noticia de la señora de Noailles.

—La señora de Noailles, gran Dios!

—Si, ya ves que la cosa urje.

Nicolasa juntó las palmas de las manos desesperada.

—Es una desgracia, ya lo sé, dijo Richelieu; pero qué diablos quieres que yo le haga?

—Y vos que dijisteis hace poco que érais mi protector, vos que me habeis demostrado una vez que lo sois, no podeis protegerme ya? preguntó Nicolasa con la picaresca malicia de una mujer de treinta años.

—Si que puedo, vote á cristo!

—Pues bien, monseñor...

—Si, pero no quiero.

—Oh! señor duque.

—Si, ya sé que eres guapa, y tus hermosos ojos me dicen muchas cosas; pero hago que no veo, pobre Nicolasa, y que no entiendo el lenguaje de esos ojuelos. Allá en otro tiempo te hubiera propuesto te refujiases en el pabellon de Hanover; mas de qué serviria esto hoy, si ni siquiera se charlaria sobre ello?

—Sin embargo, ya me habeis llevado á ese pabellon, dijo Nicolasa con despecho.

—Ah, y que mal haces; Nicolasa, en reconvenirme porque te llevé á mi pabellon, cuando fué para prestarte un servicio! Porque al fin, confiesa que á no ser por el agua de Mr. Rafté, que te ha convertido en una chica guapa, pero morena, no hubieras entrado en Trianon, lo cual valía mas que ser arrojada de él. Bien es verdad que para qué diablos das citas á Mr. de Beausire y mucho menos en la verja de las caballerizas?

—Conque tambien vos lo sabeis? dijo Nicolasa, conociendo que era preciso variar de táctica y entregarse al mariscal á discrecion.

—Vaya si lo sé! y tambien la señora de Noailles. Mira, para esta noche le tienes citado.

—Es verdad, señor duque; pero os juro á fe de Nicolasa que no acudiré á la cita.

—Es claro, porque estás prevenida, pero como Mr. de Beausire no lo está, vendrá y me lo atraparán. Entonces, como es muy natural que no quiera pasar

por un ladrón á quien ahorcan ó un espía á quien se da carrera de baquetas, dirá con tanto mayor motivo cuanto que la cosa no es desagradable de confesar: «dejadme, que soy el nevio de Nicolasa.»

—Señor duque, voy á avisarle.

—Es imposible, pobre niña, y por quién vas á hacer eso? Por el que quizá te ha denunciado?

—Ay! es verdad, dijo Nicolasa, echándosela de desesperada.

—Qué bello es el remordimiento! exclamó Richelieu.

Nicolasa se tapó el rostro con las manos, dejando pasar bastante luz entre sus dedos para no perder un jesto ni una mirada de Richelieu.

—En verdad que eres adorable, dijo el duque, á quien no se le escapaba ninguna de esas picardigüelas femeninas; que no tuviera cincuenta años menos! Pero no importa, voto á cribas! Quiero sacarte del apuro, Nicolasa.

—Oh! señor duque, si haceis lo que decis, contad con mi gratitud.

—Nada quiero, Nicolasa; voy á hacer un servicio sin exigir interes, al contrario.

—Ah! eso es muy bueno de vuestra parte, monseñor, y os doy las gracias con todo mi corazon.

—Tampoco tienes que dárme las; espera, voto al diablo, á saber lo que aun ignoras.

—Para mí todo está bien, señor duque, con tal que la señorita Andrea no me despida.

—Ah! Conque tanto interes tienes en permanecer en Trianon?

—Muchísimo, señor duque.

—Pues bien, niña bonita, borra ese punto de tus tablillas.

—Y si no me descubre, señor mariscal?

—Descubriente ó no tendrás que marcharte.

—Oh! Y por qué?

—Voy á decirtelo; porque si te descubre la señora de Noailles, no hay nadie que pueda valerte, ni aun el mismo rey.

—Ah, si yo pudiera ver al rey!

—No faltaba mas que eso!... En segundo lugar, si no te descubren, yo seré quien te haga marchar.

—Vos?

—Y al instante.

—En verdad, señor mariscal que no lo entiendo.

—Pues es tan cierto como que me llamo Richelieu.

—Pero y vuestra proteccion?

—Si no la quieres, aun es tiempo; di una palabra y se acabó.

—Oh! si tal, señor duque; al contrario, la quiero.

—En ese caso te la concedo.

—Y qué?

—Y qué? que haré lo que he dicho. Oyeme.

—Hablad, monseñor.

—En vez de dejar que te despidan y encarcelen te haré libre y rica.

—Libre y rica?

—Si.

—Y qué es necesario hacer para ello? decidlo pronto, señor mariscal.

—Casi nada.

—Pero algo será.

—Lo que voy á mandarte.

—Es cosa muy difícil?

—Una bicoca.

—Conque hay algo que hacer? dijo Nicolasa.

—Pues es claro vive Dios! Ya sabes, Nicolasa, que la divisa de este mundo es: amor con amor se paga.

—Y lo que hay que hacer es por mí ó por vos?

El duque miró á Nicolasa.

—Cuidado si sabe la tunantuela!

—En fin, decidlo de una vez, señor duque.

—Pues bien, es por tí, respondió como un valiente.

—Ah! ah! dijo Nicolasa, quien comprendiendo que el mariscal la necesitaba dejó de temerle, y cuya ingeniosa imaginacion procuraba descubrir la verdad en medio de los rodeos con que acostumbraba envolverla su interlocutor; qué es lo que debo hacer por mí, señor duque?

—Hélo aquí: no tiene que venir

Mr. de Beausire á las siete y media?

—Sí, esa es la hora, señor mariscal.

—Ya son las siete y diez minutos.

—Es verdad.

—Pues señor, si yo quisiera le atraparían.

—Si, pero no quereis.

—No: vé á buscarle, y dile...

—Qué le digo?

—Respóndeme antes; quieres á ese muchacho, Nicolasa?

—Es claro cuando le doy citas.

—Eso no es una razon, porque puedes aspirar á casarte con él; tienen las mujeres unos caprichos tan estraños!

Nicotasa soltó una carcajada.

—Yo casarme con él! dijo, Jah! jah!

Richelieu se quedó estupefacto, porque ni en la corte habia encontrado á muchas mujeres tan fuertes.

—Corriente, no le quieres para casarte con él, pero el hecho es que lo quieres; tanto mejor.

—Bien, quede sentado que quiero á Mr. de Beausire, y pasemos adelante, monseñor.

—Caramba y que lijera eres!

—Ya os hareis cargo de lo mucho que me interesa.

—El qué?

—Saber lo que me queda que hacer.

—Desde luego digo que puesto que no le quieres, huirás con él.

—Demonio! si lo quereis absolutamente será necesario hacerlo así.

—Oh! oh! yo nada quiero; tenlo entendido, muchacha.

Nicolasa conoció que habia andado muy de prisa, pues ni sabia aun el secreto, ni su rudo antagonista le habia dado el dinero que esperaba tomar.

Se doblgó pues, sin perjuicio de levantarse mas tarde.

—Monseñor, dijo, estoy á vuestras órdenes.

—Pues bien, irás en busca de Mr. de Beausire, y le dirás: «nos han descubierto, pero tengo un protector que nos salva, impidiendo que tú vayas á san Lázaro y yo á la Salpetriere. Partamos pues.»

Nicolasa miró á Richelieu.

—Partamos? repitió.

Richelieu comprendió aquella mirada tan penetrante y espresiva.

—Se entiende voto al diablo, que yo costeo los gastos del viaje.

Nicolasa no pidió mas aclaraciones, pues cuando le pagaban debía saberlo todo al instante.

El mariscal conoció lo que pensaba Nicolasa, y se apresuró á decir cuanto tenia que decir, como el jugador se apresura á pagar para no sentir el disgusto de tener que hacerlo.

—Sabes en qué estás pensando, Nicolasa? dijo.

—No, á fe mia, respondió la jóven; pero vos que sabeis tantas cosas, señor mariscal, apuesto á que lo habeis adivinado.

—Estás pensando, dijo, en que si te marchas podrá necesitarte tu ama casualmente, llamarte de noche, y alarmar el cotarro no viéndote, lo cual te espondria á ser atrapada.

—No, dijo Nicolasa, no pensaba en eso, porque, reflexionándolo bien, mejor

quiero permanecer aquí, señor mariscal.

—Y si cojen á Mr. de Beausire?

—Que lo cojan.

—Y si confiesa?

—Que confiese.

—Ah! dijo Richelieu empezando á alar-
marse, te perdias en ese caso.

—No, porque la señorita es muy
buena, y como me quiere en el fondo,
hablará de mí al rey; y aunque hagan
algo á Mr. de Beausire á mí no me ha-
rán nada.

El mariscal se mordió los labios.

—Pues yo te digo, Nicolasa, que eres
una tonta, repuso el duque, que la se-
ñorita Andrea no está bien con el rey,
y que ahora mismo voy á hacer que te
echen mano si no me escuchas como
quiero que me escuches; lo oyes, vivo-
rezno.

—Oh! Oh! monseñor, mirad que ni
tengo plana la cabeza ni me apuntan cuer-
nos en la frente; escucho pues, pero con
reserva.

—Bien, con eso irás á arreglar tu plan
de fuga con Mr. de Beausire.

—Pero, cómo quereis que me esponga á huir, señor mariscal, cuando vos mismo habeis dicho que puede despertar la señorita, preguntar por mí, llamarme, qué sé yo? una porcion de cosas en que al principio no habia pensado, pero que vos habeis previsto; vos, monseñor, que sois hombre de experiencia.

Richelieu se mordió los labios por segunda vez, pero con mas fuerza que la primera.

—Pues bien, tunantuela, si he pensado en eso tambien he pensado en el medio de evitarlo.

—Y como impedireis que mi señorita me llame?

—Impidiendo que se despierte.

—Bah! Y despierta diez veces en la noche.

—Si tendrá la misma enfermedad que yo? dijo Richelieu con calma.

—Que vos! dijo Nicolasa riéndose.

—Sin duda, puesto que tambien despierto diez veces; solo que yo tengo un remedio para esos insomnios. Que haga, pues lo mismo que yo, y si no lo

hace, hazlo tú por ella.

—Y que es ello, monseñor? dijo Nicolasa.

—Qué toma tu ama por la noche antes de acostarse?

—Que qué toma?

—Si, hoy es moda evitar de ese modo la sed, y unos toman naranjada ó agua de limon, otros agua de toronjil, otros...

—Mi señorita solo bebe de noche antes de acostarse un vaso de agua clara, algunas veces con azúcar, y cuando está atacada de los nervios le echa unas gotas de azahar.

—Oh! lo mismo que yo, dijo Riche-lieu; pues bien, mi remedio le va á sentar perfectamente.

—Cómo es eso?

—Sin duda; yo echo una gota de cierto licor en mi bebida, y toda la noche la paso durmiendo.

Nicolasa trataba de adivinar á donde iria á parar el mariscal con aquella diplomacia.

—No respondes? dijo este.

—Estoy pensando que mi señorita no tiene vuestra agua.

—Yo te la daré.

—Ah, ah! dijo Nicolasa allá para sí, penetrando al fin aquellas tinieblas.

—Como echas dos gotas en el vaso de tu ama, dos gotas, lo oyes? ni mas ni menos, dormirá toda la noche y no te llamará, teniendo tú tiempo de consiguiente para huir.

—Oh! si todo se reduce á eso no es muy difícil hacerlo.

—Conque echarás las dos gotas, eh?

—Ciertamene que sí.

—Me lo protmetes?

—No lo he de prometer, si está en mi interes echarlas! dijo Nicolasa; y luego encerraré ademas á mi señorita tan bien....

—No, dijo Richelieu con presteza. Eso es justamente lo que no debes hacer; al contrario, dejarás abierta la puerta de su cuarto.

—Ah! exclamó Nicolasa con una es-plosion interior.

Comprendió de lo que se trataba co-

nociéndolo harto bien Richelieu.

—Hay algo mas? preguntó la jóven.

—Nada mas; ahora ya puedes ir á decir á tu esento que lie los bártulos.

—Desgraciadamente, monseñor, no necesito decirle que no se le olvide la bolsa.

—Ya sabes que eso corre de mi cuenta.

—Sí, recuerdo que monseñor ha tenido la bondad...

—Vamos, Nicolasa, cuánto necesitas?

—Por hacer qué cosa?

—Por echar las dos gotas de agua.

—Por eso nada, monseñor, supuestamente que me asegurais que el echarlas redundanda en interes mio; no seria justo, pues, que pagáseis lo que es un favor para mí, pero por dejar abierta la puerta de mi señorita os prevengo, monseñor, que quiero una cantidad muy decente.

—Pues bien, dí cuanto.

—Necesito... veinte mil francos, monseñor.

—Richelieu se estremeció, y dijo exalando un suspiro.

—Nicolasa márchate muy lejos.

—Será preciso que así lo haga, monseñor, pues empiezo á creer, ni mas ni menos que vos, que correrán tras de mí pero con esos veinte mil francos se anda mucho camino.

—Vé á avisar á Mr. de Beausire, Nicolasa, y en seguida te entregaré tu dinero.

—Monseñor, Beausire es muy incrédulo, y no querrá creer lo que le diga si no le presento pruebas.

Richelieu sacó del bolsillo un puñado de billetes del tesoro, y dijo:

—Toma uno á cuenta, y este bolsillo que contiene cien luisés.

—Monseñor, formará la cuenta y me entregará lo que me reste cuando yo haya hablado con Beausire.

—No; vive Cristo! que lo voy á hacer ahora mismo. Eres una chica económica, y no dejarás de ser feliz, Nicolasa.

Richelieu completó la cantidad ofrecida, tanto en billetes como en luisés y medios luisés.

—Vamos, está bien así? preguntó.

—Ya lo creo, dijo Nicolasa. Ahora, monseñor, me falta lo principal.

—El licor?

—Sí, monseñor deberá tener un frasquito?

—Siempre traigo conmigo uno.

Nicolasa se sonrió, y en seguida dijo:

—Ademas, todas las noches se cierra Trianon y no tengo llave.

—Pero yo sí, como jentil-hombre que soy.

—Ah! De veras?

—Aquí la tienes.

—Qué fortuna! dijo Nicolasa; vaya una ensarta de milagros! Ahora quedad con Dios, señor duque.

—Cómo con Dios?

—Seguramente; ya no volveré á veros monseñor, puesto que me iré cuando mi señorita esté en primer sueño,

—Tienes razon: adios pues, Nicolasa.

Esta, riéndose allá para su capote, desapareció en la oscuridad que empezaba á condensarse.

—Aun todavía logro mis intentos,

dijo Richelieu; pero sin duda le voy pareciendo demasiado viejo á la suerte y me sirve de mala gana. Esa chica me ha batido en brecha; mas qué importa, si devuelvo los disparos?

CAPÍTULO LII.

La fuga.

Nicolasa era muchacha de conciencia; habia recibido dinero de Mr. de Richelieu, lo habia percibido adelantado y era preciso corresponder á semejante confianza ganándolo.

Corrió pues á la verja, á la cual llegó á las siete y cuarenta minutos en vez de á las siete y media.

Mr. de Beausire, que era muy esacto en cosas de disciplina, estaba esperando hacia diez minutos.

Tambien hacia diez minutos poco mas ó menos que Mr. de Taverney habia dejado á su hija, y así que este se fué, Andrea se quedó sola; siendo lo pri-

mero que hizo entonces correr las cortinas.

Jilberto miraba, ó mejor dicho, devoraba á Andrea como lo tenia de costumbre desde la buhardilla; solo que hubiera sido difícil decir si las miradas que fijaba en la jóven eran de amor ó de odio.

Corridas las cortinas Jilberto nada podia ver, y en consecuencia se puso á mirar hácia otro lado.

Entonces descubrió el plumero de Mr. de Beausire y conoció al esento que se paseaba silbando una cancion para engañar el fastidio del que espera.

Al cabo de diez minutos apareció Nicolasa, quien habló unas cuantas palabras con Mr. de Beausire, este hizo un movimiento de cabeza como indicando que entendia perfectamente, y se alejó con direccion á la calle de árboles que iba á parar al pequeño Trianon.

Nicolasa por su parte se volvió hácia el sitio por donde habia ido tan ligera como un pájaro.

—Ah! ah! dijo Jilberto, el señor

esento y la señorita camarera tienen algo que decir ó hacer, y no quieren que los vean: bueno!

Jilberto no era curioso por lo que respecta á Nicolasa; pero viendo en ella su enemiga natural, procuraba reunir contra su moralidad una masa de pruebas con que pudiera rechazar victoriosamente el ataque, si Nicolasa le atacaba.

Jilberto sospechaba que de un momento á otro iba á principiar la campaña, y á fuer de soldado previsor iba amontonando municiones de guerra.

Una cita, pues, de Nicolasa con un hombre, y nada menos que en Trianon, era una de esas armas que un enemigo tan intelijente como Jilberto no podia dejar de recoger, sobre todo, teniendo como tenia Nicolasa la imprudencia de saltarla á sus pies. Jilberto quiso en consecuencia que el testimonio de los oidos se uniese al de los ojos, y cojer al vuelo alguna frase algo peligrosa para poder asestar victoriosamente contra la joven en el momento del combate.

Bajó, pues, con destreza de su bu-

hardilla, tomó el corredor que partía de las cocinas, y llegó al jardín por la escalerita de la capilla. Una vez en el jardín Jilberto nada tenía que temer, puesto que conocía todos sus escondijos, como el zorro conoce su cueva.

Se deslizó, pues, por debajo de los tilos, en seguida á lo largo de la espaldera, y llegó á un bosquecillo que se elevaba á veinte pasos del sitio en que esperaba hallar á Nicolasa.

Efectivamente, allí estaba la jóven.

Apenas se había instalado Jilberto en su bosquecillo, cuando llegó á su oído un ruido extraño, no siendo otro que el que hace el oro sobre la piedra, ese sonido metálico de que nada mas que la realidad puede dar una idea exacta.

Jilberto se deslizó como una culebra hasta la pared en forma de terraplen, sobre la que había un seto de lilas, que en el mes de mayo esparcía su perfume y sacudía sus flores sobre los que paseaban costeano la pared de aquella calle cóncava que separa el gran Trianon del pequeño.

Desde aquel sitio los ojos de Gilberto, acostumbrados á penetrar la oscuridad, vieron a Nicolasa vaciar sobre una piedra de este lado de la verja, y á cierta distancia de Mr. de Beausire, para que no pudiera echarle mano, el bolsillo que le habia dado Mr. de Richelieu.

Los luises brillaban al caer sobre la piedra, y Mr. de Beausire, con los ojos encendidos y temblándole la mano, miraba con atencion á Nicolasa unas veces, y otras las monedas, sin comprender cómo la una poseia las otras.

Nicolasa fué la primera que habló diciendo:

—Mas de una vez me has propuesto que me vaya contigo.

—Para casarnos, exclamó el esento entusiasmado.

—Oh! en cuanto á este último punto, querido, dijo la jóven, lo discutiremos mas tarde; por lo pronto, lo principal es huir. Podemos escaparnos dentro de dos horas.

—Dentro de diez minutos si tu lo quieres.

—No; antes tengo que hacer algunas cosas en que invertiré dos horas.

—Ya sabes que siempre estoy á tus órdenes, querida mia.

—Bien; toma cincuenta luises.

La jóven contó el dinero, y metiendo la mano por la verja, los dió á Mr. de Beausire, quien se los guardó en el bolsillo sin contarlos.

—Dentro de hora y media, continuó Nicolasa, ven aquí con una carroza.

—Pero... dijo Beausire.

—Oh! si es que no quieres, figurémosnos que nada ha habido entre nosotros, y devuélveme mis cincuenta luises.

—Yo no retrocedo, querida Nicolasa, pero temo el porvenir.

—Por quién?

—Por ti.

—Por mí?

—Si, pues asi que hayan desaparecido los cincuenta luises, y al fin desaparecerán, te quejarás, echarás menos á Trianon, y...

—Oh! qué delicado es el señor Beausire! Vamos, vamos, nada temas, pues

yo no soy de esas mujeres á quienes un hombre hace desgraciadas; no tengas, pues, escrúpulos: además, cuando se gasten esos cincuenta luises ya veremos lo que hemos de hacer.

Nicolasa sonó los otros cincuenta que le quedaban en el bolsillo.

Los ojos de Beausire brillaban como si estuvieran fosforescentes.

—Por tí, dijo, me arrojaria en un horno encendido.

—Oh! oh! no se os pide tanto, señor de Beausire; así, pues, es cosa hecha; dentro de hora y media la carroza, y dentro de dos horas en fuga.

—Corriente, exclamó Beausire cojiendo la mano de Nicolasa y trayéndola para besarla por entre la verja.

—Silencio pues! dijo Nicolasa; pero estas loco?

—No, lo que estoy es enamorado.

—Hum! saltó Nicolasa.

—No me crees, alma mia?

—Sí, te creo: cuida de que los caballos sean buenos.

—Oh! sí.

Y se separaron.

Pero al cabo de un segundo, Beausire se volvió asustado, diciendo:

—Psit! psit!

—Qué quieres? preguntó Nicolasa á bastante distancia y tapándose la boca con la mano, á fin de que la voz llegase sin estrépito á donde se hallaba su amante.

—Y la verja? preguntó este; piensas saltar por cima de ella?

—Vaya una estupidez! murmuró Nicolasa, quien en aquel instante solo distaba de Jilberto diez pasos.

Y añadió en voz mas alta.

—Tengo llave.

Beausire soltó un ah! lleno de admiracion y se marchó real y efectivamente.

Nicolasa se volvió al lado de su ama con la cabeza baja y alijerando las piernas.

Jilberto se quedó solo, haciéndose á si mismo las cuatro preguntas siguientes:

Por qué huye Nicolasa con Beausire no amándole como no le ama?

Por qué posee Nicolasa tanto dinero?

Por qué tiene Nicolasa la llave de la verja?

Por qué pudiendo huir Nicolasa desde luego, vuelve al lado de su ama?

Jilberto hallaba respuesta á la pregunta de por qué tenia dinero Nicolasa; pero no á las demas.

Asi es que al ver que faltaba su perspicacia se escitó de tal manera su curiosidad natural ó su desconfianza adquirida, como se quiera, que á pesar de lo fria que estaba la noche decidió pasarla al aire libre, bajo los húmedos árboles, para aguardar el desenlace de aquella escena, cuyo principio acababa de ver.

Andrea acompañó á su padre hasta las barreras de Trianon el grande, y volvía sola y pensativa, cuando Nicolasa desembocó corriendo por la calle de árboles que conducia á la famosa verja en que acababa de tomar todas sus medidas con Mr. de Beausire.

Nicolasa se paró al ver á su ama, y á una seña que esta le hizo subió detras de ella, siguiéndola á su habitacion.

Las ocho y media de la noche serian en aquel momento, reinando mayor oscuridad que otras, porque un denso nubarron que corria del S. al N. habia invadido todo el cielo; de suerte que mas allá de Versailles, por cima de los corpulentos árboles, y hasta donde podia estenderse la vista, se veia como aquel lúgubre manto iba envolviendo poco á poco todas las estrellas que fulguraban un momento antes en la azulada cúpula.

Un vientecillo pesado y bajo rozaba el suelo enviando bocanadas ardientes á las flores sedientas de agua, las cuales inclinaban la cabeza como para implorar del cielo por via de limosna la lluvia ó el rocío.

Aquella amenaza de la atmósfera no aceleró en manera alguna la marcha de Andrea; al contrario, la jóven triste y profundamente pensativa, ponía como con sentimiento el pie en cada escalon de la escalera que conducia á su cuarto, y se iba parando en todas las ventanas para mirar el cielo, tan en armonia con su

tristeza, y retardar de este modo su entrada en la habitacion.

Nicolasa impaciente, despechada Nicolasa, porque temia no se le pasase la hora por algun antojo de su ama, re-funfunaba en voz baja esa especie de imprecaciones que los criados nunca escasean contra los amos que son tan imprudentes que se empeñan en satisfacer un capricho á costa de los de sus criados.

Al fin empujó Andrea la puerta de su aposento, y no sentándose sino cayendo sobre un sillón, mandó con voz dulce á Nicolasa que entreabriese la ventana que daba al patio.

Nicolasa obedeció.

Luego, volviendo á donde estaba su ama, le dijo con ese aire de interes que la adulatora sabia tomar tan bien.

—Tengo miedo de que la señorita esté algo mala esta noche, porque tiene los ojos hinchados y un color subido, á pesar de su brillantez. Crec que necesitais descansar, señorita.

—Lo crees así, Nicolasa? dijo Andrea sin haber oido lo que aquella le decia.

Y estendió con flojedad los pies sobre un cojin de tapiceria.

Nicolasa tomó aquella postura por un mandado de que la desnadase, y se puso á desatar las cintas y flores de su peinado, especie de edificio que la demolidora mas hábil no derribaba en menos de un cuarto de hora.

Durante toda aquella tarea Andrea no pronunció ni una palabra, y dueña Nicolasa de su libre albedrío trabajó á destajo, estirándole á sus anchas la cabellera, sin que Andrea saliese de su distraccion para quejarse una vez siquiera de los tirones que le daba.

Concluido el tocado de noche, Andrea dió algunas órdenes para el dia siguiente, diciendo á Nicolasa que por la mañana fuese á Versalles en busca de unos libros que Felipe debia haber dejado allí para su hermana, y ademas que avisase á un afinador de pianos se trasladara á Trianon para templar el clave.

Nicolasa respondió tranquilamente que si no la despertaban de noche se levantaria temprano y evacuaria aquellos en-

eargos antes que la señorita despertase.

—Mañana escribiré tambien, continuó Andrea como hablando consigo misma; si, escribiré á Felipe y esto aliviará un poco mi corazon.

—En todo caso, dijo Nicolasa en voz baja, no seré yo quien lleve la carta.

Y asi que le ocurrió esta reflexion, la jóven, que aun todavia no estaba perdida del todo, se puso á pensar tristemente que por primera vez iba á dejar á aquella ama escelente, á cuyo lado se habian despertado su espiritu y su corazon. El recuerdo de Andrea estaba ligado con tantos recuerdos suyos, que de marchitarse aquel se rompía toda la cadena que subia desde aquel eslabon á los primeros de la infancia.

Mientras aquellas dos jóvenes, tan diferentes en condicion y carácter, pensaban de este modo una al lado de otra, sin que hubiese conexion alguna en sus ideas, corria el tiempo, y el reloj de Andrea, siempre adelantado al de Trianon, daba las nueve.

Beausire debia hallarse, pues en el

lugar de la cita, y á Nicolasa solo le quedaba media hora para ir á reunirse con su amante.

Acabó de desnudar á su ama lo mas pronto que pudo, no sin soltar algunos suspiros que ni siquiera llamaron la atencion á Andrea, le puso un largo peinador de dormir, y como Andrea, siempre absorta, permaneciese inmóvil con la vista clavada en el techo, Nicolasa sacó del seno el frasquito de Riche-lieu, echó dos terrones de azúcar en un vaso con el agua necesaria para que se derritiesen, y luego, sin titubear y con esa voluntad tan omnipotente ya en aquel corazon tan tierno aun, vertió dos gotas del licor que contenia el frasquito en el agua, la cual se enturbió al instante y tomó un ligero color de ópalo que fue perdiendo en seguida poco á poco.

—Señorita, dijo entonces Nicolasa, el vaso de agua está listo, el vestido doblado, y la lamparilla encendida. Ya sabéis que mañana tengo que levantarme temprano; me voy á acostar?

—Sí, respondió Andrea distraidamente.

Nicolasa hizo una reverencia, exhaló otro suspiro que se perdió inútilmente como los demas, y empujó tras sí la puerta vidriera que daba á la antesalita; pero en vez de entrar en la celda contigua al corredor, como saben nuestros lectores, y que recibia luz de la antesala de Andrea, huyó acelerada dejando entornada la puerta del corredor, para cumplir fielmente con las instrucciones que le habia dado Richelieu.

En seguida, á fin de no llamar la atencion de los vecinos, bajó la escalera que conducia al jardin de puntillas, dió un brinco al otro lado de la gradearia, y echó á correr hácia la verja en busca de Mr. de Beausire.

Jilberto no habia dejado su observatorio, pues como oyó decir á Nicolasa que volveria dentro de dos horas, estaba esperando. Sin embargo, viendo que habian transcurrido diez minutos mas de la hora señalada empezó á temer no volviese.

De pronto la vió correr como si la fueran persiguiendo.

Nicolasa se acercó á la verja, dió la

llave á Beausire por entre los barrotes, este abrió la puerta, Nicolasa se lanzó de la parte de afuera, y la verja volvió á cerrarse rechinando pesadamente.

El esento tiró la llave entre las yerbas del foso justamente por debajo del sitio en que se hallaba Jilberto, quien oyó el ruido apagado que hizo al caer, y reparó donde había caído.

Durante este tiempo Nicolasa y Beausire iban ganando terreno, y Jilberto los oía alejarse hasta que percibió bien pronto, no el ruido de una carroza como había pedido Nicolasa, sino las pisadas de un caballo que, al cabo de algunos momentos invertidos sin duda en reconvencciones por parte de Nicolasa, quien quería salir en carroza como una duquesa, golpeó la tierra con sus herrados pies, oyéndosele bien pronto galopar por el empedrado del camino.

Jilberto respiró.

Al fin era libre, al fin se había sustraído al yugo de Nicolasa, es decir, de su enemiga, y Andrea se quedaba sola. Quizá también al tiempo de irse Nico-

lusa habia dejado puesta la llave en la cerradura de la puerta; quizá podia penetrar Jilberto hasta donde se hallaba Andrea.

Esta idea hizo dar un brinco al ardiente jóven, animado de todo el furor que causan el temor y la incertidumbre, la curiosidad y el deseo.

Y siguiendo en direccion inversa al camino que acababa de andar Nicolasa, enderezó el rumbo hácia el pabellon que ocupaba la servidumbre.

CAPÍTULO LIII.

La doble vista.

Andrea, que se quedó sola, fué saliendo poco á poco del letargo moral que le habia acometido, y mientras Nicolasa huia á la grupa del caballo de Mr. de Beausire, ella se arrodillaba y oraba con fervor por Felipe, el único ser á quien profesaba en este mundo un cariño verdadero y entrañable.

Oraba, pues, absorta en su confianza en Dios..

Las oraciones de Andrea no se componian por lo regular de una coleccion de palabras enlazadas entre sí, sino eran una especie de éxtasis divino en que el alma se elevaba hasta el Señor, confundándose con él.

En aquellas súplicas apasionadas del espíritu separado de la materia no habia mezcla alguna de egoismo. Andrea se abandonaba en cierto modo á sí misma, como el náufrago que, habiendo perdido la esperanza, no ruega ya por él, sino por su esposa y sus hijos, destinados á quedarse huérfanos.

Aquel dolor íntimo nació en Andrea desde que se marchó su hermano, y sin embargo, ese dolor no estaba esento de mezcla, pues se componia, lo mismo que la plegaria, de dos elementos distintos, uno de los cuales no era muy intelijible para la jóven.

Era una cosa así como presentimiento, como si conociese se acercaba una desgracia, una sensacion análoga á la

que dejan las punzadas de una herida cicatrizada. El dolor continuo cesa, pero se acuerda uno de él durante mucho tiempo, y este recuerdo advierte la presencia del mal como antes lo advertia la herida misma.

Ni siquiera procuró Andrea explicarse lo que sentia, pues entregada enteramente á pensar en Felipe, fijó en su hermano querido todas las impresiones que la agitaban.

En seguida se levantó, tomó un libro de su modesta biblioteca, puso la bujía cerca de sí y se dió á la lectura.

El libro que habia escogido, ó por mejor decir que tomó á la aventura, era un diccionario de botánica, libro que, como comprenderán nuestros lectores, no debia absorber su atención, sino al contrario, cansarla. Así es que no tardó en pasarle por la vista una nube transparente al principio, pero que fué espesándose; la joven luchó un momento contra el sueño, atrajo por dos ó tres veces su pensamiento que andaba descarriado, y se volvió á escapar, y lue-

go, estirando la cabeza para dar un soplo á la bujía, vió el vaso de agua que Nicolasa habia preparado, alargó el brazo, lo tomó con una mano y con la otra cojió una cuchara, revolvió el azúcar medio derretida, y dominada ya por el sueño se llevó el vaso á la boca.

De pronto, y cuando ya sus labios tocaban el licor, estremeció su mano una conmocion estraña, cayó sobre su cerebro un peso húmedo y abrasador, y Andrea conoció aterrada en los borbotones del flúido que corria por sus nervios, esa invasion sobrenatural de sensaciones desconocidas que muchas veces habia triunfado de sus fuerzas y trastornado su razon.

Solo tuvo tiempo para poner el vaso sobre el plato, y casi al instante, sin exhalar mas queja que un suspiro que se escapó de su boca medio abierta, perdió el uso de la voz, la vista y la intelijencia y cayó como si un rayo la hubiese sofocado sobre el lecho, entorpecidos mortalmente sus miembros.

Empero aquella especie de anonadamiento era para pasar momentáneamen-

te de una existencia á otra.

Muerta como parecia estar, con los ojos cerrados al parecer para siempre, se levantó de pronto, volvió á abrir los ojos fijándolos de un modo espantoso y á manera de una estatua de mármol que descendiese del sepulcro se bajó del lecho.

No hay duda, á Andrea habia acometido ese sueño maravilloso que varias veces habia suspendido ya su vida.

Atravesó el aposento, abrió la puerta vidriera y fué á parar al corredor con la actitud ríjida y firme de un mármol que estuviese animado.

Teniendo la escalera al frente, la bajó de escalon en escalon sin vacilar, sin precipitarse, y apareció en la gradería de piedra.

Cuando Andrea ponía el pie en el escalon mas alto para bajar, Jilberto ponía el suyo en el mas bajo para subir.

El mancebo vió pues á aquella mujer vestida de blanco y con aire solemne avanzar como si le saliese al encuentro.

Retrocedió, y andando hácia atras fué á sepultarse en un bosquecillo de arbustos.

Entonces se acordó que así vió en otro tiempo á Andrea en el castillo de Taverney.

Andrea pasó por delante de Jilberto, hasta rozó con él, pero no le vió.

El jóven asustado, medio loco, se dejó caer sobre las pantorrillas dobladas bajo su cuerpo, y tuvo miedo.

No sabiendo á qué atribuir aquella estraña salida de Andrea, la seguia con la vista; pero su razon estaba confundida, la sangre hervia impetuosamente en sus sienes, y estaba mas cerca de volverse loco que de adquirir esa sangre fria que tanto se necesita para observar.

Permaneció, pues, acurrucado entre la yerba y en medio de las hojas, acechando como lo hacia desde que habia penetrado en su corazón aquel amor funesto.

De pronto comprendió el misterio de aquella salida; Andrea no estaba loca, ni fuera de sí como creia, pues con aquel paso frio y sepulcral iba á una cita.

A todo esto surcó el cielo un relámpago.

Jilberto, con el auxilio de aquella azu-

lada luz, vió un hombre escondido en la sombría avenida de tilos, y á pesar de la rapidez con que desapareció la fulgúrea llama, vió tambien destacarse sobre el fondo negro su pálido rostro y su traje descompuesto.

Andrea se encaminaba hácia aquel hombre, quien tenia estendido el brazo como para atraerla á sí..

Jilberto sintió en el corazón como si le claváran un hierro encendido y se levantó sobre sus rodillas para ver mejor.

En aquel momento rasgó la oscuridad otro relámpago.

Jilberto conoció á Bálamo [cubierto de sudor y de polvo, Bálamo que, con el, auxilio de alguna misteriosa intelijencia habia penetrado en Trianon, Bálamo, en fin, que atraia hácia sí á Andrea de ese modo invencible y fatal con que la serpiente atrae á los pájaros.

Cuando estuvo á dos pasos de él se paró Andrea.

El le cojió la mano, y todo el cuerpo de la joven se estremeció.

—Veis? le dijo.

—Si, respondió Andrea; pero con llamarme de este modo ha faltado poco para que me mateis.

—Perdonadme, perdonadme, contestó Bálamo; pero tengo la cabeza perdida, no sé lo que me hago, me voy á volver loco, me voy á morir.

—Efectivamente, sufrís mucho, dijo Andrea conociendo lo que sufría por el contacto de la mano.

—Sí, si, sufro y vengo á que vos me consoleis; solo vos podeis salvarme.

—Preguntadme pues.

—Veis? volvió á preguntarle.

—Oh! perfectamente.

—Podeis venir conmigo á mi casa?

—Sí que puedo, si quereis conducir-me á ella con el pensamiento.

—Venid pues.

—Ah! dijo Andrea, entramos en Paris, seguimos el baluarte, y penetramos en una calle alumbrada únicamente por un farol.

—Eso es: entremos, entremos.

—Estamos en una antesala donde hay una escalera á la derecha; pero me lle-

vais hácia la pared, esta se abre y se presentan unas gradas.

—Subid, subid, que ese es el camino que debemos tomar, exclamó Bálamo.

—Ah! ya estamos en una habitacion en que hay pieles de leon y armas. Toma, pues no se abre la plancha de la chimenea!

—Pasemos por esa abertura; dónde estais ahora?

—En un aposento muy particular que no tiene salida, y cuyas ventanas están enrejadas: Dios mio! todo está en desorden en este aposento.

—Pero está vacio, no es verdad?

—Si, vacio.

—Podedeis ver á la persona que lo ocupaba?

—Si me dan una cosa que esa persona haya tocado, que provenga de ella ó sea suya, sí.

—Mirad este mechon de pelo.

Andrea lo tomó, lo acercó á su persona y dijo:

—Oh! conozco á esa persona, y la he visto otra vez huyendo hácia Paris.

—Eso es, eso es; podeis decirme que hizo hace dos horas y donde ha ido?

—Esperad, esperad; si, está recostada en un sofá, y tiene medio desnudo el pecho, el cual está herido.

—No la dejéis, Andrea, no la dejéis.

—Estaba dormida, pero se despierta; ahora busca en su derredor; luego saca un pañuelo, se sube en una silla; ata el pañuelo á los hierros de la ventana. Oh! Dios mio.

—Efectivamente quiere matarse?

—Oh! sí está decidida á morir; pero le aterra ese jénero de muerte. Entonces deja atado el pañuelo á los hierros y se baja... Ah! pobre mujer!

—Qué hace?

—Oh! Cómo llora, cómo sufre, cómo se retuerce los brazos! Ahora busca un ángulo de la pared en que estrellarse la frente:

—Oh! Dios mio, Dios mio, murmuró Bálamo.

—Ah! se arroja contra la chimenea, la cual representa dos leones de mármol; va á romperse la frente contra la cabeza del leon.

—Qué mas? Qué mas?... quiero que veais, Andrea.

—Se para.

Bálsamo respiró.

—Mira.

—Qué mira? preguntó Bálsamo.

—Descubre sangre en un ojo del leon.

—Sí, sangre, y sin embargo no se ha dado ningun golpe. Oh! Qué cosa tan estraña? Esa sangre no es suya sino vuestra.

—Mia? exclamó Bálsamo faltando poco para volverse loco.

—Si, vuestra, vuestra. Os habeis cortado los dedos con un cuchillo, con un puñal, y apoyásteis el dedo ensangrentado en el ojo del leon. Os estoy viendo.

—Es verdad, es verdad; pero como ha huido?

—Esderad, esperad; la veo examinar esa sangre, reflexionar, y despues apoyar su dedo donde vos apoyásteis el vuestro. Ah! El ojo del leon cede muévase un resorte y la plancha de la chimenea se abre.

—Imprudente de mí! exclamó Bál-samo; soy un loco; pues me he vendido á mí mismo.

Andrea calló.

—Y sale, continuó Bál-samo, huye?

—Oh! Es preciso perdonar á la pobre mujer, porque era muy desgraciada.

—Donde está á donde vá? Seguidla, Andrea, yo lo quiero.

—Esperad; se detiene un momento en el cuarto de las armas y pieles; un armario está abierto: sobre una mesa hay una cajita guardada por lo regular en aquel armario; la ve y la coje.

—Qué contiene esa cajita?

—Creo que papeles vuestros.

—Como es?

—Está forrada de tercipele azul sujeto con clavos de plata, y así los goznes como la cerradura son de plata tambien.

—Oh! dijo Bál-samo dando una patada furioso, y ha sido ella quien ha tomado esa cajita?

—Oh! Si, ella ahora toma la escalera que da á la antesala, abre la puerta, tira de la cadena con que se abre la

puerta de la calle y sale.

—Es muy tarde?

—Debe ser tarde porque está muy oscuro.

—Tanto mejor, se habrá marchado poco antes de regresar yo, y quizá tendré tiempo de alcanzarla... Seguidla, Andrea, seguidla.

—Así que sale de casa, corre como una loca y llega al baluarte... Y corre... corre sin pararse.

—Hacia qué lado?

—Hacia la Bastilla.

—La veis todavía?

—Sí, parece una loca, y tropieza con los que pasan por su lado. Al fin se para, quiere saber donde está y pregunta.

—Qué dice? escuchad, Andrea, escuchad y en nombre del cielo no perdais ni una sola de sus palabras, puesto que decis que pregunta.

—Sí, á un hombre vestido de negro.

—Y qué le pregunta?

—Qué donde vive el teniente de policia.

—Oh! conque no fué yana su ame-

naza!... Y le dan las señas?

—Si.

—Qué hace entonces?

—Vuelve atrás, toma una calle oblicuamente y va á salir á una gran plaza.

—La Plaza Real; ese es el camino. Penetrais su intencion?

—Corred tras ella, corred, porque va á delataros. Si llega antes que vos y ve á Mr. de Sartines sois perdido.

Bálsamo lanzó un grito terrible, se arrojó fuera del arbolado, atravesó una puertecilla que abrió y volvió á cerrar una especie de sombra, y de un brinco se colocó en la silla de su caballo Djerid, que golpeaba el suelo con las manos á la puerta.

El bruto agujoneado á un mismo tiempo con la voz y la espuela, partió como una flecha con direccion á Paris y solo se oyó el sonido de las piedras sobre que volaba.

En cuanto á Andrea, se quedó fria, muda, pálida y de pie; pero como si Bálsamo se hubiese llevado su vida, se doblégó á poco y cayó en tierra.

Efectivamente, con la precipitacion se le olvidó á Bálamo despertar á Andrea.

FIN DEL TOMO IX.

Electromotive force is produced
in a circuit by the action of a
force which is not electrical.

The force which produces the
electromotive force is called
the motive force. It may be
mechanical, as in the case of
the dynamo, or chemical, as
in the case of the battery.
The motive force is converted
into electrical energy, which
is then used to do work in
the circuit. The amount of
work done is proportional to
the electromotive force and
the quantity of electricity
which passes through the
circuit.

